

1979

CORINTIOS XIII

10

revista de
teología y pastoral
de la caridad

LA JUVENTUD HOY



LA JUVENTUD HOY

CORINTIOS XIII

**REVISTA DE TEOLOGIA Y
PASTORAL DE LA CARIDAD**

Núm. 10 Abril/Junio 1979

CORINTIOS XIII

**REVISTA DE TEOLOGIA Y
PASTORAL DE LA CARIDAD**

Núm. 10 Abril/Junio 1979

Todos los artículos publicados en la Revista “Corintios XIII” han sido escritos expresamente para la misma, y no pueden ser reproducidos total ni parcialmente sin citar su procedencia.

La Revista “Corintios XIII” no se identifica necesariamente con los juicios de los autores que colaboran en ella.

CORINTIOS XIII

REVISTA DE TEOLOGIA
Y PASTORAL DE LA CA-
RIDAD

Núm. 10 Abril/Junio 1979

DIRECCION Y ADMINIS-
TRACION: CARITAS ESPA-
ÑOLA. San Bernardo, 99 bis
Madrid-8. Apto. 10095
Tfno. 445 53 00

EDITOR: CARITAS ESPA-
ÑOLA

COMITE DE DIRECCION:

Joaquín Losada
(Director)

R. Alberdi
M. Fraijo
R. Franco
J.D. Martín Velasco
R. Rincon
A. Torres Queiruga
M. Vidal

José María Osés Ganuza
(Consejero Delegado)

IMPRIME: Servicios de Repro-
grafía de Caritas Española

DEPOSITO LEGAL
M-7206-1977

ISSN 0210-1858

SUSCRIPCION:
España: 600 Ptas.
Núm. suelto: 200 Ptas.

SUMARIO

<i>Presentación</i>	VII
ANDRES TORRES QUEIRUGA <i>"Utopías prestadas y utopía cristiana"</i>	1
JOSE ANTONIO GARCIA MONGE <i>"Proyecto. Vocación. Situación"</i>	15
ANTONIO APARISI LAPORTA <i>"Juventud y crisis de los modelos de referencia"</i>	35
JOSE MARIA FERNANDEZ-MARTOS <i>"Nuevos valores de la juventud"</i>	61
JOSE MIGUEL SOPEÑA <i>"Los jóvenes y el trabajo"</i>	77
<i>Bibliografía</i>	91
<i>Escriben en este número</i>	129



Queridos amigos:

José Manuel de Córdoba, que ha venido dirigiendo tan acertadamente CORINTIOS XIII desde sus orígenes, los años difíciles y decisivos de los comienzos, cuando se hace el estilo y el aire de las revistas, lo mismo que la de las personas, se nos ha ido de director. Nuevas tareas y nuevas urgencias pastorales de esa Andalucía llena de vida y de problemas, nos lo han llevado. Con el adiós, ¡ojalá sólo hasta pronto!, el sincero agradecimiento de todos los que, en alguna manera, hemos tenido que ver con la revista en estos años. CORINTIOS XIII queda marcada con su sello inconfundible y con la identidad que le debe, en buena parte a él.

Pero la presencia de un hombre nuevo –el que esto suscribe– al frente de la revista, no significa, en realidad, ningún cambio en la dirección. Habría que calificarla de algo mucho más sencillo; simplemente de relevo. En la imagen deportiva se trata del paso del testigo de una mano a otra mano, dentro de la misma carrera, hacia la misma meta, procurando, ¡es el relevo ideal!, que no se pierda nada de la intensidad del esfuerzo y del ritmo sostenido de la carrera. Es lo que pretendemos en este momento.

CORINTIOS XIII quiere seguir siendo y haciendo todo lo que hasta el momento ha venido realizando y significando en la Iglesia española. Órgano de “Cáritas Española”, “Revista de Teología y Pastoral de la Caridad”, sirve al convencimiento de que CARITAS debe ser en la Iglesia y en toda Comu-



nidad cristiana la expresión concreta, la traducción práctica, del ser “Comunión” de la Comunidad. En el realismo e inteligibilidad de esa traducción y en su proyección a los múltiples problemas de nuestra sociedad, CORINTIOS XIII ha asumido una función de reflexión orientadora. Con esta ocasión queremos reafirmarla una vez más.

Y desde este puesto, como siempre, mi estar enteramente a vuestra disposición. Con un saludo cordial.

Joaquín Losada



PRESENTACION

“CORINTIOS XIII” pretende en el presente número reflexionar sobre la juventud de nuestros días. Una pretensión arriesgada. Queremos hacer la reflexión desde nuestro lugar habitual, desde la Comunión, desde la conciencia de la Comunidad cristiana. Una reflexión trabajada desde la perspectiva múltiple del teólogo, el filósofo, el psicólogo, el sociólogo, el pastoralista. Reflexión igualmente atenta a la hondura de los problemas y a su realidad.

El tema es importante para la sociedad y también para la Iglesia, para nuestras comunidades. Esa juventud sobre la que pretendemos reflexionar es el mañana inmediato, que asoma ya en ella. Un mañana que llega inexorablemente, pero que se gesta en el hoy de nuestra juventud. Es el futuro, pero el futuro no se espera con los brazos cruzados, fatalmente. El futuro se hace. La juventud es una génesis, un hacerse. Por eso el tema resulta tan importante para todos.

Nos enfrentamos con un tema conflictivo. Es un tópico ya el hablar de la juventud problemática y del problema de nuestra juventud. Esa problematicidad no se debe a una situación histórica, aunque las actuales circunstancias la agudicen. En su ser mismo la juventud es una interrogación. Pero ¿no es un interrogante toda vida? Y cuando esa vida se gesta en una matriz atormentada, como es nuestro mundo, no debe extrañarnos la agudeza con que se presentan los problemas y se afilan los interrogantes.



VIII

Es un tema inquietante. Como inquieta siempre la palabra dicha por el profeta, la palabra que adelanta el futuro. Y la juventud tiene siempre el fuego de la profecía. Samuel, Jeremías, Daniel, fueron profetas en su juventud y desde su juventud. No fue una casualidad. La penetración del futuro, la visión clara y limpia del presente, encuentran como un punto de partida natural en los ojos jóvenes. Y porque hay siempre esa referencia a lo profético, por eso el tema de la juventud nos resulta siempre a los mayores molesto y polémico.

La reflexión la abre un teólogo, Andrés Torres Queiruga, con un análisis lleno de sugerencias sobre la situación ambigua a la que se enfrentan hoy los cristianos. Más allá de las “utopías prestadas”, solución de emergencia, se intenta reencontrar la “utopía cristiana”. En el intento se arriesga una vez más todas las amenazas y asaltos históricos. El artículo marca el horizonte utópico donde se define siempre una juventud.

José Antonio García Monge se sitúa en la línea marcada por uno de los indudables profetas de nuestro tiempo: Mounier. Profeta de palabra tremendamente sincera e hiriente, defensora del gran humillado y ofendido de hoy, la persona del hombre. Proyecto, vocación y situación de la persona, que siempre definen al hombre, iluminan de modo particular el sentido dinámico del hombre joven, comprometido con especial intensidad en el hacerse que para Tertuliano caracteriza el ser del cristiano.

La crisis de los modelos de referencia, que estudia Antonio Aparisi, en su rico trabajo, afecta de modo especial a la juventud de nuestros días. El estudio atiende a las peculiaridades tan marcadas de la juventud española, que ha tenido que vivir una peripecia histórica especial. El análisis desemboca en los modelos de identidad con validez en un próximo futuro.



José María Fernández-Martos nos ofrece un artículo lleno de sugerencias y de realismo sobre los nuevos valores que estrena y proclama la juventud actual. Sobre un cuadro tipológico muy completo se describen los valores dominantes en la juventud. El diagnóstico positivo final se vuelve oscuro cara a la sociedad y cultura de los adultos.

Cierra el número el artículo de José Miguel Sopena sobre el joven y el trabajo. Se trata de uno de los puntos más dolorosos y conflictivos de la situación presente. Donde la conciencia y responsabilidad cristiana se siente más angustiosamente afectada. El trabajo, claro y preciso, lo pone de relieve. Urge la responsabilidad y la solución.

Cáritas Española se asoma, una vez más, con esta reflexión sobre la juventud al punto crítico del camino donde el hombre se encuentra en necesidad. En este caso es la juventud. El cristiano, la Comunidad cristiana, no puede ignorarlo dando un rodeo ni pasar de largo. Nuestra pretensión es poner ante los ojos el sufrimiento del hombre para entre todos encontrar el remedio.

J. Losada, s.j.





UTOPIAS PRESTADAS Y UTOPIA CRISTIANA.

Por Andrés Torres Queiruga

1. La ambigüedad de una herencia histórica

La situación actual de los cristianos y del cristianismo es lo bastante rica y movida como para ser vivida con aburrimiento; pero es también compleja y ambigua como para ser vivida con ingenuidad. Ciertamente, al menos allí donde el cristianismo está aceptablemente vivo, sería injusto hablar de aburrimiento o ingenuidad. Con todo, tampoco cabe parapetarse sin más detrás de las apariencias inmediatas, para sentirse a cubierto del doble peligro. Llevamos ya un tramo de tiempo suficientemente amplio de búsqueda, de ensayo, de exploración de nuevos caminos: esto nos empuja a tirar siquiera algunas rayas bajo la cuenta de nuestra vivencia y de nuestra presencia cristiana en el mundo. El ancho y optimista respiro que siguió al Concilio tuvo ya tiempo para confrontarse con las aristas de la realidad, para comprobar que no todo era tan fácil ni siquiera tan factible como pudo parecer al principio. No significa caer en el dramatismo, si decimos



que el panorama empieza a enturbiarse, que delante de nosotros empiezan a levantarse muros y que se anuncia la duda, quizás la angustia, de las encrucijadas. El futuro, anunciado con entusiasmo como tarea plenificante, descubre también su rostro oscuro de amenaza o problema no resuelto.

Surge en muchos el miedo, el desconcierto o el cansancio de los problemas anunciados y no resueltos, de las esperanzas frustradas, de las palabras incumplidas e incluso desmentidas por las obras. Se hace cada vez más palpable en ciertas instancias responsables un intento de marcha atrás, de reflujo al pasado. Y no es improbable que esta nostalgia de la seguridad en la esclerotización dogmática o disciplinar encuentre eco en muchos estratos de la base eclesial, cansada, angustiada o simplemente desorientada frente a la situación. Una situación que alcanza muchas veces ese mínimum de unanimidad comunitaria que pueda ser abarcado en la convicción vivible y asumido en la acción realizable.

Frente a esto no cabe la ignorancia, porque el hecho está ahí; ni la descalificación palmaria, porque ese hecho tiene sus razones. Cabe solamente la clarificación, el reexamen, la resituación del proceso desde las mismas fuentes de la vida y la autenticidad. Esto constituye, obviamente, una tarea complicada y enorme. Sobre todo en España, donde el proceso general de la iglesia ha visto acelerada su intensidad y rapidez por las peculiares circunstancias ideológicas y políticas que está atravesando en los últimos años. No es solamente una situación de cristiandad la que debemos repensar y remodelar, sino —para seguir usando denominaciones corrientes— su densificación nacional-católica. Esta aumenta la distancia a recorrer, enturbia los datos del problema y extremiza la inevitable carga pasional del afrontamiento. (Encima, en un número dedicado a la juventud todo el problema se ve afectado de un coeficiente multiplicador: los jóve-



nes son siempre el barómetro más sensible de los cambios, el sísmógrafo más rápido de las conmociones. Ellos, tensos por naturaleza hacia el futuro, lo viven todo con más urgencia y apresuran las opciones, adelantando tanto los aciertos como los posibles desvíos).

La historia inmediata es aquí elemento clave en la explicación. La pérdida del tren de la modernidad por parte de la iglesia constituye un hecho sobradamente conocido y demostrado. Sobre todo a partir de la Ilustración, tanto en el aspecto *teórico* —ciencia y filosofía— como en el *práctico* —democracia y revolución social—, los cristianos, sobre todo los cristianos católicos, nos hemos sentido desplazados a la cuneta del progreso, replegados sobre nosotros mismos. En el juego, tan perceptible en el s. XIX, entre modernización y restauración, siempre la iglesia acabó vencién dose “enérgicamente”, es decir autoritariamente, cara a la restauración (Congar). Piénsese en los intentos magníficos de Newman y de la Escuela Católica de Tübingen, literalmente sepultados bajo el peso masivo de la restauración neo-escolástica; piénsese en el total taponamiento de la problemática —no sólo de las soluciones— suscitada por los modernistas y en la consiguiente vuelta a la restauración de la neo-escolástica. Téngase en cuenta que esto llegó hasta Pío XII y que los mismísimos Lubac, Congar, Rahner o Urs von Balthasar tuvieron la boca cerrada a la fuerza, y se comprenderá la “conciencia de ghetto” (B. Welte) y el sentimiento de reclusión que se apoderaron de muchos cristianos inquietos. En el plano de la *praxis* la desconexión fue todavía más aguda: la tímida y tardía reacción de la “doctrina social de la iglesia”, la exigüidad teórica de la “teología de las realidades terrenas” y aun de los intentos de una “teología del trabajo” no podían romper la sensación de aislamiento de los cristianos, sino que más bien tendían a acorralarlos contra el denso muro de una mala conciencia histórica.



El Vaticano II —ya casi no lo recordamos— liberó todo esto, trayéndolo a la luz y a la palabra, abrió las puertas. No es casualidad que haya sido precisamente la Constitución sobre las relaciones entre la Iglesia y el Mundo la que despertó más entusiasmos y desencadenó más iniciativas. Era algo tan necesario como el aire para uno que se ahoga. Todos nos aplicamos a la tarea, urgente, fundamental e imprescindible, de mediar nuestra fe en la realidad del mundo. Y se ganó mucho: de nuevo la iglesia empezó a hablar la lengua de los hombres, a tratar los problemas reales, a ser de su tiempo.

Pero no todo podía ser ganancia. Hubo que pagar el largo tiempo de retraso, intentando asimilar de repente lo que debiera haber sido tarea de toda una época. Fue inevitable una especie de supercompensación, debida a la “mala conciencia” de los cristianos, que necesitaban conquistar su estatuto de hombres modernos e incluso demostrar la diferencia entre el fallo histórico de la iglesia y las posibilidades auténticas del Evangelio. Hay que contar, finalmente, con la densidad misma de la realidad, que desde la fe se pretende asimilar, con su autonomía —tan subrayada por lo demás en la predominante teología de la secularización—; en definitiva, con su capacidad de fascinación, aumentada por el entusiasmo auroral del descubrimiento.

Ciertamente, no era fácil traspasar de golpe y sin vacilaciones el espesor de una tarea tan honda y complicada, para llegar a la síntesis clara y unívoca de una nueva encarnación de la fe. Una parte de movimiento corre el riesgo de quedar preso en lo que debiera ser tan sólo una mediación.

2. Las utopías prestadas

Aquí quisiéramos llamar la atención expresa sobre un aspecto, limitado pero importante, y en todo caso sintomático, del proceso. Aspecto que está ya ahí como una reacción sana, mostrando que todavía hay vitalidad en el organismo eclesial, pero que merece ser resaltada para asegurar en lo posible su autenticidad y su eficacia. A él alude el título: la sospecha en unos casos, la casi certeza en otros, de que una buena parte —y no ciertamente la peor— de la vivencia eclesial se percata de que está viviendo, en una medida excesiva, de utopías prestadas.

¿Qué se quiere decir con esto? Las palabras son grandes, y cumple emplearlas con cautela. Quisiéramos tomarlas en un sentido relativamente espontáneo e inmediato. Aproximadamente: la conciencia reciente de la iglesia ha sufrido una especie de fascinación por otros modelos globales de conformación de la vida humana, con el consiguiente abandono, depreciación y pérdida de eficacia del propio modelo. Pero, al mismo tiempo, esa misma conciencia empieza a descubrir el fenómeno, recuperándose de esta fascinación y buscando reafirmar creadoramente la propia identidad. Esto quisiera ser una constatación de hecho. Pero no es fácil ni señalar los límites del fenómeno ni precisar la carga valorativa que conlleva. Ciertamente, no pretende ser un diagnóstico que afecte a la totalidad de los estratos eclesiales: apunta a una tendencia más o menos difusa, detecta un vector dinámico de distinta intensidad y eficacia, bien perceptible en casos concretos, y oscuro, acaso sin decidir todavía, en la generalidad.

A todo esto pretende aludir la expresión, poco rigurosa, de las “utopías prestadas”. Por *utopía* entendemos aquí —la amplitud semántica de la palabra tolerará seguramente este nuevo pequeño abuso— el centro vital que dinamiza, estructura y ordena las pautas últimas del sentido y de la inserción en el mundo.



Constituye tanto lo “envolvente”, que condensa los proyectos, aspiraciones e ideales, como lo “fontanal”, de donde fluye la energía, la decisión, la capacidad de asimilación.

El cristianismo vivirá, pues, de su propia utopía cuando de verdad se viva a sí mismo desde su propia e irreductible experiencia, y cuando *desde ella* tenga tanto el coraje de asumir —respetándolas en su autonomía y legalidad intrínsecas— las mediaciones necesarias para encarnarse en el mundo como la lucidez de preservar a lo largo del proceso su propia identidad. Si esto último falla, el cristianismo deja de vivir de su propia substancia y empieza a vivir “de prestado”, es decir, el ideal cristiano habrá sido suplantado subrepticamente por una “utopía prestada”.

Es posible que con estas palabras estemos enunciando uno de los dramas más serios que nos ha tocado vivir a los cristianos de nuestro tiempo. Porque, perdida la modernidad, encastillados en los privilegios, adormecidos por la rutina, acabamos muchas veces cultivando un cristianismo que no decía nada a nadie. No ofrecíamos algo realmente vivo, esperanzador, dinamizante. Eso tan magnífico que es el anuncio del *eu-angelion*, la buena noticia; eso que, como Reino de Dios, como Ciudad Celeste, como Salvación... fue capaz de encandilar en otros tiempos el espíritu de la humanidad, perdió su atractivo. La utopía cristiana, carente del necesario coraje para haber asumido las mediaciones de la modernidad, se fue muriendo en las manos de los que la portaban, en las manos de la iglesia moderna, en nuestras manos.

Los cristianos que sintieron el drama y que sufrieron la punzada de la inquietud, trataron de buscar la solución. Pero en buena medida el espíritu cristiano era ya víctima de la muerte socio-cultural de la propia utopía, acompañante —cansado, desconcertado, acomplejado— en su propio funeral. No *vivía* lo que



tenía que ofrecer, no *sabía* lo que llevaba en el “vaso de barro” de la cristiandad. Entonces, subconscientemente, se hizo muchas veces una substitución. Se reconoció la “verdad cristiana” encerrada en las diversas utopías seculares, principalmente en las políticas y sobre todo en la marxista. Se sintió su fuerza, su atractivo, su poder dinamizador y su capacidad de futuro. Poco a poco se les fue transfundiendo el *pathos* ético y la radicalidad escatológica del Evangelio, y se llegó incluso a identificar con ellas *todo* el cristianismo. El resultado fue un descentramiento, un cambio del núcleo vital, que pasaba del ideal evangélico al ideal político.

Naturalmente, esto, cuando sucedió, tuvo lugar en la práctica vivida, no —fuera de contadas excepciones— en la teoría. Pero no por eso sin fuerza. Fenómenos como el de identificar el Reino de Dios con la sociedad sin clases, por ejemplo, no se dan normalmente a nivel de pensamiento teórico; pero que esa identificación surja a veces en frases expresas o presupuestas indica la fuerza emocional y la valencia real de esa substitución. De hecho, resulta cada vez más sensible la desproporción entre el “movimiento de ida” y el “movimiento de vuelta”: la interpelación y remodelación de la vivencia de la fe a partir de la utopía política no tiene una correspondencia adecuada en la interpelación y remodelación de la utopía política a partir de la fe.

En definitiva: se corre el riesgo de desplazar el centro decisivo de conformación última de la existencia. No se parte *vitalmente* —ni a veces teóricamente— de la fe, para asumir desde ella todo lo demás como mediación (¡y tomar, en esta perspectiva, como mediación no significa en modo alguno devaluar ni el rigor teórico ni el compromiso práctico!). Más bien es otro el foco desde donde se afronta lo esencial: la fuerza definitivamente dinamizadora de la existencia, el horizonte último del sentido, acaba tomándose de una utopía prestada.



Una vez descubierta esta situación era preciso reaccionar. La frase certera de A. Marzal: “llevamos diez años haciendo la crítica política de la teología, ya es hora de hacer la crítica teológica de la política”, indicaba muy bien, hace ya algún tiempo, la natural reacción de la conciencia cristiana frente a este hecho. A la honestidad del primer paso debe seguir la lucidez del segundo: exploradas y asumidas las mediaciones descubiertas, se impone completar la dialéctica, volverse a la utopía cristiana para descubrir su plenitud y liberar su fuerza.

3. Recuperación de la utopía cristiana

Sería malinterpretar radicalmente la intención del análisis precedente, si se lo toma como una descalificación o aun como un distanciamiento del proceso. En modo alguno se trata de una llamada hacia atrás, perdiendo algo tan generosa y duramente conquistado. Al contrario: se trata de una toma de conciencia de la necesidad de seguir hacia adelante, hacia la realización radical del proceso. Porque —dejando ya de lado el inmovilismo, el intemporal y necrófilo cultivo de una utopía caducada— el peligro radica precisamente en quedar embarrancados en el proceso, en no tener la originalidad y la energía suficientes para atravesar las mediaciones hasta llegar de nuevo a la propia utopía, ahora ya viva y enriquecida con la densidad de la vida.

Y, ciertamente, todo indica que en eso anda la conciencia cristiana más lúcida y activa. Esquematizando, cabría decir que lo hace por dos caminos complementarios: 1) el de aquellos que trabajan activamente en el seno mismo de las mediaciones, tratando de mantener vivo e irreductible lo original de la utopía cristiana; 2) el de aquellos que, mediante una especie de salto —hacia la raíz y hacia adelante—, tratan de situarse directamente en el seno mismo de la utopía, mostrando su vitalidad, su relevancia y aun su hondo atractivo para el hombre.



1. El primer camino está en más inmediato contacto con la rudeza de la vida: resulta arduo y arriesgado, tiene que “ensuciarse las manos” en la masa misma —no siempre clara y limpia— de las mediaciones. Por él andan los militantes que intentan realizar su fe en la dureza de la lucha sindical o política, en el trabajo lento y oscuro de la promoción; y lo hacen en esa difícil frontera expuesta siempre a la sospecha de los dos lados: de los de “fuera”, que no siempre los acaban de admitir cordialmente como suyos, y de los de “dentro”, que tienden a dejarlos desamparados extramuros de la pastoral segura y de la religiosidad oficial. Por él andan también los teólogos —no siempre de oficio— que en el seno de los grupos de vanguardia intentan mantener la dialéctica de la “doble fidelidad”: a la presencia efectiva de los cristianos en la construcción de un mundo más justo, y a la originalidad cristiana, que no renuncia a ser sal y fermento en ese mundo. En el difícil dilema del cristianismo —tan agudizado en nuestra época de cambio— entre relevancia e identidad, es decir, entre ser significativos y operantes para nuestro mundo concreto, a riesgo de perder la propia especificidad, o mantener la especificidad, a riesgo de perder operatividad y relevancia efectivas, esta opción se queda con la primera parte.

Que no siempre se logre el equilibrio, que el partidismo de la lucha no siempre deje inmaculada la primacía radical del amor o la delicada exigencia de la comunión, ha de alertar ciertamente nuestra atención. Pero esa alerta solamente será legítima desde el respeto profundo a la intención, desde la humanidad de quien, a lo mejor, no se atreve a exponer su fe a la más dura intemperie del mundo que avanza. Por no citar más que dos, y ya no inmediatas, obras como *La humanidad nueva* (1974) de J.I. González Faus o *El experimento nacional-catolicismo (1939-1975)* (1976) de A. Alvarez Bolado indican las fecundas posibilidades que se abren por este costado. Y nos hallamos en un momento en que este esfuerzo debe ser valorado y



defendido con la máxima lucidez y la más decidida energía. Porque es previsible que, tanto desde la circunstancia global de la iglesia como del contexto socio-político mundial desinflado del entusiasmo del 68 y, sobre todo, de la peculiar circunstancia española que, perdidos el entusiasmo y la inocencia de la clandestinidad, palpa dolorosamente la resistencia y la ambigüedad de lo político, vaya a intentarse marginarlo o descalificarlo. Sería fatal para la iglesia ceder a la aparente pureza de la “privatización”, dejándose encerrar en la impotencia socio-histórica de la “religión invisible”. Y sería realmente trágico volver al ghetto de una restauración de guante fino, que marginase toda inquietud en la iglesia y abandonase sin más la causa de la liberación del hombre (precisamente ahora que se choca con sus límites y empieza acaso a romperse el encanto de su utopía).

2. El segundo camino es más inmediato: busca cultivar en sí misma la riqueza de la utopía cristiana, confiando en su fuerza intrínseca y en su capacidad asimiladora de vida y de cultura. Tal vez en la línea de lo que Urs von Balthasar —en una obra lamentablemente aún no traducida, a pesar de su enorme importancia: *Herrlichkeit*— llama la “autoevidencia de la figura de la revelación”: el anuncio cristiano, mostrado en su articulación íntima, en la “gloria” total de su proyecto, abre por sí mismo para el hombre la evidencia de su verdad y la fuerza de su dinamismo salvador.

En la raíz de este camino está una clara reacción contra una especie de “clandestinización de lo sagrado” (Martín Velasco), de “complejo de inferioridad” de la fe. Posee una viva sensibilidad para el fenómeno que calificábamos de “utopía prestada”, para el peligro de no vivir de la propia substancia cristiana, empobreciéndola a ella y privando a la sociedad de su aporte. Su peligro puede residir en una excesiva reducción a lo cultural, en una cierta tendencia espiritualista; resultaría entonces —por su



mismo estilo, no por voluntad de sus cultivadores— accesible tan sólo a ciertos estratos sociales, y propendería a alejarse del irremediable prosaísmo de los problemas cotidianos y concretos que conforman la vida de la mayoría.

Pero también aquí la alerta solamente será legítima si se hace desde una respetuosa comprensión por el esfuerzo de mantener, sin simplismos, la delicada dialéctica de la especificidad cristiana, encarnada sí, pero irreductible a cualquier otra tendencia o concepción. Es preciso apreciar su irrenunciable intención de mantener la riqueza y la “polifonía de la vida” (Bonhöffer) frente a toda tentación de reduccionismo. Además hay que tener en cuenta que, de ordinario, el peligro de espiritualismo y desencarnación no reside tanto en los mantenedores directos de esta tendencia cuanto en los intentos, externos a ella, de integrarla en una indiscriminada descalificación de la primera. En realidad, estoy convencido de que esta postura, aparentemente mansa y manipulable, resulta casi siempre más resistente frente a todo tipo de asimilación y, sobre todo, frente a toda tentación de abandono: la simplificación es siempre más unívoca y más inmediatamente eficaz, pero resulta discutible que acabe siendo más verdaderamente efectiva y más fiel a la larga paciencia de la fidelidad evangélica.

Sería muy expuesto señalar en concreto obras o corrientes representativas a este respecto. Pero basta con repasar los catálogos recientes de nuestras editoriales religiosas y aun los índices de las revistas, para advertir una evidente subida, en calidad y cantidad, de esta preocupación. Y es previsible que el movimiento seguirá adelante, seguramente con ganancia para todos en un momento de aplastante unidimensionalidad en tantos sectores de nuestra cultura y de nuestra vida pública.



3. En todo caso, lo que urge evitar es convertir en guerra intestina y paralizante esas dos dimensiones de la presencia cristiana. Dimensiones destinadas a complementarse, potenciarse y acaso corregirse mutuamente, en la elemental evidencia de que toda colaboración —por crítica que sea— y toda comunión —por diferenciada que sea— será poco para mantener operante la eficacia de la utopía cristiana. Sobre todo, como decíamos, en este momento y en España, cuando la urgencia de la situación y el inicial desencanto de la realidad se conjuntan para hacer muy difícil el camino de salida. No es casual la ola de terror, de anarquismo, de escepticismo, de pasotismo e inhibición que invade amplios estratos de la juventud, afectando incluso a los militantes cristianos y a la población inquieta en general. Se quebró la encantada pureza de la oposición pura y generosa, y en su lugar emergen inevitablemente los muchas veces impuros y aun sórdidos compromisos de la práctica política concreta.

En el vocabulario que venimos empleando podemos decir que se produce una cierta inversión o al menos un cierto equilibrio en la dinámica del proceso: se tropieza con el muro oculto de la utopía prestada, que no da tanto como prometía —se pedía demasiado—, que muestra sus límites —el hombre es mucho más—, y que deja ver sus peligros —manipulación, deshumanización, totalitarismo y lucha por el poder—. Como en el ambiente de la cultura general, también en la conciencia cristiana era inevitable una reacción: las necesidades profundas del hombre emergen a la luz, la entrevista patria evangélica de la salvación deja entrever su fuerza. Empezamos a sentir de nuevo que la “utopía cristiana” es algo muy válido. Y no sólo válido, sino algo precioso que, sin concurrencias de ningún tipo, conviene rescatar en favor del hombre.

Pero, igual que lo apuntábamos para la dinámica intraecclesial de las dos tendencias, también para su marco global frente al



mundo es precisa la cautela. Alegrándonos por esta reafirmación de lo específico cristiano y tratando de fortalecerla, conviene advertir que se trata del *tramo parcial* de un movimiento dialéctico. Quiere esto decir que no se puede absolutizar y que deben mantenerse bien patentes sus limitaciones.

La “muerte” de la utopía cristiana fue un hecho real, y la toma en préstamo de otras fue en cierto modo necesaria. La reacción actual no puede ignorar esto. Hacia adentro, hay que preocuparse a fondo de no perder la riqueza adquirida, de cultivar cuidadosamente la mediación socio-política de la fe (cosa que quizás vuelva a ser urgente, si ciertas decepciones siguen avanzando), de mantener un lenguaje verdaderamente comunicativo. Hacia afuera, hay que precaverse contra el “secuestro”, sea de inmediata utilización por parte de los partidos o de “neogalicismo” (Bolado) por parte del poder establecido. Y dentro del marco eclesial no podemos olvidar que, como indicábamos ya al principio, esta dialéctica en sí sana está siendo acompañada de una versión distinta: de retraimiento ante el mundo o de descalificación sumaria de todo el proceso, de simple regresión a posturas pasadas. En una palabra; una vez más la gran tentación para la iglesia —sobre todo para la jerárquica y para la correlativa “personalidad autoritaria” de muchos fieles— es la *restauración*: responder a las necesidades modernas volviendo a la ortodoxia muerta de las soluciones pasadas. Solamente en la medida en que resista a todos los intentos de secuestro —acaso bajo la forma tentadora de una mayor eficacia social o eclesial—, manteniendo una postura crítica y autocrítica, será válida y legítima la actual reacción cristiana y resultarán fructíferos sus intentos.





PROYECTO. VOCACION. SITUACION.

Por José Antonio García Monge

El título de este artículo podría completarse con el siguiente subtítulo: Reflexiones desde la perspectiva de E. Mounier. La primera parte del trabajo intenta definir, con palabras del mismo Mounier, el sentido que en el pensamiento personalista tienen los términos: proyecto, vocación y situación. La segunda parte señala algunas perspectivas de su interrelación.

El paso a una vida auténtica, personal, supone la elaboración de un *proyecto* vital. “No se puede definir a la persona sin un porvenir, sin una valorización, sin una finalidad querida”¹. En el grado más elemental, el proyecto consistiría “en el mantenimiento y organización de un porvenir a través de un ritmo de impulsos, de períodos de calma y de crisis”². No se trata de



una mera planificación de nuestro tiempo o actividades, sino en cuanto esta previsión encarna las opciones de valores cuya coherencia aparece como el proyecto total de la persona. Proyecto vital no es tampoco la fidelidad estática a un orden que emerge en el ritmo individual. Estaríamos ante una mera acomodación, dependencia, en la que la yuxtaposición de nuestras acciones se mantiene dentro de un orden estético o de unas leyes generales. Esta elemental fidelidad puede encubrir la dimisión personal bajo capa de una generalización que diluye la singularidad del proyecto.

El proyecto supone “un movimiento de interiorización”³, en el que el hombre, sin huidas de la realidad, trata de asumirse a sí mismo, profundizarse, adquirir una capacidad de contemplación, que no excluye el compromiso de la acción. Allí, desde la conciencia de libertad situada⁴, trazará el camino de su coherencia personal a través de la constante novedad existencial. El proyecto sería de esta forma la memoria y futuro de mi vivencia de ser en la originalidad de mi propio existir.

Este proyecto puede elaborarse con una precaria apertura que, en definitiva, le encierra en su propia inmanencia. “Tal es la *trascendencia* del ser humano perpetuamente arrojado ante sí, según Sartre o Heidegger, sin que sea, sin embargo, elevado a un modo de ser superior o a una plenitud más acabada. No se trata, de hecho, aquí más que de una inmanencia articulada y proyectiva ya que, en fin de cuentas, el existente se proyecta hacia sí mismo”⁵. Este tipo de proyectos, amasado con las sombras de la muerte o el porvenir de la “nada”, se contraponen a la autorrealización del hombre abierto a la trascendencia “situada en el corazón de la existencia, experiencia de un movimiento infinito o, al menos, indefinido, hacia un más-ser, movimiento tan inherente al ser que acepta o se niega con él”⁶.



Dentro de la dinámica de esta trascendencia podemos hablar con verdad de *vocación cristiana*. Dejando para más adelante la precisión bíblica de este concepto, hecho experiencia religiosa en la historia de la salvación, lo describiremos con las mismas palabras de Mounier.

Exponiendo el sentido de su trabajo en “Principes d’un rassemblement”⁷, rechaza motivaciones superficiales o interesadas para afirmar que el sentido de su acción es “Dios, aunque para alguno de entre nosotros sea un Dios desconocido. Un hombre no es plenamente hombre más que si está en constante alerta para unir todos sus actos y todos sus pensamientos en la unidad de un mismo fin y en constante deseo de extender su comunión en la proximidad de ese fin”⁸. Vemos aquí, articulados, el sentido del proyecto en la continuidad libre de la actividad humana y la apertura teleológica.

Para Mounier, “la persona del cristiano se constituye por la vida de una intención divina que se prolonga en un diálogo inefable de signos y respuestas entre una voluntad libre y el insondable proceso de la Providencia”⁹. La *vocación* sería esta constitución dialogal de mi proyecto, hecha disponibilidad total ante Dios.

Describe Mounier la “superación”¹⁰ como dimensión de la vida personal que, arrancando de la exterioridad (que corresponde a lo que Freud llama el principio de realidad), pasa por la interiorización. Partiendo de la formulación de Nietzsche: el hombre está hecho para ser superado; Mounier interpreta no solamente un valor moral, sino una trascendencia continua. “Es una manera de expresar que la vida personal gravita sobre el porvenir”¹¹.

El proyecto vocacional, es decir, la creatividad humana en respuesta a la Palabra de Dios, supone una actitud de profunda escucha, una labor de discernimiento: “Sea lúcida, escuche las llamadas de su vocación”. “Sin una llamada excepcional (y es necesario tomar todas las garantías para discernir una verdadera llamada) usted no está llamada por Dios...”¹².

Precisamente porque la auténtica vocación no se puede confundir con las “pseudo *vocaciones* profesionales que siguen demasiado a menudo la inclinación del temperamento o del medio ambiente”¹³, la labor de la persona es un constante descifrar la llamada que constituye la unidad más íntima en su vida personal. “La búsqueda hasta la muerte de una unidad presentida, deseada y jamás realizada. Yo soy un ser singular, tengo un *nombre propio*. Esta unidad no es la identidad muerta de una roca que no hace ni se mueve ni envejece. Es la identidad de un todo”¹⁴. Ese todo, que es el universo del hombre, no es sólo el lugar de la respuesta sino la palabra única, irrepetible, en la que la debilidad de mi proyecto se hace fuerza de Dios. Una unidad recibida como un don, más allá de la ruptura que, en la continuidad de la experiencia humana, supone la respuesta vocacional. Hay un color y una fuerza de vida que se pierde realmente antes de reencontrarse en la libertad espiritual. Se da un primer empobrecimiento real de nuestra humanidad por la fe¹⁵.

“Esta unidad no se presenta a mí como un dato, como pueden ser mi herencia o aptitudes, ni como pura adquisición”¹⁶. No es la realización monologal de la persona sacando el mayor partido a sus cualidades. “Lo que se llama ‘*vocación*’ profesional puede entrar, como toda aportación de mi destino, en el plan general de mi vocación; pero ésta toma un sentido totalmente distinto de esa feliz adaptación de mis aptitudes a que se refiere el lenguaje corriente de la gente. Todas mis deter-



minaciones, por ir de las más toscas a las más finas: temperamento, aptitudes, componentes de constitución física, carácter, son objetos de adaptación; ninguna define una vocación”¹⁷.

El proyecto vocacional no es, pues, la rentabilidad máxima de mis cualidades individuales en el mercado de la historia. Su valor singular “rompe incesantemente toda finalidad más corta: interés, adaptación, éxito; se puede decir, en este sentido, que la persona es la *gratuidad* misma, aunque cualquiera de sus actos esté comprometido y consagrado. (La vocación) es lo que en un hombre no puede ser utilizado”¹⁸.

La vocación “no es evidente; pero tampoco es evidente a un primer vistazo la unidad de un cuadro o de una sinfonía, de una nación, de una historia. Es necesario descubrir en sí mismo, bajo el fárrago de distracciones, el deseo mismo de buscar esta unidad viviente, escuchar largamente las sugerencias que nos susurra, experimentarla en el esfuerzo y en la oscuridad, sin jamás estar seguro de poseerla”¹⁹. No es vocación porque está diluida en el misterio, sino que está en el corazón del misterio de nuestra existencia porque es vocación, es decir, “respuesta a una llamada silenciosa”²⁰.

El proyecto vocacional no es la espera pasiva de una llamada, ni la febril actividad religiosa. Vocación y proyecto, en un constante proceso de interrelación clarificadora, constituyen el lugar del encuentro del hombre con Dios. Este encuentro, realizado en la palabra, no está exento de misterio. “Nuestro proyecto fundamental de existencia, esta manera de tomar los hombres y la vida que nos guía en todos nuestros pasos, es vivido plenamente por nosotros y, sin embargo, no es ni clara ni originalmente conocido por nosotros”²¹.

La vocación, cuya validez en la autonomía del proyecto humano se identificaría con la autenticidad de la respuesta ante los valores que solicitan al hombre, adquiere su plena personalización para el cristiano en la identificación de la Persona que le llama. Schillebeeckx afirma: “Ya desde el punto de vista profano se podría llamar al proyecto que domina toda la vida una ‘vocación’, puesto que el hombre lo hace suyo precisamente por su respeto ante la llamada que le dirigen los valores objetivos”²². Ante la múltiple variedad de llamadas que constituyen la vida del hombre, ese esfuerzo por “*identificar la persona*”²³ supone en el cristiano el proceso de su fe. Mounier afirmará: “La vocación tiene su sentido pleno para el cristiano que cree en la llamada cautivadora de una Persona”²⁴. “Vocación y proyecto de vida son las dos caras, divina y humana, de una sola realidad psicológica profundamente humana, que consiste en la imagen del porvenir libremente formada, pero que responde a unas normas objetivas y también en una espera y una voluntad leal que se refiere a este porvenir”²⁵.

La actitud religiosa vocacional, que para los psicólogos exige una madurez difícilmente conseguida antes de la edad adulta²⁶, supone en una libertad interior la estructuración de toda la personalidad en función de la relación con Dios.

Un personalista como Paul-Louis Landsberg, planteándose el sentido de la acción, describe el esfuerzo del hombre en búsqueda de la respuesta verdadera. “Concretamente no puede haber más que una solución para la conciencia cristiana: adherirse a Dios, conformarse a su voluntad, es decir, esforzarse en seguir perpetuamente la voz que nos revela nuestra *vocación*. Esta voz debe ser para cada uno la guía suprema e irremplazable que le da la seguridad que corresponde, precisamente, a su persona única y al instante único de su decisión. San Agustín nos dice que Dios no cesa de ninguna manera (nullo



modo canat) de hablarnos por la inspiración oculta de la vocación (occulta inspiratione vocationis). Pero no siempre tenemos junto a nosotros a nuestro Dios como escudero que nos recuerda con palabras claras y razonables el sentido de nuestra vocación. Para nuestros oídos interiores las voces se confunden y el lenguaje divino permanece muy oscuro en la mayor parte de los casos. Nosotros no somos el hijo de Dios. Obedecer a Dios; esta solución definitiva que es, en efecto, la más simple en sí misma, se hace a menudo extremadamente difícil. Entonces no nos queda más que la luz de nuestra cabeza para buscar nuestro camino”²⁷.

Por constituir el proyecto vocacional respuesta de todo el hombre, debemos delimitar una noción que completa a las anteriores: se trata de la *situación*.

Señala Mounier: “No habríamos podido centrar lo que yo llamaría la persona en expansión, el trabajo de la trascendencia en ella misma y su impulso hacia lo eterno, sin determinar, *al mismo tiempo, las situaciones que la sujetan* y la entorpecen”²⁸.

El proyecto vocacional no es la actividad celeste de unos espíritus puros que ignoran, en lo posible, su paso por la tierra. La respuesta humana a la Palabra “está totalmente mezclada con la tierra y con la sangre”²⁹.

“El hombre es un ser-en-el-mundo. Su condición no puede ser captada sin serlo inmediatamente como condición encarnada e inserta”³⁰. Decir que la situación es el cuerpo del proyecto, cuya alma es la vocación, sería exacto si no se confinase la tarea de “responder” al alma situada en los estrechos límites del cuerpo. “Esta valoración superior del alma determina la concepción de la relación entre alma y cuerpo, cuya unidad se



concibe de una manera más funcional y accidental que sustancial”. “La función del alma consiste en dominar el cuerpo y ‘emplearlo’ como instrumento”³¹. Ante esta concepción, Mounier señalará: “Cuerpo y alma es la manera como el hombre completo avanza en cada gesto, en cada pensamiento”³².

La situación es la raíz que une mi proyecto a la tierra, exclusivo lugar, en el tiempo, de cultivo de mi palabra irrepetible de respuesta a Dios. Campo del testimonio o la eficacia de mi proyecto.

Proyectar no es huir de la situación para crear el marco ideal de respuesta. La vocación encuentra al hombre situado, y el nomadismo espiritual que inaugura supone una fidelidad dinámica a diversas situaciones que exigen un compromiso capaz de ser total en lo relativo. Absolutizar una situación es renunciar al proyecto; ignorarla es incapacitarse para entablarlo. El proyecto vocacional auténtico asegura ese equilibrio radical entre situación y llamada, que permite al hombre elaborar su eternidad en el tiempo. “Vivir personalmente es asumir una situación y responsabilidades siempre nuevas, y superar, sin cesar, la situación adquirida”³³. Este nomadismo inconfortable, privado de su estructura dialogal, puede dar a la existencia humana un sentido errante, sin esperanza, muy distinto del caminar hacia una meta en virtud de una Palabra: “Vete de tu tierra y de tu patria y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré” (Gén 12, 1). “Pero el hombre personal no es el hombre afligido; es un hombre acompañado, animado, llamado”³⁴. “Si la situación fundamental del hombre no es un abandono, sino compañía y llamada, en el corazón de mi sentimiento del mundo se da una cierta alegría existencial que niega la absoluta desesperación del alma contemporánea”³⁵.



El hombre enraizado surge del anonimato por un ‘movimiento de exteriorización, de adaptación a la totalidad del mundo en la perspectiva de lo circundante’³⁶, ‘tomando posesión de este medio a fin de no ser poseído por él’³⁷.

La situación no es el marco del proyecto vocacional. Existe una profunda dialéctica entre proyecto, vocación y situación. El hombre situado es el hombre en tensión. No se trata de parcelar y cultivar la materia como pura exterioridad: situarse ante el medio. El proyecto vital se alimenta de la acción sobre el medio, ‘de un intercambio de vida, una simbiosis, por la cual el medio llega a convertirse en ambiente’³⁸. En una interrelación vital, el hombre se modela modelando el medio. Existe todo un proceso situacional que nos revela ‘la tesis de la locura como ruptura con el medio corporal, social o espiritual, o la definición del carácter como repercusión de la estructura de la personalidad en la relación de la persona con la estructura del medio’³⁹.

‘Si el hombre concreto no se disipa en la vorágine del universo, es porque la persona asume el medio’⁴⁰. Esta tarea que estructura el proyecto humano no se realiza sin un enfrentamiento, que proviene de la provocación y amortiguamiento en que, alternativamente, se realiza nuestra inserción en el medio⁴¹. ‘La vida del hombre concreto se desarrolla, en su nivel primario, en el trayecto que une su pertenencia al medio y su dominio de él’⁴². En esta situación ambivalente se juega el proyecto vocacional. Partiendo de la pertenencia, y sin olvidarla, el hombre acepta una tarea de humanización, enseñoreando progresivamente el medio que le pertenece y al que pertenece. La vocación, suscitando una respuesta concreta y en una situación determinada, orienta al hombre en su interacción con el medio. Se trata de ‘un sector del universo que recibe de un organismo superior una *significación* y un destino nuevos’⁴³.



El medio vivido es la situación desde la cual y con la cual responde el hombre. “Los personajes son inseparables de la escena, y la escena de los personajes. El materialismo no ve más que la escena... El individualismo no ve más que los personajes, pero les reduce a sombras que no están en ninguna parte ni hablan a nadie” ⁴⁴. “La simbiosis del hombre y del medio participa de una vocación” ⁴⁵. Este situar la vocación en las raíces mismas del proyecto humano, iluminará muchos aspectos del quehacer cristiano en el mundo. La palabra del hombre, al responder a su Dios, no podrá prescindir de un acento inconfundible, que formará parte, en definitiva, de la garantía de autenticidad de esa respuesta.

“El hombre reconoce en su medio como un amigo predestinado” ⁴⁶ y tiene ante él una amorosa actividad de “consagración” ⁴⁷. Mounier, hablando de la relación del hombre con las cosas, señalará en su “*Traité du caractère*” que cuando la pertenencia al medio predomina sobre el dominio del medio, la despersonalización se instala en las actitudes psíquicas.

Sólo un proyecto situado será vocacional y sólo un proyecto vocacional asegurará una situación humana, que no consista en colocar un objeto, aun el más valioso, el rey de la creación, entre las estrechas fronteras de un universo cosificado. El hombre, al asumir su situación, la introduce en una dinámica vocacional, a la que el apóstol Pablo hace referencia al hablar de la creación entera gimiendo con dolores de parto, en la esperanza de su liberación (Rom 8, 20-30). La situación, en su perspectiva espacial y temporal, es el lugar del destino humano; “situarnos en nuestro lugar y en nuestro tiempo, es asegurar nuestra solidez espiritual al mismo tiempo que nuestra elemental orientación” ⁴⁸.

Teniendo presentes los contenidos de vocación, proyecto y situación, comprendemos más fácilmente su articulación en la unidad dinámica de la persona. Señalaremos algunas perspectivas de su interrelación.

El proceso por el cual un proyecto abierto a la Trascendencia se convierte en respuesta, puede no fraguar realmente en la historia de la persona. Tendríamos el caso de proyectos vitales no vocacionales no ya por opciones metafísicas de repercusión teológica, sino por la dimensión de pecado detectada en la visión cristiana de la realidad personal. Serían los proyectos que, incluso formulados en lenguaje religioso, no tienen de hecho una auténtica estructura dialogal. La fidelidad al proyecto no se identificaría con la fidelidad a la vocación, inexistente como respuesta en esta hipótesis de tan frecuente realización. Todo el montaje religioso de un proyecto e incluso su filiación confesional, puede reducirse a la instalación sociológica sin ninguna incidencia de fe viva en la cotidianidad existencial. No confundimos, pues, vocación con formulación “sagrada” de un proyecto humano, como tampoco asimilábamos vocación a la autorrealización profesional o al rentable y gratificante despliegue de unas aptitudes.

Afirmar que la vocación no sustituye al proyecto, supone tomar en serio la densidad de la respuesta humana interpelada por la gracia. Pretender una adhesión vocacional, sin que esta adhesión estructure coherentemente la persona desde sus raíces hasta su esperanza escatológica, implica un ahorrarse la encarnación como lugar salvífico. Es cierto que una superficial inteligencia del absoluto vocacional puede dejar en la penumbra este tiempo personal, pero la radicalidad de la llamada se revela



en la conciencia del hombre y sólo a través de la maduración de su respuesta. Querer hacer de una vida respuesta vocacional eliminando tal vez por una prisa “milenarista” la mediación del proyecto, es olvidar la relación personal, esencia de toda vocación, en la que el “yo” del hombre emerge ante el Tú de Dios. Sería como querer bautizar una libertad antes de que nazca.

Puede ocurrir también que una especie de esclerotización del proyecto lo vaya haciendo incapaz de vehicular la vocación. El proyecto deja de ser respuesta aunque se mantenga, con las apariencias de una cierta garantía institucional, como voluntad permanente de adhesión a la Palabra. Puede haber llegado el momento del *cambio*. Frecuentemente, para eludir la responsabilidad de un nuevo proyecto desde la situación adquirida, el hombre prefiere hablar de cambio de “vocación”. Proyecta (esta vez en sentido psicológico) sobre el dios que llama todo el peso de su decisión intrasferible. Más sencillo sería afirmar, sin olvidar nuestra original ambigüedad, que el cambio de proyecto pudiera ser la condición necesaria para una fidelidad vocacional, como en algunos casos no se excluiría la posibilidad de una huida ante el compromiso de la llamada. En una u otra hipótesis, se nos exige el respeto ante el misterio personal ⁴⁹.

La vocación puede interpelar al proyecto, purificarlo, desposeerlo de su estructura de poder o convertirlo, con un cambio de mentalidad, en profundidad de la experiencia humana. “Venid en pos de mí y haré de vosotros pescadores de hombres” (Mc 1, 17).

Muchos cambios de proyecto pueden significar la continuidad de un crecimiento no exento de crisis o denunciar la inexistencia previa de verdaderos proyectos vitales, hasta la formulación de uno auténtico. El valor vocacional reflejaría la densidad operativa del proyecto, por los valores personales más que por el ropaje religioso.



Precisamente porque lo vital de un proyecto cristiano pasa siempre por el Acontecimiento de la muerte y resurrección de Cristo, supone una superación del ser para la muerte. En este sentido, la dimensión vocacional libera al proyecto, sin sacarlo del tiempo, de “la polilla y herrumbre que corroen” (Mt 6, 19). Pero la llamada no garantiza contra la dimensión de fracaso situado en unas coordenadas humanas y, sin servir de pretexto a la pereza, debilidad o imprudencia, asume ese fracaso en la dinámica teológica de la esperanza cristiana.

Si es verdad que la vocación *sitúa* al proyecto, no podemos olvidar que la situación participa, por la actividad transformante del hombre, del sentido de la llamada. Habrá situaciones inarmonizables con un proyecto cristiano y que, por ello, piden urgentemente una nueva estructuración. El proceso liberador de la respuesta cristiana hunde sus raíces en la situación del hombre. El refugiarse en la rectitud de intención para salvar la pureza de un proyecto, oculta a menudo la dimisión culpable ante la situación humana en que paradójicamente se cosecha esa “rectitud”. El error consiste, una vez más, en ignorar la dimensión situacional de todo proyecto.

De la misma manera que una falsa espiritualización del proyecto pasa por alto su cimentación en el mundo, la pérdida de la dimensión vocacional puede hipertrofiar el volumen de la situación. Aun sin pretender reproducir a la letra el itinerario de algunos santos (esfuerzo imprudente fuera de su contexto carismático), su libertad ante las leyes socio-económicas de toda situación, fiados de la divina providencia y, al mismo tiempo, su caridad comprometida con el mundo, nos revelan el equilibrio vocación-situación realizado en la coherencia de su proyecto. Del gesto del peregrino de Loyola, dejando en la playa las monedas previsiblemente necesarias para su proyectado viaje a Tierra Santa ⁵⁰, a sus análisis situacionales de di-



versos proyectos apostólicos ⁵¹, existe una continuidad, solamente discernible desde la cristiana docilidad al Espíritu.

Desde un plano psicológico, proyecto, vocación y situación quedan asumidos en la actitud religiosa. Vergote, en su “Psicología Religiosa”, al subrayar que “por vocación la religión debe integrar la vida completa” ⁵², comenta las afirmaciones de Allport sobre el carácter comprensivo del sentimiento religioso, integrante de la totalidad de los intereses humanos, así como la opinión de Freud de que “la actitud del creyente tiende a estructurar y a unificar todos los aspectos del comportamiento” ⁵³.

La operatividad estructurante de la religión depende del proceso de maduración, en el que podemos distinguir como dimensiones de la personalidad: “el tiempo vivido, el ser en el mundo y las relaciones con el otro y la sociedad” ⁵⁴. Estas tres dimensiones traducidas a la integración religiosa supondrían: “la asimilación del pasado, la diferenciación que se opera en el conflicto y la imitación de un modelo” ⁵⁵. “La conversión se presenta siempre como una relectura religiosa del pasado. En el pasado, reconocido en la verdad, el hombre religioso sabe descifrar los signos de un porvenir positivo” ⁵⁶. Todo proyecto vocacional implica esta relectura en la fe, que posibilita la aventura cristiana. La integración del pasado no solamente constituye una fuente imprescindible de salud psíquica, sino el lugar de la palabra que proyecta el futuro. La segunda dimensión de la actitud religiosa, la diferenciación, supone una superación del cosmo-vitalismo y el respeto a la autonomía de lo profano. La religión, sin permanecer extranjera al mundo, no puede tampoco fundirse con él. “Para que la religión pueda efectuar la nueva integración de los valores diferenciados y reconocidos en su autonomía, es necesario que se haya orientado hacia Dios por sí misma. Sólo con esta condición, la religión será suficien-

temente universal para englobar los intereses humanos sin alienarlos”⁵⁷. En esta perspectiva, la situación adquiere todo su valor autónomo y su capacidad de ser orientada cristianamente.

La identificación al modelo, como tercera dimensión de la actitud religiosa, implica que “ninguna actitud humana se puede estructurar sin referencia a modelos”⁵⁸. Identificación, que va más allá de la imitación, “permitiendo al sujeto asumir interiormente un sistema de comportamiento y reorganizarse según el esquema que asimila”⁵⁹. Esta identificación, con una genética personalizante, se verifica en la actitud religiosa. En el Evangelio, cuyo centro de gravedad es la persona de Jesús, aparece el criterio de identificación como signo de autenticidad cristiana ofrecido en forma de vocación (Jn 13, 15; 15, 1 s.). La palabra del Señor, acompañada de la gracia interior, posibilitará a través de una dialéctica de continuidad y ruptura al interior de la experiencia humana la comunión personal, núcleo de la existencia cristiana.

Proyecto, vocación y situación, como estructurantes de la respuesta cristiana, nacen de la unidad misma de la persona. Fundamentando el proyecto de ser persona en la comunión yo-tú y llamando encarnación a la personalización situacional, Mounier describirá las tres dimensiones de la persona. “La persona es el volumen total del hombre. Es el equilibrio en largura, anchura y profundidad; tensión en cada hombre entre sus tres dimensiones espirituales: la que asciende de abajo y le encarna en una carne; la que se dirige hacia lo alto y le eleva a un universal; la que se orienta hacia lo ancho y le lleva hacia una comunión. *Vocación, encarnación, comunión: tres dimensiones de la persona*”⁶⁰.



Analizando estas dimensiones de la tarea personal con que nosotros fundamentaríamos el proyecto vocacional cristiano, recordaremos una formulación de Mounier, citada anteriormente a propósito del proyecto, y que nos permite ahora comprender más profundamente la vertiente vocacional. “Mi persona es en mí la presencia y la unidad de una vocación intemporal que me llama a superarme a mí mismo indefinidamente y opera, a través de la materia que la refracta, la unificación siempre imperfecta, siempre recomenzada, de elementos que se agitan en mí. La misión primera de todo hombre es descubrir progresivamente esa cifra única, que marca su situación y sus deberes en la comunión universal, y consagrarse contra la dispersión de la materia a esta reunificación de sí mismo”⁶¹.

Descrita así la vocación, como dimensión dinámica y trascendente de la persona, describe sus raíces en el mundo. “Mi persona está encarnada; en las condiciones en las que está situada no puede jamás liberarse enteramente de las servidumbres de la materia. Aún más, no puede elevarse más que pisando sobre la materia. Querer esquivar esta ley es de antemano condenarse al fracaso: el que quiere hacer el ángel, hace la bestia. El problema no consiste en evadirse de la vida sensible y particular, entre las cosas, al interior de sociedades limitadas, a través de los acontecimientos, sino en transfigurarlos”⁶².

Esta vocación situada supone al hombre en proceso de ser persona a través de un proyecto relacional. Esta posibilidad de ser “yo” encuentra su cauce en la proyección comunitaria: “Mi persona no se encuentra más que dándose a la comunidad superior que llama e integra las personas singulares. Los tres ejercicios esenciales de la formación de la persona son, pues, la meditación en la búsqueda de la vocación; el compromiso que reconoce su encarnación; el despojamiento, iniciación al don de sí mismo y a la vida en el otro”⁶³.



NOTAS

1. Mounier, E., *Traité du caractère*, Oeuvres t. II, Paris 1961, ed. du Seuil, p. 58.
2. Ib., p. 57.
3. Ib., p. 569.
4. Rahner, K., *La gracia como libertad*, Barcelona 1972, ed. Herder, p. 67 s.
5. Mounier, E., *Introduction aux existentialismes*, Oeuvres t. III, p. 170.
6. Ib., p. 170.
7. Mounier, E., *Révolution personaliste et communautaire*, Oeuvres t. I, p. 210.
8. Ib., p. 211.
9. Mounier, E., *Personalisme et christianisme*, Oeuvres t. I, p. 736.
10. Mounier, E., *Traité du caractère*, Oeuvres t. II, p. 573.
11. Ib., p. 573.
12. Mounier, E., *Mounier et sa génération*, Oeuvres t. IV, p. 825.
13. Mounier, E., *Le personalisme*, Oeuvres t. III, p. 468.
14. Ib., p. 467.
15. Mounier, E., *L'affrontement chrétien*, Oeuvres t. III, p. 27.
16. Mounier, E., *Le personalisme*, Oeuvres t. III, p. 467.
17. Mounier, E., *Personalisme et christianisme*, Oeuvres t. I, p. 750.
18. Mounier, E., *Le personalisme*, Oeuvres t. III, p. 468.
19. Ib., p. 467.
20. Ib., p. 468.
21. Mounier, E., *Introduction aux existentialismes*, Oeuvres t. III, p. 86.
22. Schillebeeckx, E., *Dios y el hombre*, Salamanca 1969, ed. Sígueme, p. 305.
23. Ib., p. 306.



24. Mounier, E., *Le personalisme*, Oeuvres t. III, p. 468.
25. Schillebeeckx, E., *op. cit.*, p. 306.
26. Vergote, A., *Psychologie religieuse*, Bruselas 1966, ed. Dessart, p. 218 s.
27. Landsberg, P.L., *Problemes du personalisme*, Paris 1952, ed. du Seuil, p. 104.
28. Mounier, E., *Personalisme et christianisme*, Oeuvres t. I, p. 767.
29. Mounier, E., *Le personalisme*, Oeuvres t. III, p. 441.
30. Mounier, E., *Qu'est-ce que le personalisme?*, Oeuvres t. III, p. 217.
31. Metz, J.B. y Fiorenza, F.P., *El hombre como unidad de cuerpo y alma*, *Mysterium Salutis*, vol. II, t. II, Madrid 1969, ed. Cristiandad, p. 685.
32. Mounier, E., *Traité du caractere*, Oeuvres t. II, p. 114.
33. Mounier, E., *Introduction aux existentialismes*, Oeuvres t. III, p. 113.
34. *Ib.*, p. 209.
35. Mounier, E., *Qu'est-ce que le personalisme?*, Oeuvres t. III, p. 210.
36. Mounier, E., *Traité du caractere*, Oeuvres t. II, p. 565.
37. *Ib.*, p. 73.
38. *Ib.*, p. 74.
39. Buseman, B., *Zeitschrift für pädagogische Psychologie und experimentelle Pädagogik*, 1931, cit. por Mounier, *Traité du caractere*, Oeuvres t. II, p. 78.
40. Mounier, E., *Traité du caractere*, Oeuvres t. II, p. 76.
41. *Ib.*, p. 76.
42. *Ib.*, p. 76.
43. *Ib.*, p. 74.
44. *Ib.*, p. 74 s.
45. *Ib.*, p. 75.
46. *Ib.*, p. 75.
47. *Ib.*, p. 75. Cfr. Vaticano II, *Const. "Gaudium et Spes"* n. 33, 34, 35, 36.
48. Mounier, E., *Traité du caractere*, Oeuvres t. II, p. 299.

49. *Ib.*, p. 713 y Landsberg, P.L., *op. cit.*, p. 105.
50. Ignacio de Loyola, *Autobiografía*, Obras Completas, Madrid 1963, ed. B.A.C., cap. III, n. 36.
51. Ignacio de Loyola, *Cartas*, Obras Completas, Madrid 1963, ed. B.A.C., *passim*.
52. Vergote, A., *op. cit.*, p. 219.
53. Allport, *The individual and his Religion*, New York 1953, p. 73, cit. por Vergote, *op. cit.*, p. 218.
54. Vergote, A., *op. cit.*, p. 219.
55. *Ib.*, p. 219.
56. *Ib.*, p. 221.
57. *Ib.*, p. 223.
58. *Ib.*, p. 224.
59. *Ib.*, p. 225.
60. Mounier, E., *Révolution personaliste et communautaire*, Oeuvres t. I, p. 178.
61. *Ib.*, p. 178.
62. *Ib.*, p. 178.
63. *Ib.*, p. 179.

- Editorial Laia ha comenzado la publicación de las obras completas de E. Mounier con traducción de Alfonso C. Comín.
El libro de Vergote –“Psicología Religiosa”– está editado en castellano por ed. Herder, Barcelona.





JUVENTUD Y CRISIS DE LOS MODELOS DE REFERENCIA.

Por Antonio Aparisi Laporta

Abordamos el tema de la realidad juvenil contemporánea. Esto significa que entramos en meditación histórica: en meditación acerca de las posibilidades de supervivencia de nuestra sociedad como ámbito humano favorable a todos los crecimientos personales.

En otro momento, el análisis de la adolescencia o juventud se reduciría fundamentalmente al campo de la interpretación psicológica o del proyecto educativo. Hoy, tenemos la impresión de que la sociedad (la sociedad española, al menos) está ya atascada en ese lugar de la población llamado "sector joven". Que, de una manera inevitable, la incógnita de nuestro futuro está ahí, mucho más que en la viabilidad de las nuevas leyes o de los procesos políticos y económicos.

Y la razón es que, ante la juventud actual, nos hallamos frente a un enigma antropológico: frente a un oscuro proceso

de mutación del sistema de reacciones humanas, tal vez como síntoma final de un largo camino de deseducación colectiva; y nada hace prever que el organismo social tenga capacidad para asumir y resolver positivamente —en el sentido de lo humano— esta crisis casi genética.

En primer lugar, porque estamos incluso desprovistos de claves seguras de interpretación y diagnóstico del fenómeno. (Resultaría ingenuo para la ciencia sociológica o psicológica el emitir un juicio certero del fenómeno, a nivel profundo, más allá de la seria constatación de los hechos).

Por consiguiente, esta meditación que nos ocupa se va a limitar tan sólo a señalar los procesos evidentes del organismo social que tienen clara incidencia en la adolescencia y juventud. Y, desde luego, va a abrirse —casi con desespero— al sueño de unos posibles proyectos de acción terapéica o educativa como última instancia honrada en el lenguaje y afrontamiento del tema.

Nunca ha sido más grave que en estos momentos la demanda que se nos viene haciendo en España de educar, de correr el riesgo del encuentro educativo, de lanzarse a la aventura —e incluso a la quimera— de unas utopías educativas nuevas.

Quiero decir esto: más urgente aún que el diagnóstico es la acción. Aunque sea una acción loca. No cabe otra cosa. Lo más justo en esta hora de la sociedad española es que alguna élite de la conciencia social y del arte educativo decida “quemarse” en el intento de ofrecer al mundo adolescente y joven unas salidas medianamente dignas a la situación que padecen. Lo que ha de conllevar —necesariamente— una denuncia profé-

tica del entorno adulto y unas presiones sobre ese entorno que es, en definitiva, quien bloquea de manera cerril cualquier camino airoso hacia el futuro.

Nuestra reflexión va a seguir estos tres pasos:

- Análisis de los síntomas agudos de la adolescencia y juventud española actual, en referencia a los procesos históricos de la sociedad adulta.
- Estudio de las alternativas de “modelos de identidad” posible para el mundo adulto y para el mundo adolescente y joven.
- Y sugerencia de “responsabilidades” en la creación de esos modelos de identidad ¹.

I

SINTOMATOLOGIA DE LA JUVENTUD ESPAÑOLA MEDIA

Es evidente que toda generalización no es justa. Pero también es cierto que los procesos que se acusan en sectores más avanzados tecnológicamente (grandes ciudades, regiones industrializadas) prefiguran la imagen inmediata futura de otros grupos de población.

En este sentido hablamos de la juventud española media refiriéndonos a un doble grupo, en apariencia distinto pero en substancia idéntico, que va creciendo y albergando nuevas áreas de población juvenil: la alta burguesía y la periferia desarraigada



en las grandes urbes. A este doble grupo le llamamos “medio”, porque es exponente del futuro capital (del poder económico) y de la base (del poder popular).

En este grupo acusamos dos síntomas de una extrema gravedad para el porvenir humano: la caída de los valores y la pérdida de la identidad personal.

1. La caída de los valores

El término “valor” no deja de ofrecer cierta ambigüedad si no se precisa su alcance concreto en el lenguaje. Vamos a intentar esta precisión, porque el tema lo merece.

a) *Valores y centros de interés.*

El “valor” y el “centro de interés” son dos conceptos-fuerza en la dinámica del desenvolvimiento humano; pero conviene distinguirlos para entender su distinta importancia y funcionalidad en los procesos de motivación y de organización de la persona.

Centros de interés son aquellas realidades (en general, de orden tangible) que afectan la sensibilidad del sujeto atrayendo su atención y dedicación de modo más o menos absorbente.

Valores, en cambio, son realidades de orden absoluto que afectan directamente al sistema de pensamiento ético y a la percepción de sí mismo como persona. Los valores pueden llegar a constituirse también en “centros de interés personal”; pero los “centros de interés”, aun cuando polaricen toda la energía de la persona, no siempre incluyen “valores” y pueden incluso negarlos.



Esta distinción es muy importante en el lenguaje antropológico y educativo. Ambas realidades se convierten en “motivos” de acción, pero a niveles muy distintos: mientras el centro de interés lanza a la acción inmediata, a la posesión y disfrute insaciable de la realidad en cuestión, agotando quizá la capacidad global de búsqueda y encuentro de otras realidades, los valores —en cambio— motivan un estado contemplativo de la propia existencia personal y desencadenan un proyecto de acción a medio o largo plazo, otorgando a la persona una conciencia, un sentido y una orientación vital y, por tanto, un equilibrio emotivo.

La vida cotidiana demanda la presencia motivadora de centros de interés y de valores. Pero es evidente que son los valores los que construyen y configuran la personalidad, la organizan y proyectan hacia el entorno real y hacia el futuro. De tal forma que un hombre sin una escala mínima de valores suficientemente establecida es un ser aquejado de desintegración.

La ausencia de un conjunto abierto de centros de interés supondría, por otra parte, un estado de apatía existencial tan alarmante como la pasión obsesiva por un determinado centro de interés.

Hasta aquí una pequeña aclaración de conceptos.

Lo que vamos a afirmar es que asistimos, en nuestra sociedad española, a una vertiginosa caída de los valores; a la vez que en el mundo adulto aumentan los centros de interés y en el mundo adolescente y joven (por paradójico que esto parezca) empieza a detectarse también una disminución de los centros de interés, después del “boom” de intereses despertados en la última década, al aumentar de golpe el poder adquisitivo de los adolescentes y jóvenes.



No obstante, antes de desarrollar esta afirmación, conviene describir mejor el mundo de los valores e intereses.

b) *Valores constitutivos, valores complementarios e intereses actuales.*

En cuanto al conjunto de realidades que denominamos como valor es preciso señalar dos categorías, sin prejuzgar el orden o escala que cada cual deba establecer en el fuero de su conciencia y de sus libres opciones.

Existen unos valores que constituyen de modo directo la trascendencia de la persona individual y de lo humano en el Cosmos. Entre estos valores destacamos los siguientes:

- El valor de la vida: de toda forma y manifestación de vida.
- El valor de la conciencia íntima moral como guía absoluta de la conducta humana.
- El valor del hombre —de todo hombre— como ser de extraordinaria dignidad; y, por consiguiente, el imperativo del diálogo real como forma básica de comunicación.
- El valor de la libertad y de las libertades personales en el juego del respeto mutuo.
- El valor de la sensibilidad ante el sufrimiento ajeno, ante la injusticia o la destrucción que pueden padecer los seres.
- El valor de la verdad y la veracidad.

— El valor de la relación interhumana, de la comunicación, de la comunión y del servicio desinteresado; el valor de la fidelidad en la relación.

— El valor del Misterio que trasciende y, a la vez, atrae el porvenir humano otorgándole un destino.

Otros valores se acercan indudablemente a ese núcleo de la estructura personal, pero se engarzan en él con más o menos necesidad vital o carácter absoluto, según las situaciones de edad, cultura, mundo afectivo, etc. Son, por ejemplo:

— El valor del hogar.

— El valor del trabajo como realidad en sí y como expresión del desarrollo de unas aptitudes personales.

— El valor de la expresión religiosa concreta.

— El valor de la patria, nación o pueblo.

— El valor de la belleza en sus múltiples dimensiones.

— Etcétera.

Centros de interés concreto (y no valores) serían, en cambio, entre muchos otros, los que vamos a enumerar, con diversa posibilidad de llegar a constituirse en valores complementarios:

— La vida grupal en cualquiera de sus expresiones típicas y la convivencia de amigos.

— La expansión de la corporeidad y la satisfacción sexual, más o menos vividas en relación con los valores de comunicación.



- Las formas diversas de la cultura y en particular de la expresión artística (música, pintura, literatura, cine, danza, etcétera).

- Lo esotérico; las formas de evasión de la sociedad (droga, etc.).

- El estudio y la búsqueda intelectual; la investigación, etcétera.

- El encuentro con la Naturaleza; la cultura física, etc.

- La actividad manual y artesana; la destreza, etc.

- La posesión de toda clase de bienes materiales; el confort de la vivienda, etc.

- La contracultura.

- Etcétera.

La enumeración de estas tres categorías de realidades es de todo punto convencional. Nos servirá, sin embargo, para llenar en todo momento de contenido concreto nuestro lenguaje.

c) *La pérdida de valores en la juventud española.*

Nuestra sociedad española —en todos sus sectores— está viviendo un proceso colectivo de deterioro y pérdida de valores constitutivos y de valores complementarios. No se trata de cambio sino de pérdida. Esto debe quedar claro; aunque debamos apostar una y otra vez en favor de los cambios políticos y estructurales que se vienen operando entre nosotros. En realidad



la pérdida no obedece al cambio, aunque sí venga acelerada por éste; se trata de otra serie de causas anteriores y complejas.

En este sentido la adquisición de un marco institucional democrático nos llega con trágico retraso con respecto a las posibilidades de orientar los recursos del poder popular hacia la garantía y adquisición de valores necesarios a la existencia personal y comunitaria.

Este análisis está hecho con hondura y solvencia por parte de nuestros mejores sociólogos y pensadores. No tiene objeto repetir nada ².

Lo que pretendemos señalar es la tremenda incidencia o convergencia de ese proceso social en el sector adolescente y joven.

Nuestra sociedad en cuanto contemporánea se caracteriza por estos elementos que alcanzan de lleno el estamento juvenil:

1. Una disponibilidad considerable de bienes de consumo de segunda necesidad y superfluos y una hipersensibilidad consumista; lo que suscita una serie creciente de intereses materiales absorbentes.

2. Una falta de clima épico colectivo: de sentido de pueblo y de historia y de acontecimientos determinantes (a no ser en la trágica y confusa situación del País Vasco); lo que excluye de la masa juvenil los valores de patria o nación.

3. Una ausencia de substrato filosófico cultural, de pensamiento común como patrimonio de un pueblo (como puede serlo el pensamiento de la revolución francesa en la cultura europea o el sentido de la Constitución en U.S.A.); lo que deja



a nuestra juventud en una situación precaria respecto a la garantía de sensibilidad por los valores que se refieren al hombre como ser trascendente y sujeto de derechos.

4. Un monopolio de la acción —gestión e iniciativa— social por parte del mundo adulto (partidos políticos, poder central, asociaciones de vecinos, etc.); lo que excluye al sector adolescente y joven de la experiencia de los valores operativos³.

5. Una mentalidad técnica (automatización y rendimiento como valores determinantes del progreso) vertida en una idiosincrasia de evasión del trabajo, de carrera desenfrenada hacia el aumento salarial, de picaresca familiar y laboral..., todo ello vivido en un “hábitat” que tiende a reproducir el modelo de la gran ciudad: independencia absoluta y carencia de relaciones; situación ésta que altera para el adolescente y joven el equilibrio de los valores de relación, de comunicación y servicio, de empatía con la Naturaleza, de confianza en el hogar básico, etc.

Nos encontramos, pues, ante un tipo de sociedad radicalmente insana y con enorme fuerza de presión sobre la frágil estructura personal del adolescente y sobre la incipiente madurez del joven. No debemos extrañarnos, por consiguiente, de que se estén produciendo en la antropología juvenil alteraciones de alcance insospechado: alteraciones semejantes, tal vez, a las que puede experimentar una especie cuando se bloquea su normal proceso de desenvolvimiento vital, viéndose obligada a un cierto retroceso genético.

En concreto, sean cuales fueren las causas exactas, nosotros acusamos ya claramente los siguientes síntomas en la adolescencia y juventud media de nuestro país:



1. Debilitamiento de la energía fontal de la persona:

– La seguridad interior deja de establecerse en sí mismo y se sitúa en la posesión material de determinados bienes o en la imagen de sí ante el pequeño grupo.

– La conciencia ética pierde puntos de apoyo; y, al mismo tiempo que se produce una liberación de los tabúes culturales, se acusa una insensibilidad ante la dualidad “bien-mal” (cuya delimitación, además, deja de abordarse como tarea personal).

– Desaparecen las ideas estimulantes a medio o largo plazo en virtud, quizás, de una subconsciente desconfianza en el futuro y en los proyectos de vida adulta.

– Queda reducida a los mínimos la capacidad de afrontamiento de situaciones arduas, la capacidad de reflexión e interiorización, la capacidad de silencio y la capacidad de expresividad e iniciativa.

– El nivel de comunicación desciende notablemente en amplitud, en profundidad y en continuidad; se experimenta una creciente insensibilidad hacia el otro, una dureza incluso y una impotencia para el diálogo (en modo alguno nuestra juventud significa una esperanza, en estos momentos, para el desarrollo democrático; entendiendo que los grupos juveniles extremistas son la expresión violenta y patológica de esa impotencia cada vez más común para el diálogo).

– No existe, en fin, un substrato de pensamiento mínimo sobre el hombre, el mundo, la vida, la religión, etc.

2. Cultura de la evasión:

El adolescente y el joven medios padecen básicamente un desencanto vital, un hastío apenas perceptible en la mayoría pero real, algo así como un cansancio prematuro. Lo que resulta del todo lógico en el “caldo de cultivo” social e íntimo que acabamos de describir.

En este medio es también normal que se haya llegado a formular la situación con el término de “pasotismo”. El “pasar de todo” no es una liberación sino una evasión; es la evasión tipificada, absolutizada y confesada de manera más o menos explícita y consciente por una mayoría de los jóvenes a los que nos referimos. Entonces su símbolo viene a ser la droga; la droga del tipo que sea: la experiencia alienante, alucinante, la negación del vivir inconsistente ⁴.

Y no puede extrañar tampoco que la violencia, contemplada o practicada, el encuentro con el terror y lo sádico, y el tema esotérico, empiecen a convertirse en centros de interés para un buen número de adolescentes y jóvenes. En definitiva, es otra forma de evasión-excitación tan cercanas a la patología grave (a la mutación del sistema nervioso) como puede serlo la afición a la droga.

En base a estos dos síntomas tiene que abrirse paso el adolescente y el joven actuales hacia el mundo de valores.

La tarea es difícil y dolorosa en extremo. Tanto, que lo más simple es para muchos de ellos renunciar a esa empresa.

Así vemos el panorama del mundo juvenil español. Un panorama trágico que hemos definido como “caída de los valores”.



Quisiéramos pensar de otro modo, creer en la eterna adolescencia y juventud, confiar —como nos pide C. Rogers— en esa orientación básicamente positiva de todo ser humano en medio de cualquier coyuntura social... Hoy por hoy no podemos aún albergar esta fe y esta confianza, imprescindibles, desde luego, para cualquier hipótesis de salvación. En todo caso, habrá que pagar un precio muy serio para tener derecho a esa esperanza... Debemos acusar todavía otro síntoma social grave en la situación de la juventud española media: la ausencia de “modelos de identidad”.

2. Crisis de “modelos de identificación”

La pérdida o descenso de los valores conduce inevitablemente a una crisis individual y colectiva de identidad personal: el hombre, en particular el joven, comienza a sentir la impresión última del vacío inconfesado; viene la dificultad para definirse y para definir lo humano, para encontrar un lugar propio y suficiente en el tiempo y el espacio.

En esta circunstancia son dos las alternativas hipotéticas que pueden ofrecerse como “salida” posible para una recuperación de la identidad: el acontecimiento transformador del curso de la existencia (en la medida en que provoque una conmoción del pensamiento y unos imperativos de acción en la línea de los valores) y la presencia fuerte de unos “modelos de identificación” que provoquen confrontaciones personales. Ambas salidas como puntos de partida para desencadenar procesos interiores de búsqueda y organización de la personalidad.

Las dos alternativas vienen de afuera. Son gratuitas para el hombre. La existencia, en cambio, de “modelos de referencia



o identificación” es una tensión normal de toda sociedad sana a lo largo de la historia. Vamos a analizarla bajo este punto de vista.

a) *El “modelo de identidad” como generador del hombre.*

El hombre, sea cual sea su sentido de los valores, se forja en la historia en relación directa con su proximidad a determinados prototipos dotados de una relevancia de valores humanos encarnados en gestos concretos y, sobre todo, en una línea o proyecto de existencia.

Estas personalidades (individuales o colectivas) ejercen sobre el hombre y sobre los grupos un poder de estímulo, de seguridad; y, a la vez, significan un elemento visible permanente para la autocrítica del pueblo. No son, en general, modelos de imitación sino de confrontación, en cuanto que su existencia no permite ni el fácil mimetismo ni la evasión irresponsable. Y en este sentido se alejan radicalmente del concepto de “mito” (que no ejerce ningún poder de estímulo, sino que acapara y pasiviza la energía personal).

Una sociedad —una época determinada— establece su nivel de validez para la promoción y equilibrio del crecimiento de sus individuos y grupos en razón directa de la existencia —en su seno— de suficientes “modelos de identidad”. Suele ocurrir, sin embargo, que la caída de los valores coincide con la ausencia de esos modelos. Hay que decir, además, que el advenimiento de la paz democrática propiciada por la burguesía liberal no favorece en absoluto la aparición de estos modelos.

b) *La ausencia de “modelos de identidad” en la sociedad española actual.*

Nuestro país pierde identidad o tal vez rehace su identidad sin acabar de encontrarla. No porque los cambios políticos conlleven esta crisis necesariamente, sino porque se precipitan en un momento de inconsistencia espiritual y de pérdida de valores. Nos guste o no reconocerlo, nuestra situación colectiva tiene en esta hora mucho de adolescente. Y este medio ambiente es normal que incida en la crisis de cada uno de los individuos (que la proyectarán, además, en la esfera pública según el alcance de sus responsabilidades). De este juicio deseáramos no excluimos nadie.

En esta circunstancia buscamos todos unos puntos de apoyo —de confrontación ideológica y existencial— accesibles, claros... y he aquí que no los hallamos. Este es nuestro drama común.

La adolescencia y la juventud (igual que la mayoría de nuestro pueblo) quizá no llegan a formularse explícitamente este planteamiento, pero —a nuestro modo de ver— son estos dos sectores quienes padecen más en su carne la falta de los “modelos” potentes de identidad personal en el horizonte de nuestra sociedad: su estado de intemperie es total ⁵.

No decimos que no haya una élite en todos los campos de la realidad social. Lo que afirmamos es que, si existe, no se constituye en “modelo de identidad” para el mundo juvenil.

Ni las instituciones de carácter social, ni el gobierno central, ni los partidos políticos, ni la Universidad, ni el arte, ni la educación, ni las confesiones religiosas tienen hoy, entre nosotros, unos hombres o unos grupos relevantes, líderes de un



gran pensamiento y de una gran acción, dotados de credibilidad y audacia creadora, capaces de aglutinarnos en torno a una idea y a una acción, con una resonancia pública.

En esta hora en que despierta en sectores inquietos de la juventud el ansia del “maestro de vida”, del líder intelectual y espiritual, resulta que no hay nadie a quien mirar.

Esa es nuestra pobreza.

II

ALTERNATIVAS DE “MODELOS DE IDENTIDAD” PARA EL MUNDO JOVEN

La cultura de nuestro tiempo ha creado una clase social nueva: la clase joven, el mundo de los adolescentes y jóvenes. Una clase sin capacidad de participación social directa, pero con un poder real —the young power—; sobre todo, en cuanto que el “marketing” la ha convertido en clase consumidora por excelencia.

La juventud sobreexaltada por los productores, entrapada por los cuidados educacionales de los gobiernos, eufórica de su nueva autonomía de movimientos, mitificada como forma de vida, ha llegado a convertirse en ideal del adulto. El joven no desea pertenecer al mundo adulto (como venía ocurriendo); al contrario, es el adulto el que desea estirar sus posibilidades de considerarse joven.

En estas condiciones, el “modelo de identidad” para el adolescente y joven va a ser buscado espontáneamente dentro



del mismo mundo joven; o va a exigírsele, al menos, una pertenencia absoluta a este mundo... Lo que acentúa todavía más la dificultad de hallar esos modelos ⁶.

Por una parte, el adulto y sus grupos han perdido credibilidad. Por otra, si nos situamos más allá de las características del mito, ocurre que ni existen de hecho “modelos de identidad” de signo joven (mucho menos adolescente) en nuestra cultura, ni está claro que los mismos adolescentes y jóvenes estén dispuestos a aceptar o a ver en su propio sector personalidades dotadas de los imperativos que venimos requiriendo al “modelo de identidad”. En realidad, hay unos elementos en este concepto muy difíciles de verificar a nivel de juventud: los elementos de continuidad en el proyecto de vida, coherencia y estabilidad, audacia y eficacia en el enfrentamiento social, independencia ante la crítica y capacidad de autocrítica...

Resulta, pues, que la perspectiva de futuro en cuanto a la posibilidad de los “modelos” se nos hace cada vez más diluida. ¿Nos encontramos ante un horizonte cerrado?

Sobrepasando los límites de las constataciones de fenómenos quisiéramos abrirnos aquí mismo a alguna esperanza, aun cuando fuese a medio plazo: al plazo de una década. El problema, en este caso, sería intuir también lo que puede ocurrir en estos años venideros.

Porque si apostamos por una posible formación expresa de líderes para los años ochenta en nuestro país, esto tendrá que hacerse a condición de intuir y predecir lo que estos años van a aportar de nuevo al mundo adulto, adolescente y joven. Es decir, que cualquier proyecto de acción habrá que realizarlo con una continua mirada prospectiva, corrigiendo la trayectoria que tracemos juntos y aceptando —desde luego— el riesgo de lo imponderable.



Esta va a ser nuestra condición. Y parece que no cabe otra.

1. El “modelo de identidad” para la juventud de los años ochenta

Queda suficientemente aclarado que esta juventud nuestra de los años setenta ha sido condenada por todos al ostracismo y a la soledad social. Y que no sabemos hasta qué profundidad repercutirá en ella (y, por consiguiente, en todos) el peso de esta condena.

Esto es preciso decirlo, aunque sea muy amargo. Decirlo y padecerlo; casi como único cauce abierto para que, en su día, exista una base nueva de esperanza.

Se trata de aventurar de algún modo el tipo de “modelo” válido para la referencia e identificación de los adolescentes y jóvenes de los años ochenta ⁷.

Este “modelo” tendría que configurarse en la línea de una opción por el conjunto de valores absolutamente afines al mundo joven, compaginando —a la vez— valores constitutivos, valores complementarios y nuevos centros de interés (es decir, una cultura nueva inteligible y sorprendente; puesto que misión de los “modelos de referencia” es también la de ser creadores de cultura).

Y entendemos que no debe pensarse tanto en el individuo como en el grupo. El “modelo de referencia” será un grupo constituido, evidentemente, por un conjunto de auténticos líderes, extraordinariamente conjuntados en cuanto a su proyecto de existencia y en cuanto a su significación social. Con-

juntado y unido por un claro compromiso de continuidad en el tiempo y en el espacio históricos en que se encarnan.

De forma que, sólo a partir de la presencia de esos grupos de potente significación espiritual, tendrá sentido el que determinados miembros de los mismos emerjan a la vida pública con el carácter de modelos para la confrontación individual.

A esta altura de exigencias de credibilidad y de impacto, de realismo y eficacia en la acción de esos hombres, sólo el grupo, como definitivo punto de referencia, convalida al individuo.

Sobre esta hipótesis intentamos describir la fisonomía de estos modelos hacia los que tiene que orientarse lo más cualificado de los esfuerzos de educación en el país.

Los grupos y hombres que hayan de configurarse como tales:

— Se definirán por una acción de servicio incondicional a los hombres con quienes conviven y a la conciencia de todas las capas de nuestra sociedad; esa acción será cualificada, sorprendente por su validez y por las relaciones humanas que suscita.

— Manifestarán en su vida privada y pública una búsqueda apasionada de la verdad y una expresión inviolable de la misma; entendiendo por Verdad la razón última de los acontecimientos, de las situaciones de todo orden... y la acogida en diálogo de todos los ámbitos del pensamiento humano que integran nuestra época, dentro y fuera de las fronteras de cultura y de religión.

— Vivirán un nivel de relaciones interhumanas profundas de extraordinaria categoría personal y evangélica: relaciones



basadas en el respeto absoluto al valor individual y a la libertad, en el afecto fraterno y la acogida universal, en la expresividad gozosa, en la autocrítica serena y en el respeto a la acción del grupo...; trascendiendo estas relaciones a una forma de convivencia comunitaria.

– Su “hábitat” humano y su referencia espontánea denotará una clara empatía con la Naturaleza y con todos los esfuerzos de los hombres por conservar el equilibrio ecológico; en cierto modo, su modo de existencia constituirá una crítica permanente y real al conjunto de arbitrariedades del “hábitat” urbano, sin evadirse en lo más mínimo de la condición de ciudadanos.

– Como grupo y como individuos su vida denotará como valor supremo (al lado del servicio) la dedicación al Misterio en todas sus dimensiones; siendo la dimensión religiosa quizá uno de los mejores exponentes de esa dedicación (con lo cual en ningún modo queremos decir que el grupo se defina por su confesionalidad religiosa; todo lo contrario: el grupo deberá en todo momento manifestar una condición seglar o secular).

– Será condición indispensable el trabajo técnico profesional de los miembros del grupo, armonizado con todo lo que puede suponer una revalorización y modernización del artesanado y folklore populares, desarrollados también a un nivel de categoría técnica y de popularidad.

– Los individuos como tales, nunca el grupo, asumirán pertenencias políticas, manifestando en su praxis la clara influencia de todo su proyecto de existencia y, a la vez, la dialéctica entre una vinculación al partido o ideología y una indómita independencia frente a todas las esclavitudes o presiones del grupo político, del capital o del sindicato, o de la propia tenta-



ción del prestigio; y es evidente que esta pertenencia o militancia política no podrá tener nunca un signo opuesto a la sensibilidad de valores del pueblo y, en particular, del sector joven.

— En este sentido, el grupo ejercerá una crítica radical de toda nuestra sociedad y, en concreto, de todo lo que constituye la cultura de la evasión y del mundo “underground”.

Así vemos el modelo válido de identidad personal que requerimos con una urgencia absoluta ⁸.

Pensamos que, por el momento, es una pura utopía educativa.

Sin embargo, si lo hemos pensado es porque creemos en su posibilidad; una posibilidad siempre utópica, es cierto, como utopía es toda la educación, pero real: susceptible de un proceso de desenvolvimiento a medio plazo incluso.

Grupos semejantes a los que pedimos y soñamos han jalado nuestra historia desde siglos. No es irreal que en el seno de nuestro agónico país (agonía significa trance de lucha por sobrevivir) brote aquí y ahora una acción que dé a luz, en su día, la presencia que buscamos en nuestro horizonte.

2. La hora de las responsabilidades en la gestación de los “modelos de referencia”

La demanda que estamos experimentando interpela necesariamente a todas las instituciones de gestión social del país. En principio ninguna de ellas debería sentirse exenta de esta llamada.



Lo que ocurre es que, a juzgar por sus proyectos inmediatos, sus gestos político-económicos y la ideología práctica que manifiestan, la mayoría de estas instituciones quizá ni ven ni entienden el planteamiento que venimos haciendo... Dan la impresión de moverse al impulso de unos estereotipos válidos tal vez en lo universal pero ineficaces en la práctica desde hace muchas décadas, sin poder evitar ni los imperativos de cuerpo, ni los intereses de patrimonio, ni el temor a la audacia. De tal forma que, si existen en su seno hombres capaces de suscitar la Educación, las iniciativas individuales vienen a ser abortadas —una y mil veces— por la suspicacia de la organización, por la incomprensión o el miedo y, en definitiva, por el cansancio de la lucha estéril.

Eso no obstante, habrá que seguir llamando a éstas y a todas las instituciones, incluso a las políticas.

a) *La incapacidad de las instituciones y movimientos político-sociales.*

En determinados países y en situaciones históricas cruciales, las instituciones que pueden incidir en la educación nacional (partidos, grupos regionales e incluso sectores de la Administración) han llegado a suscitar en su seno “modelos de identificación” de alcance general (no únicamente líderes de la lucha revolucionaria). Pensamos, por ejemplo, en América Latina.

Entre nosotros no ha llegado a producirse este fenómeno en la última década. Nuestra sociedad —lo hemos señalado ya— es estéril en suscitar prototipos válidos para la confrontación personal estimulante. Y esta esterilidad parece ser congénita a nuestras instituciones político-sociales...



Quizás por estar absorbidas por intereses educacionales o pseudoeducativos de orden muy distinto al que nos ocupa (instauración del programa de partido, respuesta a los problemas administrativos de la enseñanza, ninguna atención a las orientaciones de los organismos encargados de promover el pensamiento educativo, etc., etc.).

El caso es, pues, que honradamente no podemos confiar en la capacidad de estos entes para crear o apoyar los grupos o personas que pudieran señalarnos un norte a nuestro incierto camino individual y colectivo.

La Universidad española en particular no ha formado ni parece que vaya a formar élites técnicas y, a la vez, espirituales, con valor para permitir esa confrontación que el país y el mundo joven, en concreto, están pidiendo hacer. Estamos muy lejos de aquellas perspectivas que sugería Ortega como responsabilidad de la Universidad ⁹.

Habrá que orientar nuestra búsqueda, por tanto, hacia otros lugares.

b) *La responsabilidad de las iglesias.*

Desde el punto de vista creyente y desde el análisis puramente sociológico es preciso afirmar que la iglesia católica española, a pesar de sus pecados sociales, ha tenido y tiene —en consecuencia— la potencia sorprendente de suscitar determinados hombres y grupos proféticos capaces de ejercer en la sociedad (no sólo al interior de la comunidad eclesial) una función de auténticos “modelos de identidad” para la conciencia del país.



El caso de la iglesia latinoamericana confirmaría rotundamente nuestra esperanza. Está ahí la lista larga de los Nestor Paz, Paulo Freire, Helder Cámara, Andrés Campos, Héctor Gállego, Ernesto Cardenal, obispos Ovando y Romero... y la serie continuada de grupos y prototipos casi anónima para nosotros, pero visible y significativa para el pueblo en sus iglesias locales.

El hecho, pues, de nuestra actual esterilidad no supone negación alguna del poder creador de nuestra iglesia.

Significa seguramente que debe esperarse muy poco de la iglesia institución humana, animada por mecanismos idénticos a los que dominan las instituciones sociales: la conservación o logro del poder y prestigio, el mantenimiento de las seguridades adquiridas, los celos y resentimientos ante los líderes, etc.; todo lo cual es un freno eficaz a la acción del Espíritu y de los creyentes.

Pero significa también que esta misma iglesia conserva todo su poder humano y trascendente para responder a la espera de muchos hombres; que esta misma iglesia tiene un reto para probar aquí y ahora su fuerza educadora.

Nosotros pensamos que es la iglesia —las iglesias locales— quien puede preparar para el futuro inmediato de nuestra sociedad unos “modelos nuevos de referencia” si sabe apoyar a sus hombres de la base más lúcidos, realistas, esforzados y entusiastas del futuro.

Su servicio fundamental en el campo de la educación está ahí: en el compromiso absoluto de suscitar “modelos de identidad”; en el apoyo incondicional a quienes estén entregando su vida en ese empeño; en las mil iniciativas que deban lanzarse para crear los medios aptos para esa línea de trabajo... Concen-



trando, si es necesario, su energía en este esfuerzo, mucho más que en la gestión por mantener instituciones de enseñanza de muy dudoso valor educativo o social, o por asegurar la presencia legal en el sistema de enseñanza del país.

El servicio que pedimos tendrá que realizarse, es cierto, en base a una realidad de educación y enseñanza, con unos hombres o equipos, técnicos de la educación y profetas del espíritu; pero radicalmente distinta de lo que está siendo la educación en la iglesia española, aun en el mejor de los planteamientos en uso.

Esas personas existen, sin duda alguna, al interior de la iglesia. Falta que lleguen a aglutinarse, que se les ofrezcan los medios indispensables para su acción, que se les exija la dinámica individual y comunitaria que pueda ya hacer de ellos un primer “modelo de identidad” (al menos para la iglesia) y que se confíe plenamente en ellos. Después, Dios dirá. Nosotros somos creyentes y creemos “en el feliz alumbramiento de los hijos de Dios”.



NOTAS

1. Puede verse como bibliografía referencial de nuestro trabajo: "Misión Abierta", diciembre 1976: *Los jóvenes, nuevo frente de evangelización*; "Pastoral Misionera", noviembre 1978: *Los jóvenes, difícil realidad*; "Iglesia Viva" núm. 75, 1978: *Iglesia y nueva sociedad*; "Revista de Pastoral Juvenil", años 1978 y 1979, núms. 172 a 184; *Juventud - 1975*, Informe, Comisión Episcopal de Pastoral; J.L. Pinillos, *El malestar de la juventud* (Sem. Sociales de España, XXVII Sesión. Ed. Euramérica); etc.
2. Cf. R. Belda, *La nueva sociedad en gestación*, en: "Iglesia Viva" núm. citado, págs. 203-214; también la bibliografía que adjunta.
3. Cf. E. Arnanz, *Una marginación voluntaria*, en: "Pastoral Misionera" núm. 8, 1978, pág. 40.
4. Cf. D. González Cordero, *Los pasotas*, Estudio, en: "Revista de Pastoral Juvenil" núm. 179, noviembre 1978 (pliego).
5. Cf. *Los ídolos en la cultura juvenil*, en: Informe *Juventud - 1975*, págs. 248-250.
6. Cf. R. Belda, *o.c.*, pág. 213.
7. Cf. la obra de Joseph Basile, *La formación del líder 1980*, CEU, Madrid 1965.
8. De verdadero interés es la serie de cuadernos pedagógicos que publica "Revista de Pastoral Juvenil", bajo el título: *Taller HOMBRE NUEVO* (Cf. "RPJ" núms. 181, 182, 183, 184).
9. Ortega y Gasset, *Misión de la Universidad*, Ed. Revista de Occidente, Madrid.

NUEVOS VALORES DE LA JUVENTUD.

Por José María Fernández-Martos

“Mis padres me pusieron un cuello almidonado, me educaron en la costumbre de ser servido y me instruyeron en el arte de dar órdenes, pero al llegar a mayor y ver lo que me rodeaba, no me gustó la gente de mi clase, ni dar órdenes ni ser servido.

Abandoné mi clase y me uní al pueblo llano”.

Bertolt Brecht

INTRODUCCION

Yo no sé cuáles son los nuevos valores de la juventud. Es más, creo que nadie puede saberlos. Mucho menos, si inconscientemente asociamos la palabra “valores” a su vecina “va-



lioso”. Porque lo que desde mis cuarenta y tantos años me aparezca como valioso en la juventud actual va a estar ‘valorado’ desde mi propia escala de valores. Tacharé, por ejemplo, de irresponsable o descomprometida a una juventud que, a lo mejor, por sentido de responsabilidad, rehuye hacerse responsable de este mundo configurado y maltratado por mí y otros. Eso es lo que Bertolt Brecht le dice a sus padres: no quiere un mundo estructurado en clases. Por eso debemos intentar el alejar al máximo, por lo menos en un primer momento del análisis, las categorías de lo bueno y de lo malo en relación con el mundo de los valores. Más aséptica es la visión en la cual el valor es considerado como algo dinámico, como motivación. Lo que *mueve* a la juventud no es lo mismo que movía a sus padres. Así el título de este artículo podría rezar: “Nuevas motivaciones de la juventud”. Prefiero este último acercamiento al problema.

Tampoco quisiera caer en algo que veo presente en muchos adultos e incluso en muchos trabajos científicos sobre la juventud. Es la actitud que entiende el problema de la juventud como un problema de generaciones, en el cual los “que no saben qué quieren”, los “desorientados”, los “perdidos”, los que “no aciertan a encontrar una identidad”, son los otros, los jóvenes. Creo que esto es falso. Lo que está en crisis no es la generación más joven, sino la Cultura en cuanto tal. Es el hombre moderno —y ahí incluyo el que se ha ido gestando desde el Renacimiento, la Revolución Industrial y la Revolución Social— el que se encuentra a mal con su Cultura. Este “malestar” cultural es consecuencia de la aceleración del cambio cultural, tanto cuantitativa como cualitativamente ¹. Este proceso ha dado lugar al síndrome de una “neurosis colectiva” que se muestra en síntomas acumulados en la atmósfera socio-cultural de occidente ². La “angustia flotante”, la culpa colectiva, la intolerancia al dolor, la incomunicación, etc. son síntomas de un síndrome que nos afecta a todos: adultos y jóvenes. Como dice David Riesmann,



hoy no hay jóvenes “balas perdidas”, es toda una generación que deambula como un “Ismael solitario” por un desierto extenuador³.

Al pasar, pues, a detallar algunos de los valores de la nueva generación, quiero dejar claro que lo hago fuera de toda etiquetación ética de buenos y malos y de cualquier intento de fragmentar al mundo cultural en dos: el maduro mundo de los adultos y el desorientado mundo de los jóvenes.

I

BREVE TIPOLOGIA DE LA JUVENTUD

Hablar de la juventud en general, sin más distinciones, es injusto e inexacto. La profundidad y ritmo del cambio cultural es tan fuerte que el proceso de identificación de la juventud se hace a golpes fuertes y fragmentados. Unos optan por el rigidez que nada cambia. Otros por la tempestad de movimientos que todo lo malgasta y dispersa en un caos de adaptaciones, identificaciones y contraidentificaciones sin norte. Unos deciden adaptarse; otros rebelarse: “o nos realizamos parcialmente y podemos entonces ser tibia, dulce y domésticamente felices, o pretendemos realizarnos totalmente y ejercitar nuestras facultades y posibilidades y entonces probablemente lo pasaremos bastante mal”.

Esquemáticamente presento aquí lo que pronto aparecerá en otro artículo como posible esquematización de algunas de las identificaciones juveniles. La muestro como prueba de que no hay una sola juventud, sino una juventud que intenta fragmentos de identidad:



Estructura dominante	Tipos	Caracterización
SUPEROYICOS (Sobrevaloración de lo parental, de la tradición, del Orden, del Leader, de las Instituciones).	1. Fascistas	Expresan la necesidad de un Padre, Caudillo (Hitler, Franco, Blas Piñar, etc.).
	2. Dogmáticos	Necesitan Norma, Ley frente a las relativizaciones del Yo o las veleidades del Ello. "Han visto a Dios".
	3. Fundamentalistas	Vuelta a la Tradición. Horror a las innovaciones. Lefrevismo. "Hay que volver a lo de antes".
	4. Puritanos	Claros y exigentes normas éticas. El mundo visto como corrompido. "El mundo huele a podrido".
YOICOS (Sobrevaloración de lo racional, objetivo, eficiente, científico, etc.).	5. Tecnócratas	Relación racional con el mundo. La Naturaleza es para explotarla. Carrerismo.
	6. Instrumentalistas:	(Wheelis). No se preguntan los "para qué" sino los "cómo" y "qué" de las cosas.
	7. Especialistas	"Saben todo de casi nada". Cultura y Arte concebidos como "inversiones".
	8. Ejecutivos	Comunicación humana confundida con "public relations". Prisa. Apariencia. Fachada.



Estructura dominante	Tipos	Caracterización
DEL ELLO (Sobrevaloración de lo instintivo, la espontaneidad, en sus dos versiones o en una sola: erótica y agresiva).	A) Venusinos (lo afectivo, lo sexual, lo místico, lo unitivo).	
	9. Drogadictos	Desean un estado de indiferenciación con el mundo externo. Búsqueda del Utero, donde estoy con otro sin fronteras..
	10. Psicodélicos	Buscan la transparencia del Yo y de la mente con un deseo de fusión con el otro.
	11. Místicos.	Búsqueda de fusión con el mundo como totalidad y como bondad (Jesús People, Hermanos de Jesús, Guru Maharashi, Zen, Carismáticos, etc.).
	B) Marcianos (lo agresivo, lo disgregante, lo contestario).	
	12. Anárquicos	Rebelión contra el padre, contra la Ley.
	13. Revolucionarios	utópicos. Realización inmediata de deseos.
	14. Constraculturalistas a ultranza	Todo ha de rehacerse desde los cimientos.

Teniendo, pues, en cuenta estas y otras diferenciaciones entre los jóvenes de la generación actual, nos atrevemos a señalar algunos valores presentes, en distinta intensidad, en la subcultura juvenil.

II

VALORES PREDOMINANTES EN LA JUVENTUD ACTUAL

1. Fluidez, indeterminación, movimiento

Hay una resistencia a todo lo acabado, lo completo, lo ya definido, lo cerrado. De aquí la oposición a todo lo que signifique compromiso definitivo y definitorio: matrimonio, estabilización, afiliación. Esta actitud les hace a muchos jóvenes menos dogmáticos, menos doctrinarios, menos planificadores del futuro, menos perfilados en su pensamiento y en su personalidad. Viven con el macuto a la espalda. La causa es que ya han sido puestos en marcha muchas veces, gracias a los cambios sociales, históricos, culturales. Fueron educados de una manera y han sido forzados, por distintas circunstancias, a abandonar aquella primera identificación. El esfuerzo renovado y constante por cambiarse a sí mismos y por estar “in”, les ha dado un sentimiento de provisionalidad, desde el que nada queda descartado. De aquí, que no rechacen ningún tipo de vida de una manera segura y definitiva. El Historicismo, el Relativismo, la crítica, les ha lanzado a un lugar donde nada se asienta como definitivo. Esto les da una gran flexibilidad y comprensión, pero pierden en seguridad y proyecto. El movimiento continuo, tanto ideológico como físico (turismo, viajes, etc.), les ha hecho



más ciudadanos del mundo, y con ello más capaces de relativizar sus propias costumbres y modos de vivir al contrastarlos con los de otros países, pensadores, etc.

2. Apertura a la experiencia

Se concentran más en el “proceso” de hacerse persona que en el “término” o personalidad definitiva. Este proceso, por el carácter de indefinición, lo ven muy potenciado por las experiencias de todo tipo. Consideran negativo todo lo que sea cerrarse a experiencias nuevas (droga, homosexualidad, riesgo, aventura, etc.). Se valora el recibir impactos, la inmediatez de la experiencia. Se “besa a la mariposa que pasa”. Valoran más la extensión y número de las experiencias que la intensidad o profundidad de ellas. Desean conocer todo de modo inmediato y personal, no de oídas. Valoran los procesos inductivos de pensar (del caso concreto hacia lo abstracto) sobre los deductivos (desde los principios universales hacia el caso concreto). Este gusto por la experiencia les hace buscar el cambio por el cambio, porque una manera concreta de hacer las cosas es más fácil de identificar y más seductora que la meta fija o la constancia en el comportamiento.

3. Identificación generacional

Es un fenómeno nuevo: por primera vez la juventud tiene conciencia de su identidad grupal. Ha aparecido una subcultura con su lenguaje especial, con sus vestidos, con su música, con su vivir. Todo ello les da sentido de pertenencia. Se viven a sí mismos como miembros de una “generación” mas que como miembros de “organizaciones”. Por eso el estar “in” es tan vital. Necesitan tener conciencia de que están respirando con



los de su edad, que “pertenecen”. Este sentimiento disminuye su soledad, su angustia, su sentimiento de no saber quiénes son. Su vivencia de identidad depende mucho del grupo: “Si soy como los demás, soy, existo”. Los grupos a los que pertenecen tienen límites y formas de organización difusas o inexistentes. Más que líderes o héroes, tienen ídolos (deportivos, musicales, etc.). Ningún grupo o persona tiene una importancia crucial para la elaboración de sus ideologías o modos de interpretación del mundo. Beben de todos y a todos los estiman de alguna manera, pero con ninguno establecen unos lazos de afiliación ideológica que sean excluyentes de otros o vitales. Esta identificación generacional les vale también como santo y seña frente a la generación que les precede. Son contestatarios frente a lo anterior y en algunos casos se aproximan a lo que en psicología se etiqueta como “identificación meramente negativa”. Es decir, quieren las cosas que los padres no quieren. Es un querer e identificación meramente reactivo. Hay que notar también que esta identificación generacional es muy fluida y cambiante y que los valores y contraseñas se suceden muy rápidamente unos a otros. Lo que hay que hacer, hay que hacerlo pronto. Heappies, beat-niks, rock and roll, música pop, punk, etc. se sustituyen unos a otros...

4. Personalismo y relación auténtica

Es una generación que muestra un gran interés en la creación y mantenimiento de relaciones auténticas. Por eso lucha contra todo formalismo, contra toda ritualización del tratamiento mutuo (usted, ustedes, “se ha de hacer”, “ceder el paso”, etc.). Buscan relaciones, en las cuales sean posibles las expresiones de todo tipo de sentimientos, sin censuras sociales y previamente establecidas. Donde el afecto, la apertura, el rechazo, la rabia, la desesperación puedan ser libre-



mente expresadas. Es gran pecado el no ser capaz de relacionarse con los demás de una manera directa y cara a cara. Están contra toda relación objetiva, fría, profesionalizada y, sobre todo, explotadora, dominante o desigual. No temen la confrontación, siempre que en estas confrontaciones íntimas todas las cuestiones puedan ser abordadas abiertamente. Este intimismo personalista crea fuertes relaciones, pero tan desgarradas y abiertas que resultan difíciles de mantener. Los conflictos profundos de cada uno de los miembros no tardan en aparecer (dependencias mutuas, homosexualidades latentes, identificaciones inacabadas, etc.) y, al no ser muy tolerantes de la angustia o de la ambigüedad, no tienden a soportar mucho el “rollo” de los demás. Detectan fácilmente las “máscaras” y “defensas” de los adultos. Comunican más fácilmente sus insuficiencias, sus problemas, sus conflictos sexuales, afectivos, etc.

5. Inmanentismo agnóstico y desconfianza ideológica

La misma autenticidad que buscan en la relación personal, la buscan en las ideologías. Han detectado con perspicacia la hipocresía de la generación de los padres. La generación de los abuelos era “victoriana” y de un gran puritanismo moral y religioso. Más homogénea y sincera que la de los padres, aunque a lo mejor más alienada o idealista. La de los padres (entre los 40 y los 60) es “liberal” y pragmática. Defienden principios en los que realmente no creen ni practican. Siguen diciendo, como los abuelos, que “el dinero no lo es todo”, pero van de un lado para otro buscándolo en pluriempleo y agitación. Dicen que lo más importante es la familia, pero no se dedican a ella. Afirman la importancia de Dios, pero no viven una religión más allá del rito formalista. Dicen que “no hay que ser egoístas y que somos hermanos”, pero con la explosión consumista y de progreso no miran más allá de su mero medro personal. Los padres viven con



dos series superpuestas de valores. Los hijos (1-25 años) detectan esta grieta y la critican despiadadamente. Prefieren llamarse lo que son: hedonistas, descomprometidos, pragmáticos, incrédulos, etc. De aquí, que desconfíen de toda ideología, puesto que la de los padres no ha valido para cambiar la sociedad, sino para calmar conciencias.

6. Epicureísmo antiascético

Defienden y luchan por todo lo que les haga vivir mejor. Pero en esta búsqueda del máximo placer dominan más las metas inmediatas que las mediatas. Gastan lo que tienen. Compran los mejores aparatos de música, sin pensar en “trabajarse unos ahorros”. Practican una sexualidad libre y desinhibida, con apenas carga de culpabilidad y miedo. Toda relación sexual —incluso las homosexuales o las grupales— pueden ser buenas siempre que se den entre personas libres. Están contra la explotación sexual y piensan que las relaciones de la generación precedente eran más explotadoras e inhibidas. El antiascetismo les hace menos atractivas todas las programaciones de la vida que cuenten con una gran inversión en constancia, voluntad, ahorro, esfuerzo. Les gusta vivir bien y no temen ser llamados vividores. La palabra burgueses puede despertar algunas defensas más por la connotación peyorativo-capitalista que conlleva. En términos freudianos son más llevados por el principio del placer que el de la realidad: “El máximo de placer posible para mí, aquí y ahora”. Unos satisfacen este deseo de “pasarlos bien” apuntando a “tener dinero” que lo posibilite. Otros prefieren un “pasarlos bien” más barato y día a día.



7. Antiautoritarismo o mentalidad democrática

Se da una especial sensibilidad contra todo lo que sea autoridad: el saber impuesto, la norma, las decisiones no consultadas, etc. Se buscan grupos donde las decisiones se tomen colectivamente, donde las controversias se resuelvan hablando sobre ellas. Están más abiertos a la crítica que viene de los iguales que a la que viene de arriba. Piensan que el poder mancha, aleja, corrompe. Son eslabones avanzados del proceso de Rebelión contra el padre, que se inicia en el Renacimiento y que ha sido estudiado por diversos autores ⁴. Saben que se ha ido dando un desplazamiento de la credibilidad y confianza, pasando desde arriba (Teología, Monarquía, Sabios, etc.) hacia abajo, hacia el pueblo. Estamos en una situación de rebelión de la razón contra la fe, del hombre contra su posible creador, del pueblo contra la burguesía, de lo inductivo contra lo deductivo, etc. La consecuencia es una mentalidad, en la cual las instancias de autoridad son recibidas con un descrédito inicial. Pero esto hace que se acerquen más a los “iguales”: han matado a muchos padres y, como el huérfano de Dostoiewsky, convertidos en huérfanos, “los hombres se apretarían los unos con los otros más estrecha y afectuosamente que antes, se tomarían las manos” ⁵.

8. Sospecha frente al desarrollo técnico

El joven de hoy es especialmente sensible frente a los costos que el desarrollo técnico está exigiendo de todos: despersonalización de la vida, comercialización, maquinización de lo humano, prisa, burocratización, urbanismo, etc. En reacción frente a esto, la juventud actual busca la sencillez, la naturalidad, la improvisación, etc. Movimientos ecologistas, comunidades de corte roussonianas, hippismo, etc. toman su fuerza de



esta reacción frente a la creciente complicación del mundo técnico y sofisticado. Como dice Mendel, “el hombre ha inventado la herramienta, y ahora la herramienta se sirve del hombre para inventar nuevas herramientas”⁶. El joven se rebela contra la mentalidad tecnológica que introduce en el interior del psiquismo humano, consciente o inconscientemente, las reglas de oro industriales: si una pieza no rinde, se cambia; lo importante es rendir mucho, rendimiento económico, engrasar para trabajar, etc. Relacionado con este rechazo de la Técnica está el alto índice de sospecha frente a todo saber académico, que es visto como impotente para solucionar los desafíos del mundo moderno y como manipulado desde instancias de poder político. La crisis de Universidad y de los saberes tradicionales tiene algo que ver con esto. No se fían de las vacas sagradas de la cultura o del saber.

CONCLUSION

Si se recorren detenidamente todas estas actitudes o valores de la juventud actual, creo que en cada una de ellas se descubre una gran cantidad de salud mental del colectivo humano. Cada una, indudablemente, puede dar lugar a exageraciones reactivas y patológicas en algunos jóvenes. Pero el conjunto del síndrome de la juventud quizás nos transmita la sensación de que en la nueva generación, por más sensible, se da una rebeldía frente a la patología inconsciente de una cultura que debe entrar en revisión de sus valores: dogmatismo, fixismo, injusticia, sobrevaloración de los principios frente al hombre concreto, autoritarismo, carrerismo, ambición económica, fariseísmo religioso, represión de lo espontáneo, tecnologismo, incomunicación, olvido completo de los marginados, etc.



Siendo sinceros, lo que tenemos que confesar es que lo que anda mal en el mundo no es la juventud, sino el hombre y su cultura. Plantearlo así significa entrar todos en cuestión. A lo mejor los jóvenes no son más que la escandalosa fiebre (síntoma) de una enfermedad que incubó en los adultos ⁷.



NOTAS

1. “El momento actual se presenta como la exigencia más difícil e irrealizable. Quedándose sin mundo en la crisis, el hombre ha de recrear con los supuestos previos que ha hecho suyos su mundo desde el origen. Se le abre la máxima posibilidad de su libertad; sólo puede también en la imposibilidad asirla o hundirse en su nulidad. Si no sigue el camino del ser-mismo, queda sólo como obstinado goce existencial en lo consuetudinario del aparato, contra lo que ya no se defiende. Por estímulo de independencia propia ha de adueñarse de sus mecanismos existenciales o, convirtiéndose él mismo en máquina, rendirse a ellos (...). Ha de hollar el límite de percepción de su trascendencia o quedar en la ilusión del ser que sencillamente se entrega prendido en la maraña de las cosas del mundo. Se le exige como si fuera un titán; ha de reconocerlo y ver lo que se le logra en el advenir de sí mismo o se convertirá, si lo rechaza, en una existencia que no puede ser ni propiamente humana ni propiamente animal”. Karl Jaspers, *Ambiente espiritual de nuestro tiempo*, trad. Gómez de la Serna, Ed. Labor, Barcelona 1933, pp. 177-178.
 “Ya no es el silencio de los espacios infinitos lo que sobrecoge (al hombre), sino, uniéndose sin duda de alguna manera a la intuición de Pascal, el inmenso y continuo cuestionamiento de este dinamismo en marcha. Quizás sea esta la característica más profunda del hombre moderno: se sabe irrevocablemente en marcha, en tanto que conciencia de un mundo en evolución; pero este dinamismo no llega a término. Al menos no podemos ver adonde conduce este dinamismo, sino solamente los fracasos que parecen ser su inevitable destino”. Marc Oraison, *Transhumance*, Ed. Seuil, 1970, p. 22.
 ‘La pasión del hombre moderno se asienta en lo posible. Los hombres de esta época no están atraídos y fascinados más que por el porvenir”. P. Eyt, en: *La Iglesia de mañana*, pp. 32-33.
 Podríamos acumular citas que nos confirmasen esta impresión de que algo muy importante está ocurriendo con el acelerado cambio socio-cultural.
2. Estos síntomas son tratados como afectando ya no a hombres aislados dentro de la cultura, sino a la cultura y al hombre en cuanto tal. J.J. López Ibor, *Rasgos neuróticos del mundo contemporáneo*, Ed. Cultura Hispánica, Madrid 1964.



Karen Horney, *The neurotic personality of our time*, W.W. Norton and Co., New York 1937.

E. Fromm, *El miedo a la libertad*, Ed. Paidós, Buenos Aires 1971.

3. David Riesmann, *La muchedumbre solitaria*.
4. Cfr. por ejemplo: Gerard Mendel, *La rebelión contra el padre*, Ed. Península, Barcelona 1968.
5. Dostoiewsky, *El adolescente*, Ed. Aguilar.
6. Gerard Mendel, *La crisis de generaciones*, Ed. Península, Barcelona 1972.
Valga como anécdota de rechazo la del joven alemán, hijo del Rey de los Restaurantes en Alemania: “¿Cómo voy yo a seguir el camino de mi padre si el negocio de los restaurantes le ha convertido en el admirador de cien mil personas comiendo cien mil filetes?”. Ginsberg, en “Howl”, exclama: “He visto las más lúcidas mentes de mi generación destruidas por la locura. ¿Qué esfinge de cemento y aluminio les reventó los cráneos y les devoró sus cerebros y su imaginación?” (1956).
7. La juventud ha visto a líderes, y no de los más manchados a nivel de imagen, como Kennedy, decidir así sobre la situación en Santo Domingo y la conducta que debería adoptar EE.UU.: “Hay tres posibilidades por orden descendente de preferencia: un régimen democrático decente, una continuación del régimen de Trujillo o un régimen Castro. Deberíamos apuntar a la primera, pero en realidad no podemos renunciar a la segunda mientras no tengamos la seguridad de que podemos evitar la tercera”. La razón de temer tanto al comunismo la explica más adelante: “El éxito comunista en Iberoamérica ocasionaría un golpe muy duro al poder e influencia de EE.UU.”. Schlesinger en: Th. Roszak, Chomsky y otros, *La contestación universitaria*, Ed. Península, Barcelona 1973, p. 263.



LOS JOVENES Y EL TRABAJO.

Por José Miguel Sopena

Hace aproximadamente seis años que gran parte de mi tiempo y preocupaciones están cogidos por la vida de los jóvenes del mundo obrero. La labor educativa y de evangelización que intento realizar en un sector obrero como Getafe me pone diariamente ante ese *mundo complejo y en continua evolución*.

Desde ese lugar de educador y de pastor, y consciente de esta característica que acabo de subrayar, me gustaría poder transmitir *la vida* que me llega desde esos jóvenes: su mentalidad, sus preocupaciones, sus esperanzas e ilusiones, sus frustraciones... cuando se enfrentan a la realidad del trabajo. Creo que demasiado a menudo los adultos hablamos del “problema de los jóvenes” sin haber intentado previamente el difícil proceso de la comprensión, de la acogida sencilla y abierta de lo que viven. Sé por experiencia que no es fácil, que supone una cierta “desnudez” por nuestra parte, y eso cuesta. Ojalá este



número de CORINTIOS XIII nos ayude a esa comprensión. En lo que a mi pequeña aportación se refiere es lo único que pretendo.

Ya desde ahora adelanto que voy a hablar de la historia de una contradicción y, por eso, de un cierto sufrimiento. Es la experiencia que recibo, y me parece fundamental tomar conciencia de ello para empezar a hablar. Acerquémonos a ver.

1. En el principio, la ilusión...

Según cifras del I.N.E.*, a finales de 1977 la población activa juvenil (entre 14 y 24 años) —población activa ocupada y población activa parada o disponible— en España era de 3.108.400, es decir, el 24 por ciento de la población activa total.

Más de la mitad de esos jóvenes son menores de 18 años y buscan su primer trabajo en talleres, comercios, fábricas... obligados por la necesidad económica de la familia, suspendiendo los estudios y, normalmente, sin ningún tipo de orientación.

A menudo, así condicionado, el futuro joven trabajador se lanza a la búsqueda de un empleo. En su cabeza bullen un sinfín de imágenes, de ilusiones y aspiraciones, mezcladas con un cierto temor ante algo que aún no conoce. Quiere “dar fruto”, quiere unir su esfuerzo al de otros, y sentir que “produce”. Para él significa como un paso adelante hacia el mundo adulto. Desea dejar atrás ciertas cosas que le hacían sentirse dependiente y ser reconocido como alguien que aporta algo, que se

* En “Documentación Social” núm. 31/32.

valora, entre otras cosas, mediante una retribución económica. Cuando gasta algo sabe que él también aporta. ¡Hay que ver la cara de un aprendiz el día de su primera paga!

En medio de este conjunto de imágenes entremezcladas destaca una profunda aspiración: realizar un trabajo, un oficio, en el que *sentirse a gusto y realizado*. El año pasado, el 75 por ciento de 300 alumnos de una escuela de Formación Profesional de Getafe ponían como primera condición a su futuro empleo (incluso por encima de la de ganar mucho dinero): “que el trabajo me guste y sea interesante”. Y no es la única vez que lo he oído.

2. El choque con la realidad

Y aquí empieza la historia de esa contradicción a la que me he referido y que, de una forma u otra, tantos jóvenes viven. Comprenderla es empezar a comprenderlos.

– *Para muchos, la primera experiencia: el paro.*

Es una de esas realidades terribles a las que, a fuerza de convivir diariamente con ellas, corremos el riesgo de acostumbrarnos. Pero, a pesar de la desesperante impotencia que provoca en nosotros, conviene tomar conciencia de lo que puede estar pasando en las cabezas de ese millón largo de jóvenes parados en nuestro país, especialmente de aquellos que buscan trabajo por primera vez y que, antes que el trabajo, empiezan a “saborear” lo que significa esa espada de Damocles que les acompañará toda su vida. Esas ilusiones que habían ido tomando cuerpo en el joven acaban en frustración, sentimiento de inutilidad, cansancio, a menudo incompreensión en la familia, sensación de estar mendigando un derecho.



. Compás de espera

Para muchos, que desearían ponerse a trabajar, estudiar se ha ido convirtiendo en una manera de esperar “mientras sale algo”. Es un hecho constatado, por ejemplo, en numerosos alumnos de Formación Profesional. En el momento en que encuentran algún trabajo dejan los estudios. Así, en su conciencia se van convirtiendo en una especie de “sala de espera”, en una forma de mantenerse ocupados, lo cual redundan negativamente en el grado de aprovechamiento que van a hacer de ellos. En la mayoría, hay una conciencia clara de que cuando acaben esos cursos de Formación Profesional lo más probable es que se encuentren en la calle con su “título” debajo del brazo sin poder ejercer su oficio. Aumentan igualmente día a día el número de matriculados en las academias de todo tipo (máquina, dibujo, secretariado, idiomas...), cuando en casa lo pueden pagar, y que para muchos son otras tantas formas de esperar, de “hacer algo”, pero vividas sin ilusión alguna. Otros, entre los varones, deciden llenar ese tiempo inaguantable de espera adelantando el servicio militar como voluntarios, pero sabiendo que al acabar se encontrarán con el mismo problema, vivido después con mayor angustia al ir acercándose el momento de pensar en un piso, de casarse...

Inestabilidad, futuro incierto, agresividad, aburrimiento... son el resultado del choque entre sus aspiraciones y esa primera realidad con la que muchos jóvenes se encuentran.

. Conductas delictivas

Cuando todo eso se vive en el “humus” de un ambiente subproletarizado, de familias aplastadas y a menudo afectivamente desintegradas, no es de extrañar que surjan conductas más o menos “delictivas”. Emparedado entre la atractiva il-



mada del consumo y la imposibilidad de satisfacer esa necesidad, cada vez más imperiosa en él, viendo que otros tienen lo que a él se le niega, destruidos en su interior los resortes de tipo moral (si es que alguna vez los tuvo), convencido de que la principal causa de sus males es la falta de dinero, se dará trabajo a sí mismo; un trabajo que además tiene el atractivo del riesgo y la aventura y de soldar fuertes lazos de solidaridad en el grupo. A modo de ejemplo: van siendo ya un buen número los chavales que en el barrio donde vivo se sacan fácilmente cuatro o cinco mil pesetas a la semana en la compra-venta de diferentes tipos de droga, normalmente hachís (costo). Hubo un tiempo en el que buscaban trabajo, hoy ya no, ¿para qué? Y si en algún momento surge la ocasión de “dar algún palo” (robar) que no sea muy complicado y que refuerce las ganancias del mes, pues se da y punto.

. Trabajos marginales

Aumentan los trabajos que podríamos llamar “marginales”. La aspiración a un trabajo “profesionalmente gratificante” termina para muchos en ganarse algunas pesetas para sus gastos personales repartiendo propaganda por los buzones —cuando tienen suerte y “hay algo”—, vendiendo bolsas de basura por las casas... cobrando una miseria y, por supuesto, sin ningún tipo de contrato ni seguros, y no sabiendo hoy si mañana les van a “dar algo” o no. Esa es su primera experiencia de trabajo. Esta mano de obra es reclutada sobre todo entre adolescentes, que a veces lo compaginan con sus estudios de Formación Profesional o de B.U.P.

Es en trabajos de este tipo y en pequeños comercios, familiares o no, donde trabajan la mayoría de esos 200.000 menores de 14 años, cuya situación denunciaba la J.O.C. hace dos años en su periódico “Juventud Obrera” (núm. 121-Segunda época).

Todo esto nos habla ya de esa conciencia de marginación que se va creando en muchos jóvenes del mundo obrero desde edades tempranas y que, junto a otras cosas, está en la base de tantas actitudes “desengañadas” y algo escépticas que a veces causan extrañeza a muchos adultos.

— *Condiciones en el trabajo (algunos aspectos significativos).*

Según datos de la encuesta que la J.O.C. ha realizado este año sobre todo el territorio español, con ocasión de su campaña sobre el Tiempo Libre, entre jóvenes de 14 a 24 años *: de los jóvenes que trabajan, el 51 por ciento lo hacen como obreros, el 31 por ciento como empleados u “obrerros de bata blanca”, un 10 por ciento como personal de servicios (empleadas de hogar, camareros...). Como es normal, profesionalmente los porcentajes están cargados en las categorías más bajas (aprendices, peones, obreros sin cualificar).

¿Qué viven, con qué se encuentran esos jóvenes que han tenido la suerte de poder encontrar un trabajo “como Dios manda”?

. Condiciones materiales

Son muchos los que reconocen estar trabajando en condiciones de “anormalidad”: el 72 por ciento, según el Informe-Encuesta del Instituto de la Juventud en 1977.

* Primer Informe-resumen de esta encuesta en: “Juventud Obrera” núm. 144-Segunda época.



Según este mismo Informe, no están asegurados el 39 por ciento de los jóvenes que sólo trabajan, y el 56 por ciento de los que trabajan y estudian. El 53 por ciento de los aprendices, botones, pinches... carecen de contrato de aprendizaje.

Aquí hay que distinguir siempre las grandes empresas de las pequeñas y los sectores más industrializados de los que lo están menos. En las pequeñas empresas, talleres, pequeños comercios y sectores menos industrializados es donde más se dan esas condiciones de anormalidad. En ellos, el joven, sobre todo el aprendiz, está mucho más desasistido, en medio de un ambiente donde es el último mono, donde todo el mundo le manda y se cree con derecho a gritarle, donde exigir sus derechos —cuando los conoce— tiene como respuesta el “castigo” o el despido.

Las jornadas de trabajo es otro aspecto importante a destacar por las repercusiones que tiene en la vida del joven. Curiosamente —y en la actualidad esta es quizás una de las características más llamativas del mundo laboral—, las largas jornadas conviven junto a un altísimo índice de paro. La encuesta de la J.O.C., a la que acabo de referirme, nos revela algunos datos significativos: el 54 por ciento de los jóvenes ocupados trabajan más de ocho horas, y un 6 por ciento más de diez. De entre los que reconocen hacer horas extras, los motivos que aducen son: “porque hace falta en casa” (33 por ciento); “para comprar algo para mí” (29 por ciento); “porque me obliga la empresa” (24 por ciento); “para ahorrar para casarme” (14 por ciento). Por edades, corresponden: la primera y última razón, a los más mayores (de 22 a 25 años); la segunda, a los de 19 a 21 años; “porque les obliga la empresa” es una razón muy repartida, pero la citan mayoritariamente los más jóvenes (de 14 a 18 años).



Si el paro tiene consecuencias catastróficas para la vida y la psicología del joven, las largas jornadas de trabajo dejan también su huella: a nivel físico (sobre todo entre los más jóvenes), en una etapa de formación y desarrollo del cuerpo; a nivel psicológico, encerrado todo el día en un mundo muy reducido y frecuentemente problematizado; a nivel de su mundo de relaciones, sin tiempo para estar con los amigos, con el chaval o la chavala, y dificultando la relación familiar; a nivel cultural en sentido amplio, etc.

. Satisfacción profesional

Debido, por un lado, a tener que aceptar “lo que sale”, a menudo muy lejos de sus deseos, preparación y capacidades, y, por otro, a la creciente especialización del trabajo, que le hace rutinario y maquinal, muchos jóvenes son verdaderos frustrados, profesionalmente hablando. En el hecho creciente de la compaginación del trabajo con algún tipo de estudios subyace el deseo de superar esa frustración: prepararse para, algún día, poder trabajar en algo que realmente les guste, poder hacer un trabajo al que le encuentren algún sentido, poder trabajar con iniciativa, sintiéndose responsables de lo que hacen... En definitiva, trabajar humanamente.

Un hecho significativo. Comentaba recientemente una joven de una gran fábrica del metal de Madrid: “Es impresionante el número de compañeras que en estos últimos años piden excedencias. Durante un tiempo se van a “probar” otras cosas, incluso muchas al extranjero... generalmente a hacer trabajos peor pagados. El caso es dejar un tiempo la fábrica, la cadena, hartas de hacer siempre lo mismo”. Detrás de hechos como éste está también el contexto de una vida con poco sentido y pocos alicientes, pero es indudable que el tipo de trabajo que se hace durante ocho o más horas todos los días juega un papel primordial en esa insatisfacción.



Desgraciadamente, los que se encuentran a gusto, realizados en su trabajo, son una minoría.

. El mundo afectivo y de relaciones en el trabajo

El mundo afectivo y de relaciones es fundamental en la vida del joven; es uno de los primeros criterios que manejará para juzgar cualquier experiencia. La del trabajo también.

Ser respetado, tenido en cuenta, encontrar un ambiente de compañerismo, que cada uno no vaya a lo suyo egoístamente... son cosas importantes para todo el mundo, pero a las que el joven (y los más jóvenes más) es especialmente sensible. Hablar con alguien de 17 ó 18 años de su trabajo es a menudo hablar de esos aspectos. Cuando a ese nivel encuentra un ambiente gratificante, soporta y pasa por alto otras muchas limitaciones, pero su carencia le hará todo especialmente insoporable: si los jefes le chillan, si los compañeros adultos tienden a descargar sobre él la agresividad acumulada, si siente que se aprovechan de él haciéndole realizar tareas que no tenía que hacer, sacando el trabajo a los demás con el pretexto del "aprendizaje"... Cosas que desgraciadamente son bastante corrientes; situaciones especialmente graves en las pequeñas empresas, que es justamente donde suele trabajar la gente más joven. Hay que saber lo que significa para un chico o una chica de 17 años estar ocho horas trabajando en un ambiente enrarecido, enfrentado con el jefe, con el oficial.

. Progresivamente en su conciencia: trabajo : dinero

Estoy convencido de que la económica no es la primera preocupación de los jóvenes cuando piensan en el trabajo, sobre todo aquellos que por su edad entregan casi íntegramente el sobre en casa. (Diferente es el caso de aquellos que se acercan al



umbral de la boda o de la independencia de los padres, para los cuales el aspecto económico empieza a tomar la delantera sobre los demás).

Sin embargo, constato cómo, presionados por el ambiente (consumo, valor dinero...) y sobre todo bloqueados o frustrados en otros aspectos que espontáneamente valoran más, en la conciencia de muchos jóvenes el trabajo se va convirtiendo progresivamente en una forma de conseguir dinero, convencidos de que de ahí no se puede sacar mucho más. Crece el número de los que, consciente o inconscientemente, se dan por vencidos, aceptando la realidad como es, y lo expresan de mil maneras: absentismo, irresponsabilidad en un trabajo en el que “no les va nada”, viviendo su jornada laboral como un paréntesis que se abre todos los días por la mañana y se cierra por la tarde; pero lo que realmente les interesa en su vida va por otro lado. El trabajo se va vaciando así, poco a poco, de todo contenido que no sea el económico. Es como la “mili”: algo por lo que no tengo más remedio que pasar. La aspiración a “otra cosa” permanece, pero se buscará por otro lado...

3. A modo de conclusión

¿COLABORACION EN LA CONSTRUCCION DEL MUNDO? ¿INCORPORACION A LA SOCIEDAD?

El trabajo es una de las dimensiones fundamentales de la realización personal (junto a la dimensión estética, festiva, amorosa...); el trabajo como experiencia “trabajosa” (con esfuerzo), realizada en colaboración con otros (conocidos o desconocidos), de producir un fruto que sirva. Por eso es un cauce privilegiado de inserción en la sociedad en que vivo, de participación en su construcción.



¿Va dejando de ser sentido así por muchos jóvenes? Hay signos, actitudes, que revelan que algo se rompe, que algo pasa en la conciencia colectiva juvenil. ¿Es eso cierto? ¿En qué sentido?

Los jóvenes que yo encuentro no son “marcianos”. En toda su diversidad, aspiran a realizar esa dimensión fundamental de su persona mediante un trabajo, un oficio, una profesión. Simplemente, para una gran mayoría el choque con la realidad es brutal. Los dos hechos mayores de ese choque:

— El primer atentado contra esa aspiración es el desempleo. Ahí empieza el drama para tantos y tantos jóvenes que ven cómo son humanamente “castrados” de raíz. Es importantísimo comprender este primer hecho, para empezar a entender lo que está pasando hoy en la conciencia colectiva de los jóvenes.

— El segundo gran hecho es la insatisfacción que genera la organización del trabajo en el sistema de producción capitalista, las condiciones y el objetivo de mi (nuestro) esfuerzo. El adulto —que lo vive igualmente—, de alguna forma ya se ha “curtido” y ha ido aprendiendo a manejarse en el dédalo de contradicciones entre sus aspiraciones y la realidad, ha ido aprendiendo a saborear los aspectos gratificantes de su actividad, ha optado por luchar para el cambio del sistema o ha entrado sin más en el carril que éste le propone. El joven está mucho más a la intemperie ante esas contradicciones, las vive a flor de piel, si se quiere las experimenta más “trágicamente”.

. Tres reacciones

— Son mayoría los que sufren ese choque sin llegar a poner en cuestión lo que la sociedad les ofrece teóricamente:



un buen puesto, ganar para poder consumir mucho... Quieren, en suma, acceder a lo que por todos lados les están proponiendo. Su rebeldía nace porque se les cierran todas las puertas para conseguirlo. La crisis económica, la exacerbación de la propuesta “consumo-tener-poder-prestigio”, están creando masas de frustrados, cuya acusación principal al sistema —acusación no necesariamente formulada— es la de falta de coherencia, de no darles la oportunidad de alcanzar un mínimo de lo que teóricamente les dicen que es posible.

— Otros —y quizás el fenómeno nuevo es que van siendo cada vez más— intuyen que el problema es más hondo, que no es sólo cuestión de falta de correspondencia entre lo que el sistema les propone como ideal posible y la realidad. El problema está en la oferta, en el ideal propuesto. “¿Trabajar en una fábrica, meterme en una oficina?”. “¿Para qué? —dicen algunos— ¿para estar como mi padre?”. “No, no quiero que me chupen la sangre”. Y este joven que vive en un barrio obrero de la gran ciudad empezará a soñar con un mundo distinto más o menos idílico (el porro le ayudará) y hablará de música y de ecología, y con otros amigos pensará cómo arreglárselas para irse a una granja donde subsistir con lo que les dé la tierra y vivir libres en contacto con la naturaleza... pasando de este tinglado que no les va nada y que además no tiene arreglo. Mientras tanto, dicen “no”; si trabajan, “lo hacen como si no lo hicieran”; si no trabajan, deambulan, se juntan y sueñan.

— Finalmente, hay quienes están también convencidos de que el problema es más hondo, pero viven la contradicción entre sus sueños y la realidad intentando luchar desde dentro. No se sienten más integrados que los anteriores en este tipo de sociedad, pero alguien les ha ayudado a creer en ellos mismos y en las posibilidades de un colectivo para ir transformándola. Buscan con avidez los hechos pequeños que les demuestran



que es posible, van viviendo a base de ellos (un signo de compañerismo en la fábrica, la satisfacción de un trabajo bien hecho...).

Su “fe” está pendiente de unos hilos muy finos.

Su vida de trabajador consistirá en ir aprendiendo a vivir, a luchar y a descubrirse persona en medio de las contradicciones entre las que se encuentra.





BIBLIOGRAFIA

Responsable de la Sección:
Raimundo Rincón

Es tan copiosa, variada y heterogénea la bibliografía sobre la JUVENTUD, que renunciamos a presentar un boletín más o menos completo. Remitimos a la obra "Juventud 1975" de la Comisión Episcopal de Pastoral, Madrid 1975, que en 25 apretadas páginas recoge 184 títulos y 286 artículos de revistas.

1. Textos del magisterio

1. CONCILIO VATICANO II. No es posible transcribir todos los textos y, por consiguiente, indicamos los párrafos más interesantes, agrupándolos así: situación actual de la juventud, formación de la juventud, apostolado de la juventud, el Vaticano II y la juventud.

Situación actual de la juventud

Nuevas ideas y aspiraciones de los jóvenes. "El cambio de mentalidad y de estructuras somete con frecuencia a discusión las ideas recibidas. Esto se nota particularmente entre los jóvenes, cuya impaciencia e incluso a veces angustia les lleva a rebelarse. Conscientes de su propia función en la vida social, desean participar rápidamente en ella. Por lo cual no rara vez los padres y educadores experimentan dificultades cada día mayores en el cumplimiento de sus tareas" (Const. "Gaudium et Spes", 7, 1).



Influjo de la juventud en la sociedad moderna. “Los jóvenes ejercen en la sociedad actual una fuerza de extraordinaria importancia. Las circunstancias de su vida, su modo de pensar e incluso las mismas relaciones con la propia familia han cambiado sobremanera. Muchas veces pasan con demasiada rapidez a una nueva situación social y económica. Pero, al paso que aumenta de día en día su importancia social e incluso política, parecen como impreparados para sobrellevar como es debido las nuevas cargas” (Decr. sobre el “Apostolado de los seglares”, 12, 1).

Diálogo entre las diversas generaciones. “... Procuren los adultos entablar diálogo amigable con los jóvenes, que, salvadas las distancias de la edad, permita a unos y a otros conocerse mutuamente y comunicarse lo bueno que cada generación tiene... Los jóvenes, por su parte, sientan respeto y confianza en los mayores y, aunque sientan la natural inclinación hacia las novedades, aprecien, sin embargo, como es debido, las tradiciones valiosas” (Decr. sobre el “Apostolado de los seglares”, 12, 3).

Formación de la juventud

Derecho universal a la educación. “Todos los hombres, de cualquier raza, condición y edad, por poseer la dignidad de persona, tienen derecho inalienable a una educación que responda al propio fin, al propio carácter, al diferente sexo, y acomodada a la cultura y a las tradiciones patrias y, al mismo tiempo, abierta a las relaciones fraternas con otros pueblos, para fomentar en la tierra la unidad verdadera y la paz. Más la verdadera educación se propone la formación de la persona humana en orden a su fin último y al bien de las sociedades, de las que el hombre es miembro y en cuyas responsabilidades participará cuando llegue a ser adulto” (Declar. sobre la “Educación cristiana de la juventud”, 1, 1).



Ante todo, la educación y formación del corazón. “... Particularmente la educación de los jóvenes, sea el que sea el origen social de éstos, debe orientarse de tal modo que forme hombres y mujeres que no sólo sean personas cultas, sino también de generoso corazón, de acuerdo con las exigencias perentorias de nuestra época” (Const. sobre la “Iglesia en el mundo actual”, 31, 1).

Derecho de la juventud a la educación moral y religiosa. “Declara asimismo el sagrado Concilio que los niños y los adolescentes tienen derecho a que se les estimule a apreciar con recta conciencia los valores morales y a prestarles su adhesión personal, y también a que se les incite a conocer y amar más a Dios. Ruega, pues, encarecidamente a todos los que gobiernan los pueblos o están al frente de la educación que procuren que nunca se prive a la juventud de este sagrado derecho. Y exhorta a los hijos de la Iglesia a que presten con generosidad su ayuda en todo el campo de la educación, principalmente con el fin de que puedan llegar cuanto antes a todos los rincones de la tierra los oportunos beneficios de la educación y de la enseñanza” (Declar. sobre la “Educación cristiana de la juventud”, 1, 3).

Educación cívica y política de la juventud. “Hay que prestar gran atención a la educación cívica y política, que hoy día es particularmente necesaria para el pueblo y, sobre todo, para la juventud, a fin de que todos los ciudadanos puedan cumplir su misión en la vida de la comunidad política” (Const. sobre la “Iglesia en el mundo actual”, 75, 6).

Educación de la juventud para la cooperación internacional. “Este objetivo podrá alcanzarse con mayor eficacia si los fieles, conscientes de su responsabilidad humana y cristiana, se esfuerzan por despertar en su ámbito personal de vida la pronta voluntad de cooperar con la comunidad internacional. En esta



materia préstese especial cuidado a la formación de la juventud tanto en la educación religiosa como en la civil” (Const. sobre la “Iglesia en el mundo actual”, 89, 2).

Alabanza y apoyo a la juventud que ayuda a los demás hombres y pueblos. “Merecen, pues, alabanza y ayuda aquellos cristianos, en especial jóvenes, que se ofrecen voluntariamente para auxiliar a los demás hombres y pueblos” (Const. sobre la “Iglesia en el mundo actual”, 88, 2).

La formación de la juventud en el ambiente familiar. “La familia es escuela del más rico humanismo... La educación de los hijos ha de ser tal que, al llegar a la edad adulta, puedan, con pleno sentido de la responsabilidad, seguir la vocación, aun la sagrada, y escoger estado de vida; y si éste es el matrimonio, puedan fundar una familia propia en condiciones morales, sociales y económicas adecuadas. Es propio de los padres o de los tutores guiar a los jóvenes con prudentes consejos, que ellos deben oír con gusto, al tratar de fundar una familia, evitando, sin embargo, toda coacción directa o indirecta que les lleve a casarse o a elegir a determinada persona” (Const. sobre la “Iglesia en el mundo actual”, 52, 1; cf. Declar. sobre la “Educación...”, 31).

La formación de la juventud por las asociaciones familiares. “Las diversas obras, especialmente las asociaciones familiares, pondrán todo el empeño posible en instruir a los jóvenes y a los cónyuges mismos, principalmente a los recién casados, en la doctrina y en la acción y en formarlos para la vida familiar, social y apostólica” (Const. sobre la “Iglesia en el mundo actual”, 52, 6).

El deber de la educación compete a la sociedad civil. “Obligación de la sociedad civil es proveer de varias formas a la educación de la juventud: tutelar los derechos y obligaciones de los



padres y de quienes intervienen en la educación, y colaborar con ellos; completar la obra educativa, según el principio de la acción subsidiaria, cuando no basta el esfuerzo de los padres y de otras sociedades, atendiendo a los deseos paternos; y, además, crear escuelas e institutos propios, según lo exija el bien común” (Declar. sobre la “Educación cristiana de la juventud”, 3, 2).

También es obligación de la Iglesia. “Finalmente, y por singular motivo, el deber de la educación corresponde a la Iglesia no sólo porque ha de ser reconocida también como sociedad humana capaz de educar, sino, sobre todo, porque tiene el deber de anunciar a todos los hombres el camino de la salvación, de comunicar a los creyentes la vida de Cristo y de ayudarles con preocupación constante para que puedan alcanzar la plenitud de esta vida” (Declar. sobre la “Educación cristiana de la juventud”, 3, 3).

Apostolado de la juventud

Actividad apostólica de la juventud. “Este aumento de la importancia de las generaciones jóvenes en la sociedad exige de ellos una correspondiente actividad apostólica, a la cual los dispone su misma índole natural. Madurando la conciencia de la propia personalidad, impulsados por el ardor de su vida y por un dinamismo desbordante, asumen la propia responsabilidad y desean tomar parte en la vida social y cultural... Los jóvenes deben convertirse en los primeros e inmediatos apóstoles de los jóvenes, ejerciendo el apostolado personal entre sus propios compañeros, habida cuenta del medio social en que viven... También los niños tienen su propia actividad apostólica. Según su capacidad, son testigos vivientes de Cristo entre sus compañeros” (Decr. sobre el “Apostolado de los seculares”, 12, 2 y 4).



El Vaticano II y la juventud

Entre los mensajes que al acabar el Vaticano II dirigieron los Padres conciliares a la humanidad, destaca por su vibración y entusiasmo el dirigido a los jóvenes. En seis breves y densos párrafos les convoca a la constitución de una sociedad que “respete la dignidad, la libertad, el derecho de las personas” (3) y deje expandirse el tesoro antiguo y siempre nuevo de la fe. La Iglesia ha convocado y celebrado el concilio “para rejuvenecer su rostro, para responder mejor a los designios de su fundador, el gran viviente... Es para vosotros, los jóvenes, sobre todo para vosotros, por lo que la Iglesia acaba de alumbrar en su concilio una luz, una luz que alumbrará el porvenir” (2).

La Iglesia tiene su esperanza en la juventud. “Confía en que encontraréis tal fuerza y tal gozo que no estaréis tentados, como algunos de vuestros mayores, de ceder a las seducciones de las filosofías del egoísmo o del placer, o a las de la desesperanza y de la nada, y que frente al ateísmo, fenómeno de cansancio y de vejez, sabréis afirmar vuestra fe en la vida y en lo que da sentido a la vida: la certeza de la existencia de un Dios justo y bueno” (4).

Apertura al mundo y lucha contra el egoísmo. “En el nombre de este Dios y de su hijo, Jesús, os exhortamos a ensanchar vuestros corazones a las dimensiones del mundo, a escuchar las llamadas de vuestros hermanos y a poner arduosamente a su servicio vuestras energías. Luchad contra todo egoísmo. Negaos a dar libre curso a los instintos de violencia y de odio, que engendran las guerras y su cortejo de males. Sed generosos, puros, respetuosos, sinceros. Y edificad con entusiasmo un mundo mejor que el de vuestros mayores” (5).

La Iglesia posee la fuerza y el encanto de la juventud. “La Iglesia os mira con confianza y amor..., es la verdadera juventud



del mundo. Posee lo que hace la fuerza y el encanto de la juventud: la facultad de alegrarse con lo que comienza, de darse sin recompensa, de renovarse y de partir de nuevo para nuevas conquistas. Miradla y veréis en ella el rostro de Cristo, el héroe verdadero, humilde y sabio, el Profeta de la verdad y del amor, el compañero y amigo de los jóvenes” (6).

2. PABLO VI. Este papa, cuya figura se irá agigantando a medida que pase el tiempo y la historia le haga justicia, ha vivido siempre en contacto con la juventud y a ella ha consagrado muchos años de actividad y de pensamiento. Aquí sólo algunas frases suyas en torno a la evangelización, que reflejan el sentir del Sínodo de los Obispos.

“Las circunstancias nos invitan a prestar una atención especialísima a los jóvenes. Su importancia numérica y su presencia creciente en la sociedad, los problemas que se les plantean deben despertar en nosotros el deseo de ofrecerles con celo e inteligencia el ideal que deben conocer y vivir. Pero, además, es necesario que los jóvenes, bien formados en la fe y arraigados en la oración, se conviertan cada vez más en los apóstoles de la juventud. La Iglesia espera mucho de ellos. Por nuestra parte hemos manifestado con frecuencia la confianza que depositamos en la juventud” (Exhortación apostólica “Evangelii nuntiandi” n. 72, 8.12.1975).

3. JUAN PABLO II, el papa de los jóvenes y para los jóvenes.

Durante el viaje a Méjico. “La Iglesia contempla con optimismo y profunda esperanza a la juventud. Vosotros, los jóvenes, representáis a la mayor parte de la población mejicana, de la cual el 50 por ciento no llega a los veinte años. En los momentos más difíciles del cristianismo en la historia mejicana, los jóvenes han dado un testimonio heroico y generoso.



La Iglesia ve en la juventud una enorme fuerza renovadora, que nuestro predecesor el papa Juan XXIII considera como un símbolo de la misma Iglesia, llamada a una constante renovación de sí misma, o sea, a un incesante rejuvenecimiento.

Preparaos a la vida con seriedad y diligencia... Con la vivacidad que es propia de vuestros años, con el entusiasmo generoso de vuestro corazón, caminad al encuentro de Cristo: sólo El es la solución de vuestros problemas; sólo El es el camino, la verdad y la vida; sólo El es la verdadera salvación del mundo; sólo El es la esperanza de la humanidad.

Buscad a Jesús esforzándoos en conseguir una fe personal profunda que informe y oriente toda vuestra vida, pero sobre todo que sea vuestro compromiso y vuestro programa amar a Jesús con un amor sincero, auténtico y personal... Pero después de haber encontrado a Cristo, después de haber descubierto quién es El, no se puede no sentir la necesidad de anunciarlo. Sabed ser testigos auténticos; sabed vivir y proclamar, con hechos y palabras, vuestra fe... No es posible permanecer indiferente ante el grave problema del analfabetismo o semianalfabetismo. En uno de los momentos decisivos para el futuro de América Latina, hago un fuerte llamado en nombre de Cristo a todos los hombres y, de modo particular, a vosotros, los jóvenes, para que prestéis hoy y mañana vuestra ayuda, servicio y colaboración en esta tarea de escolarización... ¡Jóvenes, comprometeos humana y cristianamente en cosas que merecen esfuerzo, desprendimiento y generosidad! ¡La Iglesia lo espera de vosotros y confía en vosotros!” (A los estudiantes del Instituto “Miguel Angel” de Ciudad de Méjico, 30.1.1979; texto completo en “Palabras de Juan Pablo II en América”, PPC, Madrid 1979, 89-92; cf. también el discurso “a los universitarios en la explanada de la Basílica de Guadalupe”, 31.1.1979, ibid. 113-16).

Durante el viaje a Polonia. “Por medio de los estudios universitarios se abre ante vosotros el mundo maravilloso de la ciencia



humana en sus múltiples ramas. De la misma manera, con esta ciencia del mundo se desarrolla ciertamente también vuestro autoconocimiento. Sin duda alguna, desde hace tiempo os formuláis la pregunta '¿quién soy?'. Esta es la pregunta, diría, más interesante. La pregunta fundamental. ¿Con qué medida medir al hombre? ¿Medirlo con la medida de las fuerzas físicas de que dispone? ¿O medirlo con la medida de los sentidos que le permiten el contacto con el mundo exterior? O bien, ¿medirlo con la medida de la inteligencia que se realiza por medio de los diversos tests o exámenes?

La respuesta de hoy, la respuesta de la liturgia de Pentecostés, señala dos medidas: Es necesario medir al hombre con la medida del 'corazón'. El corazón en el lenguaje bíblico significa la interioridad espiritual del hombre, significa en particular la conciencia... Es necesario, pues, medir al hombre con la medida de la conciencia, con la medida del espíritu abierto hacia Dios. Solamente el Espíritu Santo puede 'llenar' este corazón, es decir, conducirlo a realizarse por medio del amor y de la sabiduría...

Tened el coraje de aceptar la medida que nos ha dado Cristo en el cenáculo de Pentecostés, igual que en el cenáculo de nuestra historia... Tratad de comprender que el hombre creado por Dios a su imagen y semejanza es al mismo tiempo llamado en Cristo, a fin de que en él se revele lo que es de Dios; a fin de que en cada uno de nosotros se revele en cierta medida Dios mismo" ("A la juventud universitaria de Varsovia", 3.6.1979; texto completo en Ecclesia, 23.6.1979, 4-5).

4. IV SIMPOSIO DE LOS OBISPOS EUROPEOS.

Del 17 al 22 de junio se ha celebrado en Roma. Han participado delegados de las distintas Conferencias episcopales (cinco españoles), secretarios de las mismas, representantes de los sacerdotes, de los religiosos, de las federaciones laicales y juve-



niles, expertos, etc. El tema era precisamente: “Los jóvenes y la fe”.

Sin entrar en la metodología y dinámica del simposio, queremos destacar las tres relaciones: “Los jóvenes y la fe”, elementos positivos y negativos de la fe de los jóvenes de hoy en Europa, a cargo de Mons. Ramón Torrella, vice-presidente del Secretariado para la unidad de los cristianos; “Fe, Cristo, Iglesia”, reflexiones teológicas a partir de la situación, mentalidad y vida de la juventud de hoy, cuyo ponente fue Mons. Klaus Hemmerle, obispo de Aquisgrán; por último, Mons. Mijo Skvorc, obispo auxiliar de Zagreb, ha hablado de: “La acción de la Iglesia al servicio de la fe de los jóvenes”, acciones de los jóvenes y de las comunidades eclesiales, y responsabilidad de los obispos.

Aunque han trabajado duro e intensamente, como reconocía el cardenal Etchegaray en el discurso inaugural, a los obispos les resulta difícil hablar de los jóvenes, por ser “tan cambiantes, tan varios, herederos sin herencia, constructores sin modelo, viajeros sin equipaje y sin billete”; porque no se vive ya junto a ellos; quizá porque se les juzga antes de haberlos escuchado, o porque resultan incómodos en virtud de su continua y desconcertante problemática. Han intentado, no obstante, un diagnóstico y ofrecido una respuesta humilde, pero exigente, conscientes de que los jóvenes necesitan más testimonio que palabras y la propuesta del evangelio sin glosa ni alteraciones.

5. DOCUMENTOS DE PUEBLA.

La III Conferencia del Episcopado Latinoamericano, reunida en Puebla (Méjico), del 28 de enero al 13 de febrero de 1979, ha publicado dos importantes documentos: Mensaje a los Pueblos de América Latina y el Documento propiamente dicho, que constituye un análisis de las circunstancias, posibilidades, realidades y esperanzas de evangelización en aquel continente.



El tema central de la Conferencia era éste: “La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina”. De la juventud se habla en distintas partes del documento; pero queremos fijarnos, sobre todo, en el párrafo II de la cuarta parte: “Opción preferencial por los jóvenes”. He aquí el esquema: 1) Situación de la juventud: características de la juventud; la juventud en el cuerpo social; la juventud de América Latina; los jóvenes y la Iglesia. 2) Criterios pastorales. 3) Opciones pastorales: opción preferencial; opciones pastorales concretas que se derivan de esta opción preferencial: comunión y compromiso, formación y participación. Transcribimos los criterios pastorales y lo relativo a las opciones pastorales, en parte.

2) Criterios pastorales

“Teniendo en cuenta la situación de la juventud, se quiere responder a ella con los tres criterios de verdad propuestos por Su Santidad Juan Pablo II: la verdad sobre Jesucristo, la verdad sobre la misión de la Iglesia y la verdad sobre el hombre.

La juventud camina, aun sin darse cuenta, al encuentro de un Mesías, que es Cristo, quien ‘camina hacia los jóvenes’ (Pablo VI). Sólo El hace verdaderamente libre al joven. Este es el Cristo que debe ser presentado a los jóvenes como liberador integral (Gal 5, 1.13; 4, 26.31; 1 Cor 7, 22; 2 Cor 3, 17)...

Los jóvenes deben sentir que son Iglesia, experimentándola como lugar de comunión y participación. Por esto la Iglesia acepta sus críticas, porque se sabe limitada en sus miembros, y los hace gradualmente responsables en su construcción hasta su envío como testigos y misioneros, especialmente a la gran masa juvenil...

El joven con la actitud de Cristo promueve y defiende la dignidad de la persona humana. Por el bautismo es hijo del único Padre, hermano de todos los hombres, constructor de la Igle



sia. Cada vez se siente más ‘ciudadano universal’, instrumento en la construcción de la comunidad latinoamericana y universal”.

3) Opciones pastorales

“3.1. *Opción preferencial...* La Iglesia ve en la juventud de Latinoamérica un verdadero potencial en el presente y en el futuro de su evangelización. Por ser verdadera dinamizadora del cuerpo social, y especialmente del cuerpo eclesial, la Iglesia hace una opción preferencial por los jóvenes en orden a su misión evangelizadora en Latinoamérica.

Por ello esta III Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Puebla ofrece una línea pastoral globalizante: desarrollar, de acuerdo con la pastoral diferencial y orgánica, una pastoral de juventud que tenga en cuenta la realidad social de los jóvenes de nuestro continente; atienda a la profundización y al crecimiento de la fe para la comunión con Dios y con los hombres; oriente la opción vocacional de los jóvenes; les brinde elementos para convertirse en factores de cambio y les ofrezca canales eficaces para la participación activa en la Iglesia y en la transformación de la sociedad”.

En los apartados siguientes se explicitan y concretan las opciones pastorales que se derivan de esta opción preferencial. (El texto completo puede verse en “Documentos de Puebla”, PPC, Madrid 1979, 289-296).

6. BIENAVENTURANZAS DE LOS JOVENES. El obispo de Solsona, Mons. Moncada, las ha escrito.

Bienaventurados los jóvenes, que no estáis contentos de cómo se va estructurando este mundo que aún hace más pesados los males que agobian a los hombres.

Bienaventurados los jóvenes, que tenéis un concepto claro de que los hombres no somos cosas.



Bienaventurados los jóvenes, que sabéis y podéis escapar del consumismo y del erotismo alienador.

Bienaventurados los jóvenes hartos de “diversión”, que buscáis el oxígeno de la montaña o del mar, del gozo y de la fiesta.

Bienaventurados los jóvenes, que habéis tenido la suerte de descubrir el verdadero Jesús de Nazaret entre tantas imágenes falseadas.

Bienaventurados los jóvenes, que creéis en Jesús, en la originalidad del Evangelio, en el Amor operativo, y a su luz revisáis vuestras actitudes.

Bienaventurados los jóvenes de corazón generoso, que vivís gratuitamente para los demás con disponibilidad y alegría, al servicio de los más pequeños y de los más pobres.

Bienaventurados los jóvenes, que sois testimonio de hermandad contagiosa en un mundo dividido y enfrentado.

Bienaventurados los jóvenes valientes y humildes, que habéis encontrado en Jesús de Nazaret el amigo que os da la mano y ahora queréis seguirlo sin miedo hasta lo más alto del camino.

Bienaventurados los jóvenes “llamados” por Jesús a que vuestra vida sea una “llamada” para todos los hombres de todas las razas.

Bienaventurados los jóvenes, que os sabéis enviados por El —como los “doce”— para proclamar gozosamente la Buena Nueva, ser ministros de la Eucaristía y pastores de una Iglesia renovada y viva.

Yo os felicito.

2. Colecciones de libros sobre y para la juventud

1. EDICIONES PAULINAS. De sus múltiples colecciones, destacamos la denominada “Tres series”, que abarca tres secciones:
 - Testimonio.
 - Formación.
 - Novela.



Recomendamos también la lectura de los volúmenes publicados en la colección "La familia".

2. EDICIONES SIGUEME. Aquí reseñamos sólo las más pertinentes:
 - Colección SEPTIMO SELLO.
 - Colección PEDAL.
 - Colección HINNENI.
 Entre las editadas por "Sociedad Educación Atenas, S.A.":
 - Colección TESTIGOS DEL HOMBRE.
 - Colección TEMAS VIVOS.
 - Colección CONOCER AL HOMBRE.

3. EDICIONES DESCLEE DE BROUWER, Bilbao. Especial interés reviste para los jóvenes la:
 - Colección "El credo que ha dado sentido a mi vida".

3. Educación y formación de la juventud

Nuestra selección bibliográfica busca simplemente facilitar a los padres, educadores y a los propios jóvenes las obras más recientes y más al alcance de sus posibilidades medias. Naturalmente espeja las prioridades y "gustos" del recensor.

1. AFFEMANN, Rudolf, *La sexualidad en la vida de los jóvenes*. Manual para padres y educadores. Sal Terrae, Santander 1979, 287 pp.
 La educación para el amor y para la verdadera responsabilidad sexual no puede contentarse con una explicación de las técnicas sexuales, sino que debe orientar hacia la realidad total de la persona. Esta es la educación de la que habla este libro, en el que se presentan los aspectos psicológicos, sociales, biológicos, médicos y éticos de la educación sexual en las diversas etapas evolutivas de la vida humana, desde la niñez hasta la juventud. El autor, doctor en medicina, teología, sociología y pedagogía, recurre a



la amplia experiencia de sus muchos años de consejero y terapeuta. Por eso sabe encontrar el tono exacto en que hoy se puede hablar con los jóvenes acerca de todas las cuestiones que plantea el auténtico desarrollo sexual.

2. **BERSET, Agustín**, *Orientación moral no directiva de los jóvenes de 16-20 años*, Sal Terrae, Santander 1977, 159 pp.

El autor pretende analizar la actitud educativa del adulto respecto a los jóvenes; consecuentemente, intenta ser una reflexión destinada a los adultos, padres y educadores, que tienen la misión de orientar a los jóvenes. Con el término “orientar” Berset indica que la actitud educativa durante la primera juventud consiste esencialmente en apelar a los recursos, a las riquezas, a las posibilidades de los jóvenes. De aquí el alcance y contenido de su tesis: “La manera de vivir y de evolucionar de los jóvenes depende, en gran parte, de la calidad de la actitud de los adultos respecto a ellos. Estos, por un diálogo de ayuda que respete su verdadera libertad, favorecen, entre los jóvenes, un mejor conocimiento de sí mismos; esa toma de conciencia del yo profundo es para ellos el mejor camino de acceso al estado adulto auténtico”. En la obra queda muy en evidencia que la verdadera y real ayuda del adulto debe situarse en el nivel de la deliberación que precede a la acción.

3. **COPFERMANN, E.**, *Problemas y alternativas de la juventud*, Fontanella, Barcelona, 242 pp.

Estamos ante una acertada y dialéctica interpretación de la llamada “rebelión de la juventud”. El conflicto generacional, cuya presencia se advierte a lo largo y a lo ancho de la historia de la humanidad, adquiere resonancias singulares en las sociedades en transformación y, por consiguiente, deja sentir su incidencia de forma particular en la nuestra. Este conflicto es analizado en esta obra con profundidad y desde los más importantes polos de referencia: la familia, la escuela-cuartel, la orientación e inicia-



ción profesional, los más significativos movimientos y políticas de la juventud, etc. De esta suerte se nos facilitan las claves necesarias para la lectura y superación del problema.

4. CHARBONEAU, Paul-Eugène, *Educación. Problemas de la juventud*, Herder, Barcelona 1979, 289 pp.

La marcha de nuestra civilización está en crisis profunda. Por todas partes, los valores cambian, los antiguos se extinguen, los nuevos no aciertan a definirse. Los jóvenes se sienten obligados a tomar decisiones ante un futuro cuya tónica es una total incertidumbre. Por su parte, los padres no se sienten preparados para enfrentarse con tan compleja situación. El problema de la educación de la juventud se nos presenta como un inmenso interrogante. El conocido autor de esta obra intenta elaborar una respuesta para las cuestiones más apremiantes y la articula en cuatro partes: la familia en transición, la protesta de los jóvenes, juventud y religión, libertad y permisividad. Una cierta precomprensión del enfoque de la obra se puede adelantar simplemente con la lectura de los epígrafes del correspondiente último capítulo de cada parte: el papel que desempeña la familia contemporánea, la función de los padres, cómo restituir Dios a la juventud, características de la permisividad sana. El volumen incluye unas notas bibliográficas abundantes y seleccionadas para cada capítulo.

5. DEL VAL, Juan Antonio, *El inconformismo de la juventud*, BAC Minor núm. 20, Madrid 1961, 175 pp.

El autor analiza las grandes líneas de los movimientos contestatarios de la juventud, sobre todo en sus vertientes positivas: exigencia de mayor fraternidad, libertad, participación en una intensa comunión social, promoción de todos los hombres y de todo el hombre en el contexto de un cristianismo activo y encarnado. En la obra quedan subrayados los rasgos fuertes del inconformismo de los jóvenes, pero también se exorcizan los ángulos negativos de la contestación juvenil.



6. ELL, Ernst, *Educación cara al mundo*, Ed. Paulinas, Madrid 1974, 340 pp.

El autor es muy conocido en los medios de la educación. Todas sus obras tienen atractivo y facilitan enormemente la comprensión de la compleja e intrincada problemática de la educación en sus distintas facetas. El libro que reseñamos ahora está a la altura de nuestro tiempo y presenta una vasta panorámica de temas y modos de comportarse para un educador consciente de su ardua misión. Pretende, en el fondo, poner de relieve que la pedagogía de la orientación religiosa tiene una magnífica ocasión de mejorarse a sí misma y abarcar al hombre en toda su esencia, librándolo de complejos y conflictos.

7. LUEDECKE, Bárbara, *Todo sobre la joven de 12 a 16 años*, Ed. Paulinas, Madrid 1977, segunda edición, 381 pp., con numerosas ilustraciones y fotografías.

La pubertad es un período de transición física, psíquica y espiritual. Las jovencitas tienen reacciones imprevisibles, tienden a los extremos, se sienten incomprendidas, se plantean un montón de preguntas a las que "nadie sabe responder". Este libro intenta salirles al encuentro con serenidad y frescura. El vario y vasto mundo de la joven es abordado con el estilo de una charla: la vida, el amor, el cuerpo, el mundo de los estudios y del trabajo, el uso del dinero, la belleza, el empleo del tiempo, las relaciones sociales, etc. La presentación esmerada, la profusión de grabados y fotografías invitan a la lectura y la hacen más fácil al mismo tiempo que ayudan a interiorizarla.

8. MEVES, Ch., *Juventud manipulada y seducida*, Herder, Barcelona 1974.

Ya en el título se indican las causas de las actuales desviaciones de la juventud: la manipulación y la seducción. Las corrientes emancipadoras de la juventud han desembocado en el característico "desamparo neurótico" de nuestros días, cuyo origen



proviene de deficiencias educativas familiares y escolares. La autora, especializada en psicología y pedagogía psiquiátrica, insiste mucho en que el abandono de la madre constituye la raíz de este desamparo neurótico y adopta una postura firme en defensa de la religión como puntal educativo. El psicoanálisis de hondura conduce siempre a un centro extraño, donde es posible descubrir asombrosamente el ser de Dios.

9. PUYO, Jean-LE DU, Jean, *Tiempo de amar*, Ed. Paulinas, Madrid 1975, 320 pp.

Una filigrana. Este libro, no cabe duda, es una verdadera filigrana de confección, estilo, fotografías y contenido. Por todas sus páginas rezuma buen gusto, sensibilidad exquisita y optimismo, precisamente en un momento en que tanta bazofia, adobada de superficialidad y mal gusto, se ofrece a diario a los ojos y a las mentes de todos. Los autores, catedráticos en el Instituto Católico de París, han seleccionado, a lo largo de ocho espléndidos capítulos, los mejores textos sobre el encuentro amoroso, el vivir juntos, el cuerpo y el amor carnal, el hijo, etc. La lírica hispánica está perfectamente representada por los nombres de Pablo Neruda, Miguel Hernández, Carlos Fuentes, Juan Ramón Jiménez, Gabriel Celaya y con la "Oda a la pareja" de Vicente Aleixandre. Es un libro válido para todos; pero especialmente para los jóvenes, los novios, las parejas jóvenes y menos jóvenes que están a punto de descubrir o han experimentado que vale la pena vivir para amar y para ser amado.

10. REINPRECHT, H., *Educación con optimismo a la juventud*, Herder, Barcelona 1974, 307 pp.

Se trata de una obra que encarna una actitud optimista frente a los múltiples y graves problemas que origina la educación de los jóvenes. Por otra parte, el autor no ha querido escribir un libro teórico, sino más bien práctico y divulgador. La obra se estructura a base de una introducción, un breve epílogo y seis partes:



problemas de la pubertad, libertad y autoridad, educación sexual, problemas escolares, educación física y espiritual, educación social. En cada capítulo hay una parte dedicada a los chicos y otra a las chicas. Sorprende agradablemente la importancia otorgada a un factor formativo tan descuidado siempre por la moderna educación “neutra”: la religión. Subrayamos también una idea dominante y constantemente reiterada: la juventud es el espejo de las deficiencias de los adultos. Naturalmente, los ambientes descritos son predominantemente germánicos, austríacos y alemanes.

11. SEELMANN, Kurt, *Los jóvenes ante la vida*. Desarrollo físico, psicológico, sexual y orientación profesional de la juventud moderna, Ed. Paulinas, Madrid 1977, 328 pp.

Seelmann es un pedagogo enamorado de su profesión y rico en éxitos. Los miles de conferencias y sus continuas publicaciones giran siempre en torno a una intuición fecunda: la información y educación preventivas son más importantes que la terapia curativa. La obra está dirigida a los jóvenes y a los jóvenes que han rebasado el umbral de la pubertad; a los padres de chicos y chicas que se encuentran entre los 15 y los 19 años; a todos aquellos que se ocupan de la generación de esta edad: profesores, educadores, asistentes sociales, consultores pedagógicos, etcétera. La temática queda sugerida en el subtítulo y constituye una incitación a adentrarse en su lectura. Fotografías a toda plana e ilustraciones, a la vez que una presentación exquisita, hacen más grata la tarea.

12. VARIOS, *Todo sobre el joven*, Ed. Paulinas, Madrid 1976, 320 pp.

Este volumen quiere ser un verdadero amigo del joven y un compañero de viaje por su mundo de ilusiones y esperanzas. Los autores —cuatro especialistas en su género— tocan los principales temas que pueden interesar al joven de hoy. He aquí los principales: los cambios externos e internos que se verifican en



el joven; los fenómenos del desarrollo físico, psíquico y sexual; las tensiones en el ámbito de la familia; el sentido de la libertad y de la individualidad; los temas de la amistad y de la sociabilidad; el tema de las chicas, la sexualidad y el amor, en una perspectiva de maduración personal plena. Son muy útiles las sugerencias prácticas sobre el modo de afrontar el porvenir, la educación, el oficio o profesión, el servicio militar, la participación activa en la política. Hay también un capítulo breve pero denso dedicado a los medios de información (mass-media), al fenómeno de la droga, al turismo. Por fin, dos capítulos variados y muy agradables abordan los problemas del tiempo libre y del deporte. La obra está presentada con el mimo que caracteriza a esta colección FAMILIA, con abundantes fotografías e ilustraciones.

4. Escuchar a los jóvenes

1. LAMBERT, P. y M., *Hablan los jóvenes...*, Studium, Madrid 1973, 221 pp.

Son múltiples y serias las reservas que se aducen frente a los sondeos de opinión. La encuesta recogida en este volumen se realizó en Francia por pequeños grupos separados: jóvenes de distintas creencias, profesiones y medios; padres de distinta condición y posición social; personas pertenecientes al medio rural y urbano. En la primera parte, se presentan las opiniones de los encuestados a la par que se ofrece un análisis breve de las mismas, discerniendo sus valores positivos y negativos. En la segunda, a partir de las opiniones recogidas, se hacen algunas sugerencias muy concretas para llegar a una mayor comprensión entre padres e hijos. Queremos acentuar el interés que reviste el análisis y discernimiento de las actitudes de los jóvenes. No podemos olvidar que, junto a valores muy positivos, tales actitudes espejan, frecuentemente, un debilitamiento o ausencia de sentido moral. También hay que subrayar los elementos que



brinda para superar la incomunicación de las generaciones. Un libro, por tanto, muy útil para jóvenes, padres de familia y educadores.

2. MORALEDA, Mariano, *Actitud religiosa de los adolescentes*, Bruño, Madrid 1977, 471 pp.

“He aquí un volumen dedicado a la prospección psicológico-religiosa de un grupo de 1.916 adolescentes, estudiantes de primero y segundo curso de BUP y de COU, sobre un tema concreto, que permite posteriormente determinar las coordenadas y condicionantes de lo que hemos venido en llamar formación religiosa de nuestros adolescentes... El volumen es el fruto de un trabajo empírico y experimental, riguroso, metódico y matizado en una serie de conclusiones que serán indispensables para quien quiera posteriormente iniciar algo en el insólito campo de la religiosidad juvenil española. Sus conclusiones y perspectivas pedagógicas finales servirán a todo aquel que, de cerca o de lejos, se dedique a este campo pedagógico de acción pastoral”.

3. MORALEDA, Mariano, *Vida sexual de los adolescentes españoles*, Ed. San Pío X, Madrid 1977, 155 pp.

El autor usa el material recogido en una encuesta, aplicada a una muestra de adolescentes, alumnos de 40 centros del Estado y de la Iglesia, pertenecientes a diversas provincias. De los 2.000 protocolos entregados en mano, cuya contestación se debía hacer anónimamente y por correo, fueron cumplimentados 1.176: 558 chicos y 618 chicas, de 13 a 17 años. Utiliza igualmente otros datos obtenidos a través del sondeo directo de diversos grupos de adolescentes españoles y a través de la revisión médica en distintos centros escolares. La obra llena una laguna en el ámbito español. Su seriedad y carácter científico es innegable; pero se ha cuestionado su valor pedagógico y, en algunos casos, la lectura neutral (?) de los datos. Como no podemos hacer un estudio profundo del libro, hemos de decir lealmente



que no han sido suficientemente elaborados e interpretados los “valores religiosos y sociales en la actitud ante lo sexual de los adolescentes españoles”; hemos de reconocer una lectura en cierto modo “ingenua” y poco crítica al describir la marcha de “los adolescentes hacia una nueva actitud ante lo sexual”, no obstante la interrogación del epígrafe y las reservas con reservas que avanza; hemos de resaltar el silenciamiento de la incidencia de la religión, y especialmente de la fe, en la auténtica educación sexual, a nivel de criterios y de experiencia, a la hora de establecer los “fundamentos de una educación sexual en la adolescencia”. Sobre todo si se tiene en cuenta el medio español de los encuestados y del autor y editores de la obra. Libro discutido y discutible, indudablemente, en algunos puntos; pero sin que sea preciso rasgarse las vestiduras por ello. Deseamos que la polémica dé paso a otros estudios complementarios que al menos tengan la misma seriedad y rigor científico que el reseñado.

4. ONIMUS, J., *La rebelión juvenil, asfixia y grito*, Fax-Marova, Madrid 1973, 156 pp.

Onimus es un educador por formación y sobre todo por instinto, con una capacidad de imaginación que sorprende a cada paso. De ahí que en la redacción de las cuatro primeras partes del libro: el enfrentamiento, la prosificación, el suplicio escolar y la poesía, se deje arrastrar por sus sueños. Se ha de llegar a un hombre libre, capaz de creer que las verdaderas transformaciones son imprevisibles y espirituales. Hay que restaurar el trabajo auténtico, que es artesano, producto y creación al mismo tiempo, y se ha de confiar en que la juventud acabará por descubrir el verdadero amor, porque busca con entusiasmo y sinceridad. El gran dolor de Onimus brota al pensar que, acaso, no se llegue a esta época sin dolor y sin enfrentamientos. La obra es un canto de fe en el futuro, y con ella quiere asumir el dolor que le produce la rutina que la ciencia ha inscrito en la vida de la sociedad.



5. BOHIGUES, R., *Análisis de la juventud contemporánea*, Universidad de Sevilla, Sevilla 1975, 183 pp.

El P. Bohigues, especialista en los temas de juventud, afronta el problema con gran lucidez, con la posible objetividad y con una enorme valentía. En la primera parte analiza sociológicamente y con mucha precisión las características de la personalidad juvenil; la segunda estudia los movimientos revolucionarios de nuestro tiempo (la contracultura, lo psicodélico, la contestación, la revolución sexual, el revival religioso, etc.); en la tercera, el autor se limita a realizar una llamada general de comprensión para la juventud que, en lo religioso, tiene todavía una gran andadura por hacer, como apuntan los movimientos y fenómenos religiosos juveniles hoy operantes. Se trata de un libro polémico, pero que se lee de una sentada. Se nos impone, pues, como sugiere el prólogo, un rasgo común de esperanza, de anhelo, de lucha, para poder situar este fenómeno y este problema en el marco adecuado de una sociedad más justa, menos racionalizada, menos egoísta y más entregada al servicio del prójimo.

6. STRAETLING, Barthold y Helga, *¿Los jóvenes contra la Iglesia?*, Ed. Paulinas, Madrid 1972, 176 pp.

Las crisis de fe y rebeldía contra la Iglesia en los años de la pubertad no son cosa nueva; pero es nueva, y para muchos abrumadora, la experiencia de que hoy no se apartan de la fe y de la Iglesia sólo los jóvenes que han tenido una educación religiosa poco esmerada. Los motivos de este fenómeno no pueden achacarse sólo a los padres, como hacen muchos. Es preciso ir al fondo de la cuestión y preguntarse por los orígenes, dificultades y dinámica de semejante crisis de fe. Para analizar la situación, los autores de esta obra se basan en numerosos diálogos mantenidos con jóvenes; diálogos que permiten llegar a ciertos resultados que, si bien no son representativos de la totalidad, no por ello dejan de ser significativos. Pero, al mismo tiempo,



pretenden ayudar a los jóvenes a que tomen una opción críticamente asumida de la fe y de un compromiso en la Iglesia y por la Iglesia, y facilitar a los padres y educadores la ardua tarea que en este ámbito les compete.

7. COMISION EPISCOPAL DE PASTORAL, *Juventud-1975*, Secretariado Nacional de Catequesis, Madrid 1975, 296 pp. (Con bibliografía).

Es el informe sobre la juventud española, que los obispos de esta Comisión encargaron al Instituto Calasancio de Ciencias de la Educación. El "informe" está estructurado en tres partes: "Datos estadísticos y antropológicos", que sitúa en el tiempo y en el espacio psico-sociológicos a la población juvenil española; "Fe y religiosidad" ofrece, en seis grandes capítulos, la panorámica religiosa de los adolescentes y jóvenes españoles, con su correlativa problemática; en la tercera parte se tratan específicamente algunos aspectos de las cuatro realidades más importantes de la vida juvenil: la familia, el trabajo, el tiempo libre y los fenómenos de marginación. Se reseña, por último, la copiosísima bibliografía utilizada en la elaboración del informe. Contamos, por consiguiente, con un indispensable y útil instrumento para la aproximación al tema y para la elaboración de una pastoral realista y viable de cara a la juventud.

5. Espiritualidad juvenil

En este sector, la literatura, más o menos, más bien menos, lúcida, crítica y serena es inabarcable e inabordable. El tópico de remitir a los boletines bibliográficos, siempre incompletos y no del todo "objetivos", está plenamente justificado y legitimado en esta oportunidad. Con esta "mala conciencia", por consiguiente, recogemos aquí algunas de las obras que los editoriales nos han remitido y que consideramos indicadoras de los distintos derroteros y veneros de la espiritualidad juvenil de nuestros días.



1. ALAIZ, Atilano, *La amistad es una fiesta*, Ed. Paulinas, Madrid 1978, séptima edición, 168 pp. (Primera edición: 1976).
Un libro jugoso sobre la amistad. El “leitmotiv”: el hombre es un ser abierto a la comunicación. Vivir es convivir. La amistad no es sólo posible, sino imprescindible para la plenitud y desarrollo de la persona. ¿Somos diferentes los españoles de cara a la amistad? Los prejuicios y tabúes van cayendo... Salir del egocentrismo hacia la tierra nueva de la amistad es un parto doloroso, pero se experimenta que la “fiesta ha comenzado” en la vida. Vivir en plenitud es fruto de la dinámica interna de la verdadera amistad.

2. ALUFFI, Aldo, *Vivir el evangelio de cada día*, Ed. Paulinas, Madrid 1978, 252 pp.
Esta obra más que un libro es una vida. Requiere, pues, en los lectores una disponibilidad nueva: no es un libro que desde la teoría quiere llegar a la práctica. El camino inverso es el adecuado: de la vida práctica, de lo que se vive momento a momento, se pasa a algunos principios fáciles. En este sentido se ofrece como una pedagogía, tal vez el método más “humano” que se pueda dar, para la práctica de la meditación y de la contemplación. Decimos intencionadamente “pedagogía”, ya que se trata de ayudar a que cada uno encuentre el ritmo que le permita un crecimiento gradual y constante. El decálogo de la meditación que cierra el pequeño volumen puede resultar singularmente sugestivo.

3. BARBOTIN, Edmond, *Creer*, Ed. Paulinas, Madrid 1975, 168 pp.
La inquietud y la agitación de los jóvenes manifiestan que, por encima del materialismo del Este y del Oeste, por encima de todo el confort y de los placeres, por encima de la comodidad que ofrece el mundo técnico, se sigue planteando con renovada agudeza la cuestión sobre el sentido de la vida. El hombre tiene necesidad de valores supremos, de razones humanas y



sobrehumanas para sobrevivir. El modesto objetivo de esta obra es intentar dar una respuesta a las cuestiones que se plantean los jóvenes cristianos en el momento actual en que su fe madura trata de esclarecerse, en el momento en que se decide el sentido profundo de la vida de un hombre. El pequeño y pulcro volumen constituye una guía adecuada para amar en la fe y para celebrar el misterio de la fe.

4. BLAZQUEZ, Feliciano, *Líderes revolucionarios negros*, Ed. Paulinas, Madrid 1974, 263 pp.

Es la historia de un largo recorrido, camino de la libertad. Hay gritos y silencios, palabras y disparos, odio y amor, muerte y vida. Hay mártires del racismo, caídos en la lucha por el hombre, por su dignidad y rehabilitación. Son líderes, estrellas en la noche, moisés en el desierto de la opresión. Representan un horizonte abierto a la esperanza. Una selección de textos permite acercarse a la vida y a la experiencia de estos líderes.

5. BARREAU, Jean-Claude, *La oración y la droga*, Ed. Paulinas, Madrid 1974, 120 pp.

¿Qué palabra suscita más contrasentidos que la de "oración"? Disgustados con las caricaturas que arrastra un cristianismo des-cristianizado, la mayor parte de los occidentales han olvidado que la oración es posiblemente la actitud fundamental del hombre, sea o no creyente. El autor, que suele traducir al lenguaje de los incrédulos las realidades del cristianismo que ya no se expresan más que en un lenguaje esclerotizado, incomprendido por los mismos creyentes, utiliza el tema de la droga como "revelador": la oración y la droga son frecuentemente asimiladas una a otra por los enemigos de la fe. Mostrando en qué se parecen y en qué difieren, el autor nos ayuda a la vez a interpretar mejor el deseo de la droga y a comprender mejor lo que es la oración. Y está convencido de que el hombre no tiene ya elección más que entre estas dos realidades: o nos



intoxicamos más y más con las drogas de la sociedad post-industrial o mantenemos el mundo “abierto” mediante la oración. Se explica entonces la sugestión y el atractivo que de nuevo comienza a tener el fenómeno carismático.

6. CASTELLANOS, N., *Encuentros de juventud*. Celebrar la vida, PPC, Madrid 1978, 416 pp.

La oración del adolescente es distinta de la del niño y de la del adulto, como lo son igualmente las diversas manifestaciones de toda su conducta. El autor intenta ofrecer un cauce nuevo de manera que cada acto religioso sea un “encuentro”: encuentro con Dios, con el mundo religioso, con las personas y la vida de la sociedad, consigo mismo. Las fuentes del “encuentro” son fundamentalmente la palabra de Dios y todas las manifestaciones de la vida: los acontecimientos, los hechos, el mundo de la canción moderna, algunos líderes de la humanidad y del pueblo de Dios. Una gran cantera de materiales, pues, para estructurar y vertebrar auténticas celebraciones en que la fe y la vida dejan percibir sus voces y permiten experimentar la plenitud integradora de la existencia cristiana.

7. GONZALEZ, José Luis, *La alegría de darse a los demás*, Ed. Paulinas, Madrid 1979, cuarta edición, 208 pp.

Realmente la Madre Teresa, conocida sencillamente en todo el mundo por su nombre, representa en nuestro tiempo un fenómeno muy interesante. Cuando aparece una persona de su talante y de su catadura, uno se siente provocado a reconciliarse con la humanidad. Este libro transmite fielmente el mensaje de Dios a través de la Madre Teresa a los complicados y neurotizados hombres de hoy. El mensaje posee una extraña fuerza de persuasión: la de las palabras precedidas y ratificadas por gestos de amor muy elocuentes. La propia Madre Teresa explica con sencillez el “encanto” del mismo. “Me veo rodeada por una creciente insistencia a tomar la palabra en público. Eso me re-



sulta un poco violento... ¿Cómo me las arreglo? Cierro los ojos y hago así —dice, trazando una cruz sobre los labios—. Luego dejo que El hable, y no hago más que seguir su inspiración. No me fijo mucho en quiénes me están escuchando. Tiendo la mirada adelante sobre sus cabezas. Quiero dar libre salida al mensaje de Dios”.

8. LASSIER, Suzanne, *Gandhi y la no-violencia*, Ed. Paulinas, Madrid 1978, segunda edición, 223 pp.

Situándose a igual distancia de la hagiografía y de las opciones políticas, la autora evoca las etapas sucesivas y el entorno de Gandhi, señala la fuerza y los límites de la no-violencia en el corazón y las realidades espirituales e históricas de la India. El vocabulario y la cronología de la peripecia vital de Gandhi facilitan la comprensión de la personalidad y la obra de este hombre extraordinario, que constituye un momento estelar en el tiempo que nos ha tocado vivir.

9. LOIDI, P.-REGAL, M., *Gritos y plegarias*, DDB, Bilbao 1978, 503 pp.

Es un libro, como el subtítulo explica, de canciones y plegarias, de salmos, testimonios y páginas fuertes. Persuadidos los autores de que la canción, el arte y la fiesta ejercen una gran influencia en todos los órdenes de la vida, advierten, asimismo, que hoy se está subrayando desde diversas perspectivas la fuerza desinhibidora y utópica que desencadena la fiesta del pueblo. Otro tanto puede decirse de la oración y la celebración cristiana. Tres criterios han presidido la recogida de material: un mínimo de calidad artística; la elección de textos con hondura evangélica en línea de fe y de compromiso; preferencia por textos que fueran útiles a la hora de orar y celebrar, aunque no fueran explícitamente cristianos. Un apéndice sobre el lenguaje religioso y dos índices facilitan el uso de tan abundante



material para catequesis, retiros, fiestas, etc. Una edición reducida recoge las tres primeras secciones de la edición completa: canciones, salmos y plegarias.

10. M. DE SICILIA, Margot, *Cuando los perros hablan*, Ed. Paulinas, Madrid 1978, 210 pp.

Este libro encantador y pulcramente presentado es “una historia de perros... y de tantos seres humanos...”. La autora, con profunda psicología y estilo palpitante, nos ofrece una serie de cuadros, fruto de lo que ha visto y observado. Chico, el perro callejero, y Piter, el caniche burgués, son los protagonistas de la obra. Probablemente nos veremos representados nosotros en ellos. Chico y Piter dialogan, discuten, hablan de muchas cosas: de la violencia, del amor, de la convivencia, del conflicto de generaciones, de la justicia, de la libertad... Ambos van aprendiendo juntos por los senderos de la vida. Son amigos fieles del hombre. No le traicionan ni le ocultan la verdad. Con sus apreciaciones sobre el “homo sapiens” no pretenden moralizar ni dogmatizar. Simplemente hablan con el corazón en la mano de lo que ocurre en la vida. Y “cuando los perros hablan...”, tal vez merezca la pena escuchar. He aquí, pues, un auxiliar ameno y fecundo para la educación en la convivencia.

11. PLAZA, Manuel, *Ejercicios ignacianos y pedagogía de la fe para jóvenes*, Sal Terrae, Santander 1978, 213 pp.

Los Ejercicios de san Ignacio son un método genial para llegar a la experiencia de fe. Como todo método puede ser mal empleado y así ha sucedido con frecuencia. M. Plaza tiene una larga experiencia de Ejercicios con y para jóvenes. Por eso nos dice lo que los animadores han de tener en cuenta antes, en y después de estas experiencias espirituales. Nos da las claves del método y, además, el contenido de los Ejercicios aplicados a jóvenes. A través de 38 temas, divididos en dos etapas, nos brinda un método práctico, que dosifica y ensambla la expe-



riencia humana de los jóvenes con la reflexión personal y de grupo, con la oración. Cuantos trabajan pastoralmente en el mundo de los jóvenes cuentan así con un camino abierto que han de andar imaginativamente.

12. SANCHEZ-RIVERA PEIRO, Juan M., *Manifiesto de la nueva humanidad*, Ed. Paulinas, Madrid 1978, 221 pp.

El hombre que conocemos, el hombre que somos no es más que un boceto de lo que el hombre puede ser. Este es el mensaje fundamental del "Manifiesto". Dicho de otra manera: el concepto de persona, fundamental en el pensamiento occidental, no agota las posibilidades del hombre. En consecuencia, el hombre nuevo que se esboza en el "Manifiesto" es el hombre que vive en el espacio y en el tiempo sin por eso agotar su vivir en las coordenadas espacio-temporales. El hombre nuevo es el hombre que utiliza todas sus potencialidades no para separarse de los demás, sino para crear una nueva integración en la que no se pierde sino que se realiza más profundamente. La obra consta de dos partes: en la primera, encontramos el texto del "Manifiesto" y un comentario, que glosa las actitudes básicas y los grupos humanos de la Nueva Humanidad; la segunda presenta la nostalgia de Unidad, la Revolución y el Diálogo en el marco de aquélla y como respuesta a quienes preguntaban por las líneas fundamentales del "Manifiesto". Constituye una invitación a conocernos mejor y a seguir creciendo. Pero la obra tiene que ser leída con el talante abierto con que está escrita, desde la fe en el hombre.

13. SOELLE, Dorothee, *Sufrimiento*, Sígueme, Salamanca 1978, 180 pp.

Podemos cambiar las condiciones sociales que padecen los hombres. Podemos paliar e incluso suprimir el sufrimiento, que todavía hoy se produce en beneficio de unos pocos. Pero en todos estos caminos tropezamos con fronteras que no se dejan



atravesar. La muerte es una de ellas; pero están también el embrutecimiento y la falta de sensibilidad, las mutilaciones y las heridas que ya no se pueden eliminar. El único medio de traspasar estas fronteras es compartir el dolor con los que sufren, no dejarlos solos y hacer más fuerte su grito. Como señala Dorothee, es posible ayudar a llevar la carga a pesar de toda afirmación sobre la soledad última del hombre. “Quien ayuda a otro es Getsemani; quien consuela a otro es boca de Cristo”.

14. THICH NHAT HANH, *Claves del Zen*, Sígueme, Salamanca 1978, 137 pp.

Muchos hombres de hoy, especialmente los jóvenes, sienten la llamada y la atracción de la espiritualidad oriental. Frecuentemente todo se queda en un cierto snobismo y superficialidad, en un fenómeno más de consumismo. Estas *Claves del budismo zen* nos ofrecen una descripción y análisis del budismo zen desde dentro, a nivel de una práctica a la vez personal y comunitaria, vivida cotidianamente. En lugar de contentarnos con una presentación más o menos para turistas, aquí podemos caminar tras el autor y con él, lo que constituye un privilegio, porque el zen es ante todo “una manera de vivir”. Una manera de vivir que hunde sus raíces más profundas en la incontenible necesidad que siente el hombre moderno de una existencia más auténtica. Porque la verdadera felicidad no consiste en el consumo apresurado de bienes pagados con el sufrimiento, el hambre y la muerte de otros, sino en una vida iluminada por el sentimiento de responsabilidad constante para con el prójimo.

6. *Números monográficos de revistas*

1. CONCILIUM 106 (1975), *Los jóvenes y el futuro de la Iglesia*.

El número tiene grandes atractivos y no defrauda. La primera parte la componen cuatro artículos, que tratan de delimitar el fenómeno “juventud” hoy; en la segunda parte, se recogen al-



gunos testimonios de jóvenes, que expresan su descontento ante la Iglesia constitucional: pueden parecer excesivamente negativos y, desde luego, no pretenden ser representativos de toda la juventud; tres conocidos autores, en la tercera parte, se proponen dilucidar algunas de las implicaciones teológicas que sugiere la reflexión sobre la juventud y la Iglesia. Finalmente, los boletines se hacen eco del concilio de los jóvenes de Taizé y del movimiento de "retorno a Jesús"; también se encuentra un informe muy documentado sobre las crisis de las vocaciones sacerdotales en el mundo.

2. DOCUMENTACION SOCIAL 33/34 (dic.1978-marzo 1979), *Inadaptación y delincuencia juvenil*.

El volumen es fruto del simposio organizado por Cáritas Española en Madrid, del 14 al 17 de noviembre de 1978. Asistieron y participaron más de 500 personas (educadores, profesores, universitarios, padres, miembros de organismos públicos e instituciones, etc.) para, a lo largo de 22 ponencias, comunicaciones y coloquios, estudiar en profundidad la problemática, actual y preocupante, de los jóvenes españoles en procesos de inadaptación y delincuencia. La problemática se estudió desde tres perspectivas: causalidad, consecuencias y tratamiento. Realmente se encuentra uno, pues, ante un material abundantísimo, riquísimo y muy plural tanto como por lo que concierne a los aspectos científicos como a las diversas experiencias de tratamiento. En clave cristiana, tal vez sea conveniente resaltar aquí el trabajo del obispo A. Iniesta, "Interrogantes a la pastoral juvenil de la Iglesia ante la inadaptación y la delincuencia", dividido en dos partes: actitudes fundamentales de la Iglesia en relación con el mundo joven; algunas líneas de acción de la Iglesia en relación con el mundo joven. No dudamos en recomendar, pues, este número de "Documentación social" a cuantos, directa o indirectamente, se sienten interesados e implicados en la problemática y vida de los jóvenes.



3. MISION ABIERTA (1976/5), *Los jóvenes, nuevo frente de evangelización.*

La revista se ha acercado al mundo juvenil, tan polifacético y complejo, para abordarlo desde el ángulo de la evangelización y de la fe. Este abordaje se realiza en tres tiempos: se comienza por estudiar algunos de los múltiples aspectos de la realidad juvenil; luego es la juventud misma la que toma la palabra para decirnos a través de sus documentos cómo es y cómo piensa; por último, ofrece algunas perspectivas de acción evangelizadora entre los jóvenes. El abanico de posibilidades, experiencias y voces es muy grande, y se ofrecen una serie de pistas y líneas de acción sugestivas e interesantes para cuantos deseen complicarse la vida y la fe en este sector tan desertado y tan hambriento de evangelización.

4. PASTORAL MISIONERA 14 (1978/8), *Los jóvenes, difícil realidad.*

En la presentación se dice abiertamente que “este número nos deja insatisfechos; matizando más, diríamos que nos deja especialmente insatisfechos”. Los encargados del número deseaban ofrecer una descripción más vasta del panorama juvenil: jóvenes marginados, jóvenes neofascistas, jóvenes en grupos carismáticos-pentecostales-neocatecumenales, etc. No obstante, la sección “Realidades y experiencias” permite un cierto conocimiento de la juventud aquí y ahora. En la sección “Ideas y orientaciones” encontramos una triple teorización sociológica, teológica y pastoral respecto a las experiencias de acción juvenil. Un par de “Testimonios” sobre la confirmación y unas jornadas de Pastoral rural completan el bloque del número dedicado al tema monográfico. Como en otras ocasiones, hemos de reconocer que PM deja ese regusto de la insatisfacción, por lo demás tan valientemente reconocido en este caso por los editores, tal vez por la pretensión de querer abarcar mucho en las ochenta páginas no apretadas que se ocupan de fenómeno tan intrincado y tan cambiante como el de la juventud.



7. *Movimientos juveniles religiosos*

1. CHICO GONZALEZ, Pedro, *Movimientos juveniles religiosos*: EDUCADORES 78 (1974) 329-52.

Asistimos en el mundo a un espectáculo juvenil de creciente interés. Una oleada de espiritualidad conmueve masas de adolescentes y jóvenes: masculinos y femeninos, occidentales y orientales, cristianos y no cristianos, universitarios y no intelectuales. El artículo —consta de cuatro partes— intenta una lectura de esta realidad: hechos para la reflexión, en que se analizan los distintos movimientos; causas y significados del acontecimiento; directrices educativas; porvenir de los movimientos religiosos. “Los movimientos religiosos —en palabras del autor— son llamas pasajeras de inquietudes permanentes. A las inquietudes hay que destinar las energías y no a los movimientos”. En las notas se pueden encontrar las apoyaturas bibliográficas suficientes y próximas para profundizar el tema.

2. EL MOVIMIENTO CARISMÁTICO.

Para una aproximación al tema, señalamos los siguientes títulos:

CONCILIUM 129 (1977), *Los carismas*.

LUMIERE ET VIE, *El movimiento carismático*, Ed. Verbo Divino, Estella (Navarra) 1977, 99 pp.

AA.VV., *Los carismas en la Iglesia*, Ed. “Secretariado Trinitario”, Salamanca 1976, 216 pp.

FERNANDEZ, Pedro, *La renovación carismática*. Documentación, Ed. “Secretariado Trinitario”, Salamanca 1978, 228 pp.

Para evitar malentendidos y facilitar una interpretación no reductiva del fenómeno, recomendamos especialmente algunos artículos: R. Vidales, *Carismas y acción política*, en “Concilium”, 359-67 (con bibliografía); J.C. Sagne, *Los carismas y los movimientos carismáticos*, en “Concilium”, 397-401; A. Fierro, *Movimientos carismáticos y movimiento liberador en la actualidad*, en “Los carismas en la Iglesia”, 163-89. Urge subrayar que ambos tipos de movimientos cristianos (el caris-



mático y el de liberación política) están hondamente enraizados en la situación histórica actual, tienen connotaciones de autenticidad y pueden ser complementarios. “Quizá lo que permitirá, en definitiva, optar entre el carisma o la praxis político-liberadora de la fe, será la opción previa entre el camino de la revolución socialista o el de la contracultura como vía efectiva para una sociedad distinta” (A. Fierro).

LIBROS RECIBIDOS

Simplemente elencamos aquí las obras que han llegado hasta CORINTIOS XIII. La reseña oportuna aparece en su momento, a medida que lo vayan imponiendo los “Boletines bibliográficos” que insertamos en cada número.

Las obras las agrupamos por temas, más o menos amplios, a fin de facilitar el acceso a los lectores.

1. Dios y Jesucristo

- BOFF, L., *El rostro materno de Dios*. Ensayo interdisciplinar sobre lo femenino y sus formas religiosas. Ed. Paulinas, Madrid 1979, 308 pp.
- DUQUOC, Ch., *Dios diferente*. Ensayo sobre la simbólica trinitaria. Sígueme, Salamanca 1978, 119 pp.
- GONZALEZ FAUS, J.I., *Acceso a Jesús*. Ensayo de teología narrativa. Sígueme, Salamanca 1979, 226 pp.
- MENDEZ ARCEO, S., *Jesucristo, los pobres, el socialismo y la Iglesia de hoy*, Desclee de Brouwer, Bilbao 1979, 132 pp.
- MONDIN, B., *Cómo hablar de Dios hoy*. El lenguaje teológico. Ed. Paulinas, Madrid 1979, 229 pp.
- QUOIST, M., *Jesucristo, Palabra del Padre*, Sígueme, Salamanca 1979, 115 pp.

- RATZINGER, J., *El Dios de Jesucristo, Sígueme*, Salamanca 1979, 106 pp.
- WIEDERKEHR, D., *Fe, redención, liberación. De la soteriología antigua a la moderna*. Ed. Paulinas, Madrid 1978, 151 pp.

2. La Iglesia

Las obras reseñadas han sido editadas por Ediciones Paulinas, colección "Teología y Pastoral".

- ALONSO, A., *Tres preguntas a la Iglesia*, Madrid 1978, 247 pp.
- BO, V., *La parroquia, pasado y futuro. Análisis de una situación y líneas de una solución*. Madrid 1978, 207 pp.
- BUEHLMANN, W., *La tercera iglesia a las puertas. Un análisis del presente y del futuro eclesiales*. Madrid 1978, segunda edición, 470 pp.
- TAMAYO-ACOSTA, J.J., *Un proyecto de Iglesia para el futuro en España*, Madrid 1978, 326 pp.

3. La vida religiosa

- BOFF, L., *La vida religiosa en el proceso de liberación*, Sígueme, Salamanca 1979, 109 pp.
- LARRAÑAGA, I., *Sube conmigo. Para los que viven en común*. Ed. Paulinas, Madrid 1978, segunda edición, 262 pp.
- METZ, J.B., *Las órdenes religiosas. Su misión en un futuro próximo como testimonio vivo del seguimiento de Cristo*. Herder, Barcelona 1978, 121 pp.
- NICOLAS, A., *El horizonte de la esperanza. La vida religiosa hoy*. Sígueme, Salamanca 1978, 293 pp.
- PICAZA, X., *Esquema teológico de la vida religiosa*, Sígueme, Salamanca 1978, 200 pp.

4. *Espiritualidad*

1. Reseñamos en primer lugar las obras de la colección "Fermentos" de Ediciones Paulinas, Madrid. He aquí los volúmenes publicados:

ALUFFI, A., *Vivir el evangelio de cada día*.

BERNARDO, P.M., *Santa Teresa: la oración y la contemplación*, segunda edición.

BESSIERE, G., *Dios es muy joven*.

BUELMANN, W., *¡Animo, Iglesia!*

FALVO, S., *Alabado seas mi Señor, por el hermano coche*.

MARTI BALLESTER, J., *San Juan de la Cruz: cántico espiritual leído hoy*, segunda edición.

MATURA, T., *El proyecto evangélico de Francisco de Asís hoy*, segunda edición.

RIZZI, A., *Escándalo y bienaventuranza de la pobreza*.

SPINSANTI, S., *¿Iglesia "borracha" o iglesia inspirada?*

—, *Los incómodos compañeros del hombre-masa*.

VOILLAUME, R., *El eterno viviente*.

2. Los volúmenes siguientes han sido publicados por Ediciones "Sígueme".

BIMBI, L., *¿Complicidad o resistencia? La Iglesia en América Latina*. Sociedad de Educación Atenas 1979, 166 pp.

CABODEVILLA, J.M., *El demonio retórico*, Salamanca 1978, 193 pp.

SOELLE, D., *Sufrimiento*, Salamanca 1978, 180 pp.

TICH NHAT HANH, *Claves del zen*, Salamanca 1978, 137 pp.

3. Dos obras muy interesantes de "Ediciones Paulinas", Madrid.

DUNNE, C., *Buda y Jesús*. Diálogos. Madrid 1978, 173 pp.

SANCHEZ-RIVERA PEIRO, J.M., *Manifiesto de la nueva humanidad*, Madrid 1978, 221 pp.



5. Teología

- BOFF, L., *Teología del cautiverio y de la liberación*, Ed. Paulinas, Madrid 1978, 326 pp.
- CORTES, J.B.-GATTI, F.M., *Proceso a las posesiones y exorcismos*. Un análisis histórico, bíblico y psicológico de los demonios, diablos y endemoniados. Ed. Paulinas, Madrid 1978, 311 pp.
- RUIZ DE LA PEÑA, J.L., *Muerte y marxismo humanista*. Aproximación teológica. Sígueme, Salamanca 1978, 209 pp.
- SANCHEZ-RIVERA PEIRO, J.M., *El rostro del hombre*. Teología y psicología en la existencia cristiana. Ed. Paulinas, Madrid 1977, 246 pp.
- SIMON, R., *Fundar la moral*. Dialéctica de la fe y de la razón práctica. Ed. Paulinas, Madrid 1976, 255 pp.
- VARIOS, *Diccionario enciclopédico de teología moral*, Ed. Paulinas, Madrid 1978, tercera edición. (Lleva incorporado un "Suplemento". También se ha editado independiente el "Suplemento" para quienes tienen la primera o segunda edición).

ESCRIBEN EN ESTE NUMERO

TORRES QUEIRUGA, Andrés.— Nació en Aguiño (Coruña), en 1940. Licenciado en Filosofía y Teología por la Universidad de Comillas. Ordenado sacerdote en 1966. Doctor en Teología por la Universidad Gregoriana, en 1973. Profesor de Teología en el Centro de Estudios de la Iglesia, en Santiago de Compostela.

Ha escrito artículos sobre temas teológicos y sobre la problemática socio-religiosa de Galicia. Colaborador en diversos libros sobre la misma temática. Autor de: *“Teoloxía e sociedade en Galicia”* (SEPT, Vigo 1974); *“Constitución y Evolución del Dogma. La teoría de Amor Ruibal y su aportación”* (Marova, Madrid 1977); *“Recupera-la salvación”* (SEPT, Vigo 1977).

Director de ENCRUCILLADA. Revista Galega de Pensamiento Cristián (editada en El Ferrol).

GARCIA MONJE, José Antonio.— Nacido en 1934. Ingresó en la Compañía de Jesús en 1954 y se ordenó en 1966. Licenciado en Filosofía y Teología. Diplomado en Teología Pastoral Catequética y en Psicología Pastoral. Publica habitualmente artículos en *Sal Terrae*, de cuyo consejo de redacción forma parte, y en revistas especializadas de catequética y pastoral. Es profesor de la Pontificia Universidad de Comillas, del Instituto Superior de Ciencias Religiosas y Catequéticas y del Instituto Superior de Pastoral.

APARISI LAPORTA, Antonio.— Nació en Valencia, el año 1936. Diplomado por el Instituto Lumen Vitae, de Bruselas, y por el Instituto Católico de París. Profesor en el Instituto



Superior de Pastoral y en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas y Catequéticas. Ha publicado: *“El Plan de Pastoral de Adolescentes”*, *Odres Nuevos*, en ed. Marova; *“Invitación a la Fe”*, en ed. ICCE.

FERNANDEZ MARTOS, José María.— Nació en Córdoba, el 22 de junio de 1935. Doctor en Psicología y licenciado en Filosofía y Teología. Profesor de Psicología Evolutiva en Comillas. Del consejo de redacción de *Sal Terrae*. Director del Colegio Mayor Loyola.

SOPENA, José Miguel.— Nacido en 1948. Sacerdote y religioso del Instituto “Hijos de la Caridad” (sacerdotes en el mundo obrero) en Getafe (Madrid). Responsable de la publicación “Equipos en Misión” (evangelización en el mundo obrero), editada por el mismo Instituto. Consiliario de JOC.

Razón y Fe

REVISTA MENSUAL
HISPANOAMERICANA DE CULTURA

Julio – Agosto

Especial monográfico

MARGINADOS

Teología de la marginación
La ley de Peligrosidad
y Rehabilitación Social
Marginación y Economía



Homosexualidad
Alcoholismo
Delincuencia juvenil
Prostitución
Gitanos
Drogas



Bibliografía y Documentación

144 páginas – 135 pesetas

Pedidos a:

CENTRO LOYOLA. Pablo Aranda, 3 – Madrid (6)
Teléfono 262 49 30



Índice









